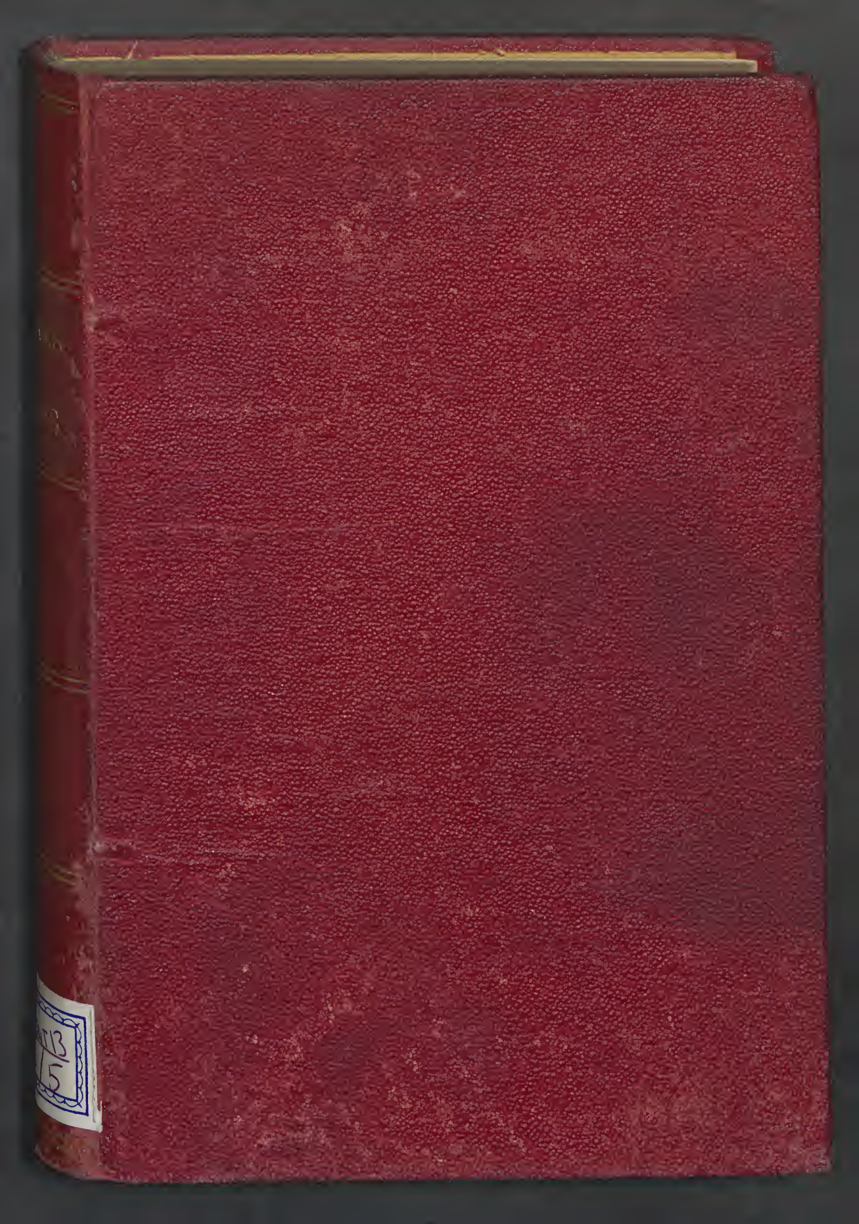


Últimas Flores.

ÚLTIMAS FLORES.

POESÍAS

DE

CONCEPCION DE ESTEVARENA.

CON EL RETRATO DE LA AUTORA,

UN PRÓLOGO

Y CORONA POÉTICA.

SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1877





CONCEPCION DE ESTEVARENA

PRÓLOGO

POR

JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ,

DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS,

Y ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DE LA NACION.

El culto á los muertos es una religion.

I.

Cuando Concepcion de Estevarena (1), la malograda poetisa sevillana, me exigia palabra, que le empeñé gustoso, de escribir el prólogo de este libro, ¡cuán léjos estaba

(1) Su primer nombre era Rafaela; pero nunca lo usó, y firmó siempre poniendo el segundo nombre, por lo que no me ha parecido prudente hacer alteracion en ello.—La partida de bautismo de la insigne poetisa es la que sigue:

«En la ciudad de Sevilla, en 12 de Enero de 1854: Yo D. Alberto Hermoso, Pbro., con licencia del infrascripto Cura de la Iglesia Parroquial de Nuestro Salvador de dicha Ciudad, bauticé solemnemente á *Rafaela, María de la Concepcion, Ana de la Santísima Trinidad,* que nació el dia 10 de dicho mes, hija legítima de D. Juan Estevarena, natural de esta Ciudad, y de D.ª María de la Concepcion Gallardo, natural de la de San Fernando. Abuelos paternos: D. José y D.ª Juana Villarta, de Sevilla, y los maternos don Juan, de la de San Fernando, y D.ª María Salguero, de Sanlúcar de Barrameda: fué su madrina su tia carnal D.ª María del Cármen Gallardo, á la que avisé la cognacion espiritual y demás obligaciones: fueron testigos D. Juan Álvarez y D. Bernardo Ortiz, dependientes de esta Iglesia, y lo firmé con dicho señor cura.—Joaquin R. de Santa Cruz.—Alberto Hermoso.»

Nació en la casa número 21 de la calle de Siete Revueltas.—Una modesta lápida será colocada en el muro de dicha casa, en memoria de su nacimiento.

yo de sospechar que habia de cumplir mi palabra á una muerta! ¡Cuán léjos, tambien, de imaginar que habia de sentir, como ella, esos horribles desgarramientos del dolor, que ninguna lengua humana puede expresar; y que, como ella, habia de conocer todos los infortunios, todas las angustias de la vida! Lo que entónces era obligacion del fraternal cariño que le profesaba se ha convertido yá en sagrado y rigoroso deber: soy el triste albacea de lo que pudiera llamarse su testamento literario.

Ella no poseia otros bienes que los que encierra este libro: en él nos ha dejado las luchas íntimas de su alma, los destellos de sus pensamientos, las espesas oscuridades de la realidad presente y los entrevistos resplandores de lo porvenir: nos ha dejado algo de su alma, así como la flor, arrojada de una estancia, deja en ella algo de su perfume. —En las poesías que forman este libro, *últimas flores* de su peregrino ingenio, hay vaticinios y presentimientos que, desdichadamente, se han cumplido: nos habla un espíritu, que vislumbra su próxima partida, tan desligado de lo humano, que no podia tardar en dirigir su vuelo hácia otras regiones.

Herida y torturada cruelmente Concepcion de Estevarena, en la flor de su juventud, guiada por el Arte divino que la inspiraba, convirtió en cantos poéticos sus lágrimas y sus gemidos. ¡Ay! ¿Qué importa que la copa sea de oro, si el licor está emponzoñado?

Yo leí los primeros versos que brotaron de su pluma, primeras claridades, todavía indecisas, como las precurso-

ras del Alba: he leido tambien sus últimos versos, resplandores del crepúsculo de la tarde, que muere en las sombras de la noche: eterna noche de la muerte, que no disipa el amanecer de un nuevo dia.

II.

Cómo nació en Concepcion de Estevarena el instinto poético, y cómo fué desarrollándose, es un problema á que en vano se buscaria explicacion; mas juzgo yo que así como todo lo creado tiene su armonía, las aves el canto, la mar el murmullo del oleaje, los árboles el susurro de las hojas, que mece el viento, la noche ruidos misteriosos y los volcanes el hervor que respiran, formando juntas todas estas armonías el gran concierto de la Naturaleza, el himno, nunca interrumpido, que canta al Supremo Hacedor, así, tambien, reside en las almas la poesía, esa manifestacion de la belleza, que diviniza la palabra humana.

Concepcion de Estevarena sentia el fuego sagrado de la inspiracion y rendia culto ante sus altares, en que el sacerdote sacrificador es, al propio tiempo, la víctima expiatoria: la Poesía, como aquel dios gentílico, padre de Júpiter, suele devorar á sus propios hijos.

Si para el hombre, sér fuerte y avezado á los combates de la vida, es difícil, áspero y escabroso el campo de las letras, para la mujer, á lo ménos en España, es punto ménos que inaccesible, porque á ello se oponen tan-

cias costumbres y envejecidas preocupaciones.—Nada importa que la Religion y las Leyes consagren, en principio, la igualdad moral del hombre y de la mujer, si bien limitada en cuanto á ésta; nada importa que se la estime por compañera, y no por esclava: esa pretendida igualdad, que aún no existe en las costumbres, sólo es una vana hipocresía: el hombre monopoliza la Ciencia, el Arte, la Industria y el Trabajo, y considerando á la mujer—en disculpa de su egoismo—como á un sér inferior, niega y desconoce su perfecto derecho á realizar los fines de la vida.

La Religion, la Ciencia, el Arte, la Educacion, la Moral y el Derecho son los fines que constituyen la materia ó contenido del destino humano, que debe ser realizado por los indivíduos, ya en el estrecho círculo de la vida personal, ya en las diferentes esferas de la sociabilidad humana (1). La mujer sólo puede realizar uno de estos fines, porque se le impide la realizacion de los demás; los templos de la Ciencia y del Arte están cerrados para ella, y la educacion que recibe no es bastante á desenvolver su personalidad y á establecer la armonía de sus facultades.

Pasando de la idea filosófica y social á la económica, todavía aparece más triste la condicion de la mujer: escaso número de profesiones, y no todas bien avenidas con el pudor femenil, le está permitido desempeñar; y el manual trabajo que se le reserva, duro en demasía, ríndele

(1) *Filosofía del Derecho.*—H. Ahrens.

tan mezquinas utilidades que apénas bastan al preciso sustento. De aquí resulta que, las más de las veces, la mujer es una pesada carga para la familia, y que, muerto el padre, el hermano ó el esposo, no tenga otro destino que el de un rudo trabajo, míseramente retribuido, que envenena la salud y acorta la vida; ó despojarse de los resplandores de la virtud para vivir entre las tinieblas del vicio.

Tiempo es yá de remediar estos males, de mejorar la condicion, verdaderamente servil, de la mujer, y de allanar, con prudencia y justicia, los fingidos obstáculos que se oponen al racional desenvolvimiento de su personalidad.—Sobre el antiguo Derecho de Roma, proclamado en la esplendente cima del Capitolio, ha pasado el Derecho nuevo, que proclamó Cristo desde la Cruz divina, en la severa y desnuda cima del Gólgotha: el Gólgotha derrocó al Capitolio. ¡Paso, pues, al Derecho moderno!

III.

La publicidad es una diosa sin entrañas y sin pudor: se apodera ávidamente de cuanto se le arroja, y escudriña, analiza y hasta profana los sentimientos que se le confian: el filósofo, el orador, el artista y el poeta deberian vestir las armaduras invulnerables de los antiguos héroes mitológicos.

¡Cuántos temores, cuántas dudas no asaltaron el ánimo de Concepcion ántes de decidirse á dar formas á la ins-

piracion que la abrasaba! ¡Qué de nimios escrúpulos tuvo que vencer! Á la esperanza sucedia el desaliento, y al desaliento otra vez la esperanza; y así, en medio de esta lucha, sin cesar renovada, como la inclinacion es invencible, se formó aquel espíritu amante de todas las bellezas.

Recuerdo que era opuesto el padre de Concepcion á que cultivára las letras y la poesía, que ella amaba por instinto, y no por otra razon alguna, y que, en más de una ocasion, le habia prohibido severamente escribir versos: ella lo prometió así; pero—como el poeta latino que juraba en verso á su padre no componer más versos—ocultándose de él escribia sobre las blancas paredes del hogar rimas armoniosas, que borraba cuidadosamente luégo que las aprendia de memoria.

Huérfana de madre (1) casi desde la cuna, pues contaba de edad diez y siete meses escasos cuando perdió á la que le diera el sér, y consagrada al cuidado de un padre anciano, de carácter severo y adusto, pocas veces se abandonaba á esa encantadora espontaneidad de la juventud: las dulces intimidades y los inocentes secretos del corazon de la mujer, que apénas ha dejado de ser niña, sólo pueden ser confiados al corazon de otra mujer, y Concepcion nunca gozó de este consuelo. Tal vez, por esto, notábase en su rostro algo de la rigidez escultural, indicio de que su espíritu no se hallaba en contínua relacion con el mundo exterior; tal vez, por esto, las sombras de la me-

(1) Murió esta respetable señora, del cólera, en Agosto de 1855

ditacion se aglomeraban en su frente, como las nubes en el cielo, y aquel semblante inmóvil y contemplativo hacía recordar esos nublados dias del invierno en que el alma se siente acometida de invencible tristeza.

Pero llegó un dia en que—así como el volcan estalla bajo el sudario de las nieves seculares y las ilumina con rojas llamaradas—despertó el alma de Concepcion iluminando aquellas sombras con el dulce resplandor de la poesía. ¿Qué poeta no ha soñado con la gloria y la inmortalidad? Ella, entónces, acarició tambien estos sueños; y juzgo que —á conceder el destino más largo término á su breve existencia—hubiéralos realizado, porque de ella podia decirse, como de su huerto decia Fray Luis de Leon, que yá mostraba *en esperanza el fruto cierto.*

Esos frutos,—que no nacen entre las flores, como los que ofrece la naturaleza—hijos de la inspiracion y del pensamiento, son los que avaloran las páginas de este libro. Los que conocimos á Concepcion imaginamos que aún nos habla, cuando leemos sus poesías: leedlas, vosotros los que no la conocísteis, y llegaréis á conocerla y amarla con ese amor, á ningun otro parecido, que se tiene á los muertos.

IV.

Si no la hubiera mecido humilde cuna en modesto hogar, sino dorada cuna bajo artesonadas techumbres; si la voltaria diosa, á quien dan el nombre de Fortuna, le hu-

biera prodigado sus dones, la adulacion y la lisonja, en febril competencia, se apresuráran á rendirle el tributo debido al genio, sofocándola, acaso, con el incienso de un fingido culto: no la hubieran visto con indiferencia, ni el soñoliento olvido reposaria sobre la losa sepulcral que cubre sus despojos.

Mas ¿qué importa, oh amiga mia, que tu nombre, yá esclarecido, no figure en la *Historia de la escuela poética sevillana en los siglos XVIII y XIX;* qué importa que Sevilla, esta ciudad ilustre, tan querida de sus hijos, como para ellos ingrata, y olvidadiza de sus glorias, apénas guarde un leve recuerdo de tu paso? Siempre es mayor la gloria, aunque pequeña, alcanzada con el propio esfuerzo, que la obtenida por medio de interesada lisonja y de complaciente adulacion: á tí sola debes tu fama, que es hija de tus obras y merecimientos.

No he de emprender yo el ímprobo trabajo de analizar estas poesías, ni he de aprovechar la ocasion para exponer mis opiniones literarias, á la manera de los modernos prologuistas: como juez, me recuso, teniendo por causa la amistad íntima que me unia á la autora, y como amigo y amante de las letras declaro paladinamente que en este libro sólo hallo motivos de admiracion; tanto más fundada, cuanto que Concepcion de Estevarena, sin más guia que la inspiracion, resuelve el arduo problema de unir á la belleza de la forma poética la profundidad y la filosofía de los conceptos. La sonora vacuidad de la poesía lírica española, en este siglo, no contentaba á los espíritus reflexi-

vos y pensadores, y el deseo de animarla con nueva vida trajo la imitacion de extranjeras literaturas, como si el genio nacional careciese de elementos propios para vigorizarla y rejuvenecerla.

Concepcion de Estevarena ha sabido armonizar la forma con el pensamiento, dando á éste la predileccion sobre aquélla, hasta el punto de que podrá hallarse alguna de sus poesías más ó ménos incorrecta y desaliñada, pero ninguna que carezca de pensamientos, ya ingeniosos, yá filosóficos. Y, cosa más extraña aún, sus cantos no se limitan al doliente sujetivismo imperante en la poesía lírica, y en muchos de ellos introduce la forma dramática. Tambien maravilla que cante las luchas de lo presente, y que arranque á la lira himnos proféticos que presagian lo porvenir. Diríase que su alma se habia templado al mismo fuego que la de Mdme. Roland, aquella mujer insigne, idólatra de la libertad, francesa por el nacimiento, y romana por el corazon, pero teniendo, á diferencia de ésta, por ideal la Cruz del Redentor del mundo y su doctrina salvadora, practicada con celestial pureza.

La Fé religiosa no se manifiesta en Concepcion con vanas y pomposas palabras, ni con exhuberantes afectos; nó, la fé en ella es un sentimiento tan profundo, tan grande, tan íntimo, que no encuentra medios para expresarlo. De mí sé decir que á las intrincadas composiciones metafísicas, hijas del artificio y llenas de lugares teológicos, en que han solido manifestar su fé los poetas religiosos, prefiero estos cuatro versos de Concepcion:

Piensan, mi Dios, porque en el labio mio
No aparece esa fé que mundos labra,
Que en tu poder inmenso no confío:
¡Cual si mi fé cupiese en mi palabra!

Encuentro una ingenuidad tan sencilla y encantadora en estos versos, que me parecen el verdadero grito del alma abismada en los misterios de su fé y en la muda contemplacion de su Dios. Nada más bello que la poesía titulada *Una Escultura,* imágen del Redentor divino: la poetisa ensalza el génio del artista, pero le reclama su parte en aquella obra, que si él le dió la expresion, la forma y la belléza, ella le da lo sobrehumano, pues, faltándole la fé, no viera en ella la imágen de Dios.

V.

Dos caractéres se notan, invariablemente, en todas las composiciones de la poetisa sevillana: uno, la indecision, la melancolía; otro, una vaga ambicion, un deseo de gloria que siempre juzga irrealizable.—Las tristes condiciones de su vida, temiendo siempre la orfandad y el desamparo, esplican de sobra su melancolía: en carta fechada en Sevilla, á 26 de Julio de 1874, dirigida á otra poetisa sevillana (1), queridísima amiga suya, y ausente de Sevilla por entónces, se leen estas líneas, que fueron verdadera profecía:

(1) La Srta. D.ª Mercedes de Velilla y Rodriguez.

«Cuando pienso en el mañana, tengo lástima de mí, pues lo presente me parece muy hermoso: tengo puesta mi felicidad en un rayo de sol poniente, que, al marchar á su ocaso, tiene que dejarme en las sombras.» Aludia á la ancianidad de su padre, y al mísero estado en que se veria si quedaba sola en el mundo.

¡Pobre alma, nunca visitada por la esperanza! ¡Verse condenada, en la juventud,—que es la primavera de la vida, como la primavera es la juventud del año,—á ese temor contínuo de perder la mezquina felicidad presente—si podia darse tal nombre á la que ella gozaba;—á recibir la luz de una que se extinguia por momentos, y, despues de extinguida, á vivir de prestado cariño y á refugiarse bajo el ageno aunque amigo y hospitalario techo, son crueles torturas, no imaginables en toda su extension y terrible grandeza! Cuántas veces recordaria este pensamiento de Víctor Hugo: «¡Oh, alegría de las aves! ¡Teneis el canto porque teneis nidos!»

No es, pues, cosa extraña ese tinte sombrío y melancólico esparcido en las composiciones de Concepcion; ántes bien corresponde al estado temeroso y zozobrante de su ánimo, inquieto y azorado como el del peregrino del desierto que sorprende en el horizonte, aunque muestre engañosa serenidad, la presencia del viento abrasador que remueve los arenales del África.

Confidente yo, alguna vez, de los amargos pensamientos que asaltaban á Concepcion, no podia ménos de apreciar su horrible exactitud, y sentia infinita piedad por aquella

amiga del alma, á quien el destino, por una sublime ironía, concedió clarísima inteligencia para que apreciára mejor su desdicha.

Por esta razon, la de Concepcion de Estevarena no es la dulce y suave melancolía de Rioja, nacida de la resignacion y de los mundanos escarmientos; no es tampoco la tristeza desgarradora de aquel poeta, honor de la nebulosa Albion, que dió su vida por la libertad de la Grecia, el suelo clásico de los héroes y de los dioses; la melancolía de la poetisa sevillana nace de la absoluta carencia de toda esperanza en la vida, y por eso aparta su mirada de la tierra y la pone en el Cielo. Como el marino que, despues de luchar, en vano, contra la tempestad, cruza los brazos, y con la sombría calma de la desesperacion deja la nave á merced del viento y de las olas, siendo el naufragio inevitable, así Concepcion de Estevarena cruzó el golfo de los dolores humanos, saliendo su alma del naufragio tan purificada como la de Job, el gran poeta de los tiempos bíblicos.

Á estos sentimientos tristísimos solia unirse alguna vez el deseo de la gloria, la aspiracion á la inmortalidad.

¡La gloria! ¡Qué noble ambicion! ¡Cuántos corazones han latido por ella y se han abrasado en su fuego! Tambien latia por ella el de la poetisa sevillana; el deseo de la gloria agitaba constantemente su espíritu, y causábanle pesadumbre la indiferencia y el olvido en que suponia envuelto su nombre para la posteridad.—El verdadero génio necesita la luz, y tiene miedo á la oscuridad: prefiere sepultarse en las llamas del Etna á vivir en las sombras.

No parezca inmoderado y excesivo el afan de gloria de Concepcion de Estevarena: tenía prisa por alcanzarla ántes de partir del mundo, y no ignoraba que el plazo era breve y próxima la partida.

Pero es de advertir que á ese mismo afan va unido siempre el desaliento; que la desconfianza apaga la chispa del entusiasmo, y que el amor de la poetisa á la gloria es como el amor insensato de Pigmalion á la bellísima estátua de marfil—que labró con sus manos—insensible á sus angustias y tormentos. Vénus tuvo piedad, y animó con el soplo de la vida aquella estátua. ¿Se habrá animado tambien la que amaba Concepcion de Estevarena?

VI.

Sonó para ella la hora de los grandes dolores. El dia 9 de Agosto de 1875 bajó al sepulcro su amado padre, quedando huérfana y sin más que lejanos déudos. Ella, con los ojos secos y el corazon hecho pedazos, pidió limosna para enterrar al que le diera el sér y depositarlo en humilde sepultura. Preciso fué dar el último adios al modesto y tranquilo hogar y á la felicidad perdida. ¡Vióse sola en el mundo á los veintiun años!

La amistad no la abandonó en tan duro trance, y el bondadoso padre del autor de estas líneas se convirtió en su padre adoptivo. ¡Oh Concepcion, amiga mia! ¡Yo comprendo toda tu angustia, yo tambien he apurado, hasta las

heces, el amargo cáliz: tambien ha sonado para mí la hora tremenda de los grandes dolores!

Yo tambien me he arrodillado junto al cadáver del que me diera el sér, que espiró súbitamente, como herido del rayo, fuera de su hogar, amparado en hospitalaria morada (1), en los brazos de mi buena hermana Mercedes. ¡Pobre niña, que se vió sola con su padre muerto! ¡Yo he besado rígida y helada la mano que me acariciaba en la infancia, unos ojos apagados para siempre, donde, en vano, buscaba yo la luz de la vida, una frente pálida y yerta, espejo de la bondad y la honradez, y unos cabellos venerables que humedecian mis lágrimas!

He ido al cementerio, á la sombría ciudad de los muertos, he golpeado con mi frente la helada piedra del sepulcro, y he llamado—¡insensato!—al que reposa en él, como si á mi voz pudiera saltar la piedra insensible y repetirse el milagro de Lázaro.

¡Oh Concepcion, amiga mia! Tú y yo hemos podido exclamar con el poeta de la tierra de Hus: «¿Por qué fué concedida luz al miserable, y vida á aquellos que están en amargura de ánimo?.... Mi rostro se enlodó con el llanto y mis párpados se oscurecieron.»

(1) Acometido de repentina y mortal enfermedad mi inolvidable padre, el 22 de Junio de 1877, al cruzar la plaza de Santo Tomás, en compañía de mi hermana Mercedes, á las ocho de la noche, fué auxiliado generosamente, aunque en vano, en la casa núm. 10, á cuyo dueño D. Manuel García Rubet y á su esposa D.ª María Arias guardaré eterno reconocimiento por los piadosos cuidados que le dispensaron.

¿Qué valen los tormentos físicos puestos en parangon con los tormentos morales? ¿De qué sirven vanos consuelos ofrecidos á un alma que agoniza? ¿Por ventura, hay consuelo para lo que es inconsolable?

Yo advertí, con espanto, que si el espíritu de Concepcion estaba postrado y afligido, no lo estaba ménos el cuerpo: una palidez espectral bañaba su semblante, como si anticipadamente respirára la atmósfera sin luz de los sepulcros: amortiguábase el brillo de sus ojos, una tos seca y pertinaz desgarraba su pecho; la sangre, atraida por tan violento esfuerzo, enrojecia sus labios, y la envolvian las augustas sombras de la muerte, precursoras de la claridad eterna.

Cada dia quedaba en aquel sér, por decirlo así, ménos cuerpo y más alma, como si ésta, llegado el instante de la final partida, hubiera querido no detenerse en romper las ligaduras terrenales, que al *bajo suelo* la aprisionaban, y volar libremente á los celestiales alcázares. La humana cárcel de su espíritu iba desmoronándose á fin de que el prisionero recobrase la libertad sin tener que salvar anchos fosos ni escalar altísimos muros.

Obrábase una especie de transfiguracion en ella: habia enmudecido su lira, y encaminaba sus pensamientos por senderos desconocidos. Pasaba largas horas sumergida en extrañas meditaciones, despierta pareciendo que dormia, inmóvil, mientras no descansaba la actividad de su inteligencia.... ¡Hubiérasela creido una estátua que respiraba! No era la vida que tomaba la apariencia de la muerte, sino la muerte que tomaba la apariencia de la vida. Tal vez, res-

pondiendo á misteriosas evocaciones, pasaban ante sus ojos las risueñas imágenes de otros dias; su madre, cuyo bendito nombre apénas aprendió á balbucear; sus hermanos, su padre, que la aguardaban al lado allá del mundo; su casa, su modesta felicidad.... todo lo pasado, todo lo perdido se dibujaba, acaso, con suave resplandor, en las tinieblas que rodeaban aquella pobre alma.... ¡Oh, qué tormento es la memoria!

Nunca meditaba en el porvenir.... ¿Para qué?—Se dirige la vista al cielo cuando lo alegra la luz del sol, ó el trémulo centelleo de las estrellas, pero no cuando lo cubren negras nubes, y estalla furiosa la tormenta, que tiene por luz el relámpago y por voz el trueno.

¡El porvenir! ¿Qué significaba para ella, sino nuevos dolores, nuevas angustias, que yá padecia ántes de que llegasen, pues males esperados son dos veces sentidos? ¡El porvenir! ¡Terrible y espantosa interrogacion puesta en su camino, á la que sólo podia responder con lágrimas! Marchaba de espaldas hácia el abismo, para no verlo, con la mirada fija en las pasadas venturas, que yá nunca más volverian.

Tales ideas ocupaban la imaginacion de la desdichada: siempre he leido con desconsoladora tristeza las siguientes estrofas de su composicion *Ecos de ayer,* dedicada á su amiga D.ª Francisca Tejera:

Pues ¿qué pensaré yo, que, en triste calma,
Sin morir de dolor, llegué á mirar
Las almas más queridas de mi alma
Languidecer, volar;

Que, siendo débil, como roca dura,
Me he mantenido firme, para ver
El que el alcázar fué de mi ventura
Conmoverse, caer?

¡Qué temible, qué oscuro, qué cerrado
No verá el ignorado porvenir
Quien siempre á los recuerdos del pasado
Consuelo va á pedir!

¡Jamás arrancó el dolor más sentidos acentos al corazon humano! Óyese en esos versos el ruido que hace, al caer convertido en escombros, el alcázar de la felicidad; y á lo sublime del sentimiento que respiran únese la belleza de la imágen y de la diccion poética. Para mí tienen otra belleza mayor: la del recuerdo.

Lamartine,—ese gran poeta de la Francia, que apuró todas las glorias y todas las amarguras de la vida, hasta el punto de creerse feliz cuando pasaba ignorado y desconocido entre las muchedumbres, océano que, en otro tiempo, embravecia y calmaba á su placer,—hizo resonar en su lira el *Himno al dolor*. El poeta dirige al Dolor este valiente apóstrofe: «¡Busca! Yo me abandono á tu mirada escudriñadora, porque mi corazon nada tiene yá que salvar de tus golpes.» Y le desafia en este magnífico verso, que no resisto á la tentacion de trasladar en el propio idioma del poeta:

Frappe encore, o Douleur, si tu trouves la place!
(¡Hiere todavía, oh Dolor, si encuentras sitio!)

Concepcion de Estevarena podia lanzar al dolor este reto, á la vez arrogante y sublime. ¡Ay, yo tambien puedo lanzarlo ahora!

VII.

Lejano déudo de la infortunada poetisa, varon respetable por sus años y sus virtudes, el Sr. D. Juan Nepomuceno Escacena, Dignidad de Chantre en la Santa Iglesia Catedral de la ciudad de Jaca, movido de piadoso sentimiento (que no me es dado encomiar por temor de ofender su cristiana modestia) le ofreció cariñoso amparo, que fué aceptado con el más vivo reconocimiento. La amistad invocó sus fueros para retenerla en el suelo que la vió nacer.... ¡Todo inútil! Razon de parentesco y atendibles consideraciones sociales eran, ciertamente, más poderosas que los esfuerzos de la amistad. Concepcion decidió su partida, y abandonó la ciudad de sus recuerdos el dia 8 de Octubre de 1875.

¡Qué dolorosa despedida! El mónstruo aprisionado en la locomotora empezaba á rugir: la campana llamaba apresuradamente á los perezosos viajeros. ¡El tren iba á partir! Yo estreché, por última vez, la mano de Concepcion, aquella mano que abrasaba la fiebre; miré fijamente su rostro para grabar sus rasgos en mi memoria.... ¡Tenía el fatal presentimiento de no volverlo á ver! Ante esta idea—no me avergüenzo de decirlo—una lágrima pugnó por brotar en mis ojos. Aquella niña pálida, enlutada, trémula como la hoja en el árbol, venciendo la emocion que sentia, díjome: «¡Adios, hermano mio!» ¡Era el adios eterno! El tren partió.... Ella agitó, desde la ventanilla, mientras pudo

verme, un blanco pañuelo; parecíame, desde léjos, flotante sudario, como los que cuelgan de esas cruces solitarias de donde yá han desclavado el Cristo.

Siempre me ha causado una despedida profunda emocion: es tan breve el aliento humano, que siempre he temido no volver á encontrar los séres de quienes me alejaba, ó que se separaban de mí: en la ocasion que refiero la emocion era todavía más honda, porque no la dulcificaba esperanza alguna. ¡Nuestro adios habia sido el último que debíamos darnos en la vida!

Detúvose Concepcion en Madrid algunos dias, no por su deseo, sino por impedirle continuar el viaje la enfermedad que iba minándola, hasta que, dando treguas el mal, le permitió emprender de nuevo su camino y llegar *al sitio donde un resto de cariño la aguardaba,* como ella misma ha dicho en la conmovedora poesía que titula *Mi viaje.* El dia 10 de Noviembre pisó el recinto de la ciudad de Jaca, donde fué recibida con todo el amor que merecian sus nobles prendas y sus desdichas por el Sr. D. Juan Nepomuceno Escacena.

En el tranquilo hogar de este virtuoso sacerdote halló cuanto le era posible hallar: entrañable y desinteresado afecto, cuidados solícitos, bienestar, todo.... ¡ménos la salud y el olvido!

VIII.

Jaca,—*Iaca* de los romanos y *Dyaka* de los árabes—asentada al pié de los riscosos Pirineos, capital antiquísima del reino aragonés, repoblada por Ramiro I, que tiene por escudo la cruz de Sobrarbe y cuatro cortadas cabezas (1), con hermosa Catedral y única parroquia, del año 1040, bajo la advocacion de San Pedro, donde se custodian las venerandas reliquias de Santa Orosia, con almenadas murallas, altos torreones y fortísima ciudadela que mandó

(1) Cuenta la tradicion que el primer Conde de Jaca, D. Aznar, ganó á los moros en 795 una memorable batalla en el sitio donde se hallan hoy el santuario de la Vírgen de la Victoria y el Cementerio, que tambien lleva este nombre, á media legua de la Ciudad, al O. en el camino de Navarra, en cuya batalla murieron cuatro Reyes moros, y por esto se añadieron á la Cruz Jaquesa, ó de Sobrarbe, las cuatro cabezas que tomó el Conde por escudo, dándolo luégo á la Ciudad.—El primer viérnes de Mayo de cada año celebra la Ciudad el aniversario en el cementerio de la Victoria, con simulacro y asistencia del Cabildo eclesiástico, de la Municipalidad, precedida de sus maceros, y de toda la poblacion; cuatro paisanos solian llevar en astas cuatro cabezas coronadas, y á la gente armada pagábase el prest á la puerta de la Ciudad. Á esta fiesta dan el nombre de *La promesa de la conquista.*

Ápesar de todo, los historiadores y eruditos tienen por fabulosa esa pretendida batalla de Jaca, y se inclinan á creer que es la batalla de Alcoraz ó Alcoran, ganada por el Rey D. Pedro I de Aragon á la morisma, al pié de los muros de Huesca, dos dias ántes de rendirse la Ciudad. En medio del combate se apareció el glorioso San Jorge armado con armas de cruz, por lo cual, y cuatro cabezas de Reyes que luégo se hallaron, los de Aragon tomaron estas insignias.—En la ciudad de Huesca existe un templo dedicado á San Jorge, en memoria de esta batalla.

construir Felipe II, es una ciudad triste, cuyo clima destemplado y rigoroso hace suspirar á los hijos del mediodía por la serenidad del cielo andaluz y el tibio soplo de sus brisas.

Perpétua nieve hiela los vientos en aquellas desapacibles regiones de Aragon: no divierten la vista fértiles llanuras, cubiertas de rubias y ondulantes espigas, no ofrecen apiñados olivos el verde fruto, no descuellan los granados ni los almendros, cuajados aquéllos de flores rojas y éstos de blancas flores; las frondosas vides no se agobian al peso de sus negros y dorados racimos, ni corpulentos álamos de plateadas hojas crecen en las márgenes de caudalosos rios, como en las feraces campiñas de Andalucía. Aquí la naturaleza es alegre, fecunda: allí estéril, severa.—Allí, cerca de Jaca, elévanse los montes de Oroel—con el santuario de la Vírgen de la Cueva (1)—de Larrain, de Gavardiella y de Grosin, poblados de hayas, abetos y pinos seculares, árboles sombríos que la nieve viste de blanco durante nueve meses: rios de caudal humilde, aunque tumultuoso, el Aragon, el Gas y el Ain, se precipitan por las pedregosas vertientes de las montañas entre zarzales y silvestres adelfas; las cumbres pirenáicas estrechan el horizonte y señalan el último límite del suelo patrio donde empieza el suelo de la Francia.

«¡Adios, risueño Guadalquivir, surcado por gallardas

(1) Toma esta denominacion por ser la iglesia una cueva: créese que en ella se reunieron los cristianos para librar la capital del reino de Sobrarbe del poder agareno.

naves, y animado con los rumores de la vida! ¡Adios, espléndido y sonriente cielo de Andalucía! ¡Adios, campos floridos, donde es eterno el aliento de la primavera! ¡Adios, para siempre!» Tal sería la postrer despedida de Concepcion de Estevarena á la region que abandonaba. Luégo, al aspecto de la naturaleza selvática de los Pirineos, y á corta distancia de la tierra extranjera, quizás recordaria las enmudecidas arpas de Sion pendientes de los sauces sobre los rios de Babilonia.

Podria imaginarse que la soledad y desnudez de aquella naturaleza se hallaban en armonía con la desnudez y soledad de su alma, pero no era así; aquella naturaleza le daba frio, la espantaba. En una de sus cartas á la amiga queridísima que ántes he nombrado, leo estas conmovedoras razones: «....No es extraño, Mercedes, que mis composiciones decaigan, cuando mi espíritu está decaido. Hoy siento que mi imaginacion tiene ménos fuerzas que tenía. Mi poesía morirá de nostalgia, que es la enfermedad de los que no se pueden acostumbrar á vivir en país extraño. Yo, sí, yo me acostumbraré á todo: en tres años he adquirido alguna costumbre de hacer versos, y puede que siga haciéndolos; pero las ideas se van, el entusiasmo no brota en la aridez de mi vida.»

En otra carta, llena de lúgubre melancolía, expresa los sentimientos que la agitaban, con una verdad de colorido que impresiona el ánimo dolorosamente.—«Te agradezco —escribe á su amiga—que no economices detalles en tus cartas, pues así me parece que hablo contigo; y te agra-

dezco tambien que te hayas acordado de mí en los solemnes dias pasados. Bien dices cuando me pides que te cuente mis pensamientos, porque otra cosa no te podria contar: los dias se suceden unos á otros sin que un rayo de esperanza venga á disipar la tristeza que me rodea: no me consuelo de haber perdido mi padre y mi casa: no puedo consolarme. En los dias de la Semana Santa y de la siguiente he pasado horas y horas, sentada al fuego, con los ojos cerrados y sin que se me ocurriera una palabra, entregada por completo á mis recuerdos. El desaliño de esta misma carta te demostrará algo del estado de mi espíritu.... ¡No sé ni qué decirte, y eso que es á tí á quien escribo! Recuerdo que hace dos años decia yo—Que nunca vale el presente—lo que ha valido el pasado.—Y ahora.... ¿qué debo decir?» (Esta carta se halla fechada en Jaca á 22 de Abril de 1876.)

Más tarde, el 7 de Junio del propio año, escribia: «De mí, poco puedo decirte: mi vida es siempre igual; pero sospecho que mi espíritu, que no encuentra distraccion alguna, que no quiere ocuparse del porvenir, pues, léjos de tener esperanzas, tiene miedo, se está alimentando de mi propia salud.» ¡Ay, no se engañaba en sus presentimientos!

Flor trasplantada, languidecia y marchitábase en extraño suelo.—Esas cartas, que parecen gemidos, más de una vez fueron interrumpidas por las lágrimas, que dejaron señal indeleble sobre el papel, mudo testigo, confidente insensible de las tremendas agonías de un alma.

IX.

Acercábase el término. Ella escribia á su amiga en 4 de Julio: «Dices que adivinas que no estoy buena, y recelas que no te digo toda la verdad.... ¡Puede que tengas razon! Yo no quiero engañarte, pero mucho ménos quiero afligirte, y por eso te hablo poco de mi salud. Buena no estoy, pero yo no puedo alcanzar la intensidad de mi mal: veo que estoy muy delgada, que estoy un rato de pié y me canso, que subo una escalera y me ahogo, que tengo una poca de tos.... ¿Adónde puede llevarme esto?» ¡Le quedaban, entónces, dos meses y siete dias de vida!

En otra de sus cartas he sorprendido este pensamiento: «He visto el cementerio de aquí, y no quisiera ser enterrada en él: ¡mira qué preocupacion!» ¡Oh, sí, yo la comprendo! El cementerio de Jaca, llamado *La Victoria*—¡extraño nombre para un cementerio!—es un patio cuadrado, sombrío, con dos galerías cubiertas,—una al Sur, y otra á Levante,—en cuyos muros forman las losas sepulcrales horrible mosáico, y los cóncavos nichos aguardan los humanos despojos. Una verja de hierro resguarda el sagrado lugar por la parte del Mediodía, y este lado y el del Norte constituyen la fosa comun: unida á la galería de Levante álzase la capilla, y á su rededor se agrupan las modestas viviendas de los sepultureros. Ni desmayados sauces, ni altos cipreses, ni variadas flores adornan el lúgubre re-

cinto: sólo crecen entre las descuidadas fosas agrestes malvas y salvajes ortigas, que besa rudamente el helado Cierzo, hijo del Norte.

¡Oh, sí, yo comprendo tan delicada *preocupacion,* último destello de su alma de poetisa! ¿Cómo habia de querer dormir el sueño eterno en un cementerio tristísimo, ella, que hubiera deseado ser sepultada á la sombra de los mirtos y los laureles, árboles simbólicos de que la Grecia suponia poblada aquella montaña de la Focea, sagrada mansion de las Musas?

Conocia la proximidad de su fin, y habituábase, á pesar de su natural repugnancia, á mirar el cementerio de Jaca como el lugar de su eterno reposo. Visitándolo, en cierta ocasion, quedóse inmóvil contemplando, por largo espacio, los nichos vacíos, deteniéndose, por acaso, ante el que llevaba el número 302, que habia de ocupar en breve. ¡Extraña coincidencia! El Sr. D. Juan Nepomuceno Escacena, que la acompañaba, preguntóle: «¿Qué miras?» y ella le respondió sencillamente: «Miro (1) cuál de estos nichos me tocará á mí.»

El dia primero de Setiembre llegó á los célebres baños de Panticosa, que se hallan á cuatro horas y media de Jaca, en busca de la salud que no debia recobrar. La atmósfera que se respira en aquellos manantiales, elevados 8,500 piés sobre el nivel del mar, sofocaba á la enferma, que se

(1) Parece inútil advertir que en ciertas locuciones, y principalmente en las familiares, se emplea el verbo *mirar* en su acepcion de *observar* ó *considerar*.

vió precisada á regresar á Jaca sin ninguna esperanza de vida.

Siempre he creido que el acento del dolor es inimitable; yo prefiero su penetrante sencillez á las artísticas y no sentidas declamaciones. Por esto, al referir los postreros instantes de Concepcion, limítome á trasladar algunos párrafos de las cartas en que el Sr. Escacena me comunicó tan triste suceso.

Escribíame este digno amigo el 8 de Setiembre: «Al volver de Panticosa, el dia 5, á las seis y media de la tarde, no pudo subir Concepcion más que el primer tramo de la escalera, habiendo necesidad de subirla en brazos: el dia 7 le indiqué que debia confesar y prepararse á lo que Dios dispusiera, contestándome ella que no lo habia pedido ántes por no causar disgusto: confesó por la tarde y recibió, despues de oraciones, el Santo Viático, con más tranquilidad que teníamos los que allí nos hallábamos; en vez de ser consolada era ella quien nos consolaba: su semblante parecia el de una santa.... No tengo mi cabeza, ni mi espíritu, para seguir este relato, porque tengo partido el corazon....»

Decíame en otra carta: «Para todos tenía la sonrisa y el consuelo en los labios, y nos rogaba que no nos apurásemos, pues todos teníamos que pagar ese tributo, unos ántes y otros despues; que ella estaba conforme con la voluntad de Dios, y moria contenta.... El dia ántes de espirar (10 de Setiembre) me suplicó que le sirviera de amanuense para escribir tres cortísimas cartas de despedida, la última para Mercedes, porque queria que fuese más extensa. Escritas las dos primeras, se presentó el mé-

dico y nos reconvino, prohibiendo que siguiera dictando. Despues que el médico se fué, insistió ella en dictar la tercera carta, pero yo le dije que durmiera un poco. Cuando despertó (eran las seis de la tarde del dia 10) quiso dictarla, y yo le dije:—déjala para mañana;—y ella me replicó:—Mañana será tarde, yá no podré.... y me iré con el sentimiento de no haberlo hecho.—

¡Fué tarde, sí! ¡Aquel mañana, 11 de Setiembre de 1876, alumbró unos ojos sin luz, una frente pálida como el mármol, unos labios marchitos, un cuerpo inmóvil, rígido, entregado á ese sueño de que no se despierta en ese último lecho que se llama el féretro! ¡Concepcion habia dejado de existir! (1) ¡El ángel melancólico de la muerte

(1) Su partida de defuncion es como sigue:—«D. Manuel Jimenez, Pro., Ldo. en Sagrada Teología y Cura propio de la única Parroquia de la Catedral y Ciudad de Jaca.—Certifico: Que en el libro de defunciones de esta Parroquia, que dá principio en Agosto de 1859, al fólio 364 vuelto, se halla la siguiente literal partida:—Al márgen.—Núm. 90.—D.ª Rafaela Concepcion Estevarena y Gallardo, soltera.—En el centro.—Como Regente de la Parroquia de la Catedral y Ciudad de Jaca, correspondiente á la Provincia de Huesca, mandé dar sepultura en el dia de la fecha al cadáver de D.ª Rafaela Concepcion Estevarena y Gallardo, natural de Sevilla y vecina de Jaca, soltera, de veintidos años de edad, dedicada á ocupaciones domésticas, hija legítima de D. Juan Estevarena y de D.ª Concepcion Gallardo. Falleció en esta Ciudad á las dos y media de la tarde del dia 11 de Setiembre del presente año, de tísis pulmonal, segun relacion del facultativo: recibió los Santos Sacramentos de la Penitencia, Viático y Extrema-Uncion; no me consta que haya testado: fueron testigos de su entierro Pedro Sanchez y Martin Serras. Por ser verdad lo firmo en Jaca á 12 de Setiembre de 1876. Antonio Compaire, Regente.—La preinserta partida concuerda bien y fielmente con su original, á que me refiero. Y por ser así, la extiendo, sello y firmo en Jaca á 11 de Mayo de 1877.—Manuel Jimenez.»

levantó el sosegado vuelo, y, con el suave y cariñoso batir de sus alas, impulsó el alma, santificada por el martirio, á las regiones misteriosas de la Verdad eterna, á esos divinos Océanos de luz, de amor y de sabiduría que brotan del trono resplandeciente de Dios!

¡Oh Concepcion, oh padre mio, muertos queridos de mi alma! ¡Vosotros no podeis despedirme, cuando yo abandone la tierra, pero me esperaréis allá arriba! No os digo ¡adios!,... Os digo ¡hasta luégo!

JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

Sevilla, Agosto de 1877.

POESÍAS.

Á mi Madre.

Como alegre flor nacida
Siendo por el sol bañada,
Recibí de tu mirada
La única luz de mi vida;
Aún en la infancia dormida,
Sin saberlo, te perdí;
Y, viéndome sola aquí,
He llegado á comprender
Que á tí te tocó nacer,
Y ser enterrada á mí.

Ni tu memoria he perdido,
Ni áun en mis luchas la pierdo;
Memoria que no es recuerdo,
Pues jamás te he conocido.
No es sombra de lo que ha sido
Que refleja todavía,
Es eterna idolatría
Que en mi corazon oculto;
Sí, porque yo rindo culto
Á tu nombre, madre mía.

Van mis horas resbalando,
Siguiendo su curso impío,
Como las ondas de un río
Que se alejan murmurando;
Pero no se van llevando
Tu memoria y mi afliccion,
Y acaso esta adoracion
Hago mal en consagrarte;
Mas, yo, madre, al no adorarte
No tuviera corazon.

Esta tierra, que sostiene
Mi vida, que tanto pesa,
Aún de tus plantas impresa
La huella adorada tiene:
Á mí tu espíritu viene,
Y si á pensar y á creer
De tí no pude aprender,
Pues volaste á otro paraje,
De las almas el lenguaje
Me enseñas á comprender.

Cubre tu polvo una losa
Que es, como la muerte, helada,
Como el destino, cerrada,
Cual lo eterno, silenciosa:
Llega mi mano afanosa,
Y, aunque imposibles exija,
En la dura piedra fija
Busca un resto de calor....
¡Cual si áun ardiera el amor
Que profesaste á tu hija!

Séres, que madre teneis
Y os contemplais, sin enojos,
En el cristal de unos ojos,
Cuyo valor no sabeis;
Vosotros no comprendeis
Que quien la suya ha perdido
Es como pájaro herido
Que vuela de polo á polo,
No hallando ni un árbol sólo
Donde fabricar su nido.

Si es áura, que movimiento
Da á vuestras flores primeras
De ilusiones placenteras,
De vuestra madre el aliento;
Si aún escuchais el acento
Que os arrullára en la cuna;
No sabeis, sin duda alguna,
Lo que es soledad y llanto....
¡No comprende dolor tanto
Quien tiene tanta fortuna!

Eres ¡oh madre! y serás
En el mundo mi consuelo,
Porque siempre, desde el cielo,
Mi fé sosteniendo estás:
En mí vives, además;
En mí vivimos las dos;
Mi alma de la tuya en pos
Vaga siempre, siendo, así,
Casi tanta mi fé en tí
Como la que tengo en Dios.

Si sobrehumana belleza
No encontrára en mi camino;
Si ningun poder divino
Viera en la naturaleza;
Si ignorase que otra empieza
Tras esta vida crüel,
Y si con acento fiel
Nadie del cielo me hablára,
Mi mente un cielo creára
Para imaginarte en él.

Dos Pensamientos.

Olvidadas por otras más recientes,
Miré dos flores juntas;
Eran un pensamiento y una rosa,
Que enlazaban sus hojas casi mústias.

Distintas al nacer, las hizo iguales
Su misma desventura:
Siempre iguala el dolor ¡ay! que en las lágrimas
Lo mismo es la primera que la última.

Duran más las espinas que las flores.
¡Tristísima fortuna!
En la rosa ví espinas, que, por serlo,
Duraron mucho más que su frescura.

Yo pensé que la rosa al pensamiento
Hablaba en voz oculta,
Voz formada del aire que movia
Lo que restaba yá de su hermosura.

Y le debió decir:—Esta mañana
Orné unas trenzas rubias,
Que al lado de la frente parecian
Rayos de sol cayendo sobre espumas.

Díme: ¿entre tí y el pensamiento humano
Hay diferencia alguna?
Pues, desde allí, de lo que así llamaban
Yo sorprendí la fatigosa lucha.—

El pensamiento flor responderia,
Pues sus hojas oscuras
Se movieron tambien; y acaso fueron
Estas que pienso las palabras suyas:

—En mi tallo se ve la diferencia
Por que tú me preguntas:
Yo soy un pensamiento sin espinas,
Y el pensamiento humano tiene muchas.



Á MERCEDES DE VELILLA.

Cariñosa me aconsejas
Que yo procure imitarte;
No sabes, al alejarte,
En qué honda lucha me dejas.

Con mis propios pensamientos
Batallo conmigo, á solas,
Como batallan las olas
Agitadas por los vientos.

Porque existen en mi alma
Dos tendencias, de tal suerte,
Que sólo dando á una muerte
Será de la otra la palma.

De seguir en pos de tí
Es una deseo anhelante;
Otra, una duda constante;
Que dudo, siempre, de mí.

Cuando tu labio indulgente
Alimenta mi esperanza,
Mi deseo dice: «avanza,»
Dicen mis dudas: «detente.»

Tanto de mí desconfío,
Que hay veces que, si pudiera,
Las palabras recogiera
Que pronunció el labio mio.

Y me canso de lidiar
Con las sombras de mi mente:
Para pensar soy valiente,
Cobarde al ejecutar.

¿Por qué da mi mente asilo
Á ese fantasma risueño?
Si nada soy.... ¿por qué sueño?
Si algo soy.... ¿por qué vacilo?

Un mundo de pensamientos
En un cerébro luchando;
Millares de ideas, buscando
Nunca encontrados acentos;

Pensamientos de grandeza
Que en estrecha cárcel vagan,
Y que oscilan y se apagan
Sin salir de una cabeza:

Un profundo desaliento,
Anhelar mucho, ser nada;
Hé aquí mi historia ignorada,
Esto soy yo, y esto siento.

Deja que en la oscuridad
Prosiga mi marcha incierta.
¡Feliz tú, que ves abierta
Ánte tí la inmensidad!

Y pues tu genio te guia
Por la senda de la gloria,
Yo celebro tu victoria
Como si fuera la mia.

Enseñar al que no sabe.

Busca la mente ansiosa y atrevida
La belleza en los mundos de la idea,
Y la mayor belleza de la vida
Suele, á veces, hallarse en una aldea.

Yo he conocido un sabio, abandonado
Á su propio saber, viviendo en calma,
De su virtud constante acompañado,
Con nieve en la cabeza y no en el alma;

Casi en la soledad, cerca de un monte,
Viendo el espejo fiel de su existencia
En la serenidad del horizonte
Y en la serenidad de su conciencia.

Y allí, cuando la tarde declinaba
Vertiendo resplandor tenue y süave,
Por un sér inocente practicaba
La virtud de enseñar al que no sabe.

Y, así, una inteligencia transformando,
Prestando ciencia en cambio de cariño,
Encontraba la dicha, derramando
Su alma en el alma virginal del niño.

Escuchado con fé, con fé profunda,
De la verdad se alzaba el puro acento,
Y la verdad es siempre sol que inunda
El espacio sin fin del pensamiento.

Anunciábase yá fulgor lejano
En la mente del niño aún entreabierta,
Y era bello, en verdad, ver á un anciano
Gritando á una razon: ¡razon, despierta!

Y, así, cumpliendo su mision creadora,
Orgulloso y feliz, le parecia
Que era suya la luz de aquella aurora
Que en la mente del niño amanecia.

Pensando el sabio y á la par sintiendo,
Como creador á su creacion amaba;
Y el niño le miraba sonrïendo,
Y él para sonreirse se ocultaba.

Y el viejo, por amor al inocente,
Olvidando pasada desventura,
Sin sarcasmo, mezclaba solamente
Ciencia y virtud en su palabra pura.

—Niño, exclamaba, escucha de mi labio
Lo que debe quedar en tu alma escrito;
Dí: yo quiero aprender, y serás sabio;
Dí: yo quiero enseñar, serás bendito.

Quiero, yá que te encuentro en este mundo,
Que en la senda del bien por siempre quepas;
Que enseñes, con afan santo y fecundo,
En siendo para el bien, lo que tú sepas.—

Y brotaba más ciencia su palabra,
Miéntras iba el amor en sus lecciones,
Recogiendo las flores con que labra
Los lazos que han de unir los corazones.

Por tu poder ¡oh ciencia! que conmueve
Al universo, que, alumbrando, asombras,
Si el niño era la luz dando en la nieve,
El viejo era la luz rompiendo sombras.

Ángel y Mártir.

Me pareces un ángel
Que ha perdido las alas;
Parécesme el amor buscando albergue,
Y que de todas partes le rechazan.

Pobre y no comprendida,
Sola y abandonada,
Aún te acompaña fiel tu pensamiento,
Y riqueza atesoras en tu alma.

Nadie tu luz recoge,
Estrella solitaria;
¡Cómo han de amarte á tí, si no te entienden!
¡Cómo te han de entender, si no te aman!

Las dichas de la tierra
No merecen tus lágrimas:
¡Bien hayan tus martirios, si te vuelven
Ángel y mártir á tu hermosa patria!

Misterio.

Silenciosa es la noche: las campanas,
Con pausa y gravedad, su voz elevan,
Y de las doce el último sonido
Al extinguirse en el espacio tiembla.
Un instante no más ha separado
El año que termina del que empieza;
Un instante no más, tambien, separa
La vida humana de la vida eterna.
Un año confundido entre las sombras
En el dormido mundo se despierta;
¡Quién sabe lo que guarda en sus momentos!
¡Quién desgarra el misterio que lo encierra!
Para mí, que temblando lo recibo,
¡Quién puede advinar lo que reserva!
Acaso las auroras de sus dias
Me anuncien horas de amargura inmensa,

Y las trémulas luces de sus tardes
Noches de afan y luchas como ésta:
Noches, en que el pasado que yá ha muerto,
El porvenir que mi esperanza créa,
Y el presente, que miro con enojos,
Como ahora rodarán por mi cabeza.
Tiempo, que has de pasar, yo ambicionára
Impulsar con mis manos tu carrera,
Y al par es tanto el miedo que me inspiras
Que con afan quisiera detenerla.
Año fugaz, que empiezas tu dominio
Á la indecisa luz de las estrellas,
Lágrimas, risas, ambiciones, luchas,
Consigo arrastrará tu indiferencia:
En tí la humanidad, tras de la dicha,
Cual siempre, correrá cansada y ciega,
No comprendiendo que el que ciego nace
Aunque brille la luz no puede verla.
Así es la humanidad; dueña y esclava:
Mas yo, triste de mí, ¿qué soy en ella?
¿Qué es en el huracan embravecido
Un leve soplo que en sus alas lleva?
Año, que has de pasar, en tus momentos,
Que han empezado á resbalar apénas,
Ó abrume mi cabeza la ventura,
Ó mi cuerpo infeliz cubra la tierra.

Una Lágrima.

Puede ser una lágrima la historia
De un corazon por el pesar vencido:
Puede ser el adios que la memoria
Da á un bien soñado, si lo ve perdido:

El mudo grito que al espacio lanza,
Tal vez, algun oculto sentimiento:
Suspiro que, al morir, da la esperanza,
Ó de la dicha misterioso acento.

Puede ser la expresion callada y pura
De fé sincera, ó de entusiasmo ardiente,
Y puede ser, tambien, de la ternura
El acento más dulce y elocuente.

Cuando la impulsa caridad sublime,
Puede brotar por el dolor ageno:
Al rodar una lágrima, redime
Un pasado, quizás, de sombras lleno.

Ella puede expresar cuanto en la tierra
Al corazon conmueve ó esclaviza.
¡Quién puede adivinar lo que ella encierra
Cuando por un semblante se desliza!

Despedida.

No siempre lo que yo siento
Expresar mi lábio sabe,
Y hoy un adios lleva el viento,
Que si en mi palabra cabe,
No cabe en mi pensamiento.

Voy, como noche sombría,
De tí en pos, que aunque el sol veas
Alumbrando tu alegría,
No alumbra la luz del dia
El mundo de mis ideas.

¡Cómo te han de abandonar
Ni mi mente, ni mi anhelo,
Si vas á ver reflejar
La belleza y luz del cielo
En la grandeza del mar!

¡Cómo he de dejarte yo,
Si es fuerza contigo vaya
Mi alma, aunque mi vista nó,
Cuando contemples la playa
Que un genio inmortalizó!

¡Colon! Me parece verle
Arrancando su ideal
Al mar, que logró mecerle;
Grande y solo pedestal
Que es digno de sostenerle.

En medio de su pobreza,
Él buscó, con afan loco,
Otro mundo en su cabeza,
Porque un mundo era muy poco
Para admirar su grandeza.

Verás la mansion querida
Donde Colon, sin ventura,
Por vez primera en su vida,
Creyó ver interrumpida
Su calle de la Amargura.

Y resonará tu acento
Bajo el techo hospitalario
Que á un mártir del pensamiento
Prestó esperanza y aliento
Para llegar al Calvario.

Saluda tú en nombre mio
Lo que vayas contemplando,
Miéntras, con rostro sombrío,
Quedo despierta llorando
Lo que entre sueños sonrío.

Y exclama, si ves, cual creo,
El mar que á tus piés se estrella:
«En cuanto grandioso veo,
Como es grande su deseo,
Aquí está conmigo ella.»

Ultimos Resplandores.

Ella fué á hablar, mas puse yo la mano
En sus abiertos labios sin color;
Temia que su alma se escapase
Al tiempo de salir su opaca voz.

La llama de su ansioso pensamiento
Juventud y belleza consumió;
Yá con qué alimentarlo no quedaba,
Y ardia el fuego aún, quizás mayor.

Era lámpara rota que aún sentia
Viva la llama que en su seno ardió....
Su corazon la muerte no esperaba,
Que estaba muerto yá por el dolor.

Su forma material era una tumba
Jamás bañada por la luz del sol,
Que guardaba, cual rígido cadáver,
Su insensible y desierto corazon.

Su alma era un ángel en la tumba orando,
Cercado de suavísimo fulgor,
Que sólo yá, para tender las alas,
Esperaba el mandato de su Dios.

Las Nubes.

No se os parece la ambicion; no es nube
Que del sol á los rayos se disipa:
Es nube eterna, pensamiento fijo
Que á un tiempo nos halaga y nos domina,
Fuego tenaz que el corazon abrasa
Y que al soplo del tiempo se reanima.
Hoy, por ella impulsada, un imposible
Quiere, acaso, lograr mi fantasía;
Mas no es extraño que le preste albergue
Y á su inmenso poder débil me rinda,
Si ambicionando, sin cesar, vosotras,
Al descender en alas de la brisa
Hasta el hirviente mar, siempre insaciables
Sus ondas absorbeis con avaricia,
Para arrojar despues sobre la tierra
La savia que la tierra fertiliza.
Yo quisiera tambien, por imitaros,
En mí absorber inspiracion divina,
Y arrojar al espacio, con orgullo,

Un torrente de dulces armonías.
Átomo soy que el huracan arrastra,
Sombra que por la tierra va perdida
Y quiere remontarse hasta vosotras
Y en el cielo esconder su frente altiva.
¡Oh, cuánto, cuánto sois, nubes flotantes,
Á la existencia humana parecidas!
Vagamos, cual vagais, á los impulsos
De fuerte viento, ó de ondulante brisa,
Á los supremos fallos del destino
Inclinando la frente combatida.
Cuando, en noche apacible, de la luna
La luz süave reflejais tranquilas,
Os pareceis al rostro que refleja
Los placeres del alma en su sonrisa:
Cuando venís amenazando el orbe
Y el cielo ennegreceis, densas, sombrías,
Os semejais al corazon que encierra
Raudales de amarguras infinitas.
En el suelo que baña vuestro llanto,
Las unas con las otras confundidas,
Caen tambien nuestras lágrimas: la tierra
Se abrasa con su fuego al recibirlas.
Parece que el dolor vive en vosotras,
Que entre vosotras la tristeza gira;
Pero no es el dolor del que en el mundo,
Desesperado, con su mal camina;
Es el dolor del alma que, vagando,
Va sola por la senda de la vida,
Suspiros dando al agitado viento,
Ignorando tal vez por qué suspira.
El espíritu es sol, el cuerpo es nube:
El sol entre las nubes se desliza,

Y, poderoso, al fin, llega un momento
En que las rasga y explendente brilla.
Pasamos, cual pasais; sois á mis ojos,
Al cruzar el espacio fugitivas,
Imágen de la dicha siempre huyendo,
Imágen fiel de la ventura mia.
¡Cuánto os envidio yo, nubes errantes,
Viajeras melancólicas, perdidas
En el espacio azul! ¡cuánto os envidio!
Yo siempre con vosotras vagaria;
Yo quisiera, viviendo en vuestro seno,
Que los mundos se abrieran á mi vista,
Y ornar mis sienes, tristes y cansadas,
Con vuestras leves gasas indecisas.
Quisiera.... mas los sueños de la mente
¿Quién los puede decir? ¿quién los realiza?
Es justo, sí, que el pensamiento mio
Por todas partes, sin cesar, os siga;
¿No son nubes tambien, nubes oscuras,
Las que en mi mente, sin cesar, habitan?
Yo miro un cielo hermoso de esperanzas,
Estrellas de ilusiones lo iluminan,
Y nubes mil de dudas y pesares
Enturbian su explendor; ¡nubes impías!
¿Por qué os amaré yo, si se os parecen
Los pesares eternos de mi vida,
Y estas dudas eternas de mí propia,
Que son mis implacables enemigas?
Os amo, porque sois, al mismo tiempo,
Á los sueños del alma parecidas;
Que son nubes tambien, como vosotras,
Mis esperanzas, mis soñadas dichas.

Dos Sendas.

Pensé que era injusticia de la suerte
Cuando yo triste y sola,
Desde mi senda de dolor y espinas
Miré el principio de tu senda hermosa.

Allí nos separamos; yo, volviendo
Atrás la vista absorta;
Tú, mirando adelante solamente:
¿Quién, estando en la luz, piensa en la sombra?

¡Quién me habia de decir, cuando envidiaba
Tu suerte bienhechora,
Que'en la cruz del camino acabaria
Tu alegre senda, cual mi senda odiosa!

En la cruz del camino nos hallamos,
Y el adios de tu boca
Me pareció el gemido de los árboles
Que empiezan á perder flores y hojas.

Yo me paré en la cruz, y en un momento,
Cansada y melancólica,
Te vi emprender á tí la misma senda
Que ántes crucé con planta temblorosa.

Mi Alma.

Sin comprender, acaso, lo que siente,
Buscando espacio en que extender sus alas,
Viene á asomarse á mis dolientes ojos,
Llena de ardor y de ansiedad, mi alma.
Anhela conseguir un imposible
Y envuelta sale en mi febril mirada,
Lanzándose á volar en pos de un término
Que ve más léjos cuanto más avanza.
Pretende descubrir lo que nos vela
La bóveda de estrellas adornada,
Y adivinar, miéntras admira el cielo,
Qué es lo que el tiempo entre sus brumas guarda.
Siempre misterios ve, siempre grandeza,
En la extension que temerosa abarca,
Y ser grande tambien quisiera, entónces,
Porque lo bello y lo grandioso ama.
Se cansa de vagar en el espacio
Y vuelve á reposar, yá fatigada,

Lanzando, acaso, débiles gemidos
Que de la brisa entre el rumor se apagan.
Cierro los ojos; mas el alma mia
Así no puede recobrar la calma,
Y se viene á posar junto á mi boca,
Ansiosa de salir con la palabra.
El mar es grande, pero tiene voces
Dignas de su grandeza soberana;
Olas mil arrancádas de su seno
Que, rugiendo, espumosas se levantan,
Y olas que, murmurando dulcemente,
Besan amantes la arenosa playa.
Tambien el viento entre sus alas lleva
Gritos gigantes ó armonías blandas,
Ya se transforme en huracan violento,
Ya se convierta en suspirante áura,
Que parece el aliento de los ángeles
Que alrededor de nuestra frente vaga.
Los séres solamente en balde buscan
Los armoniosos ecos que les faltan.
Cuando de anhelo y de entusiasmo llena
En espacios de luz se pierde el alma,
Voz digna de expresar lo que se siente,
¿Quién, venturoso, de su pecho arranca?
¡Mares y vientos, quién á vuestras voces
Sonidos semejantes encontrára!
Mi alma, al comprender que no es bastante
Á poder contenerla la palabra,
Cual siempre que se anhela un imposible,
Queda abatida y de luchar cansada,
Y rueda por mi rostro, convertida
En una triste y silenciosa lágrima.

Suspiros.

Huyendo de la tierra dolorida,
Porque no hiciese á su pureza agravios,
Se hallaron en la huida
Una nota de un arpa desprendida
Y un suspiro escapado de unos lábios.
Se hablaron con palabras sin rumores,
Como se hablan los ojos y las flores,
Y en un soplo del aire confundidos
Se perdieron, al fin, ámbos sonidos.
Iguales en la vida y en la muerte,
Ninguno obtuvo victoriosa palma;
Que á entrámbos dió la protectora suerte
Tumba en la inmensidad, cuna en el alma.
No es extraño que sea
Hermano el corazon del pensamiento:
La nota es el suspiro de la idea;
El suspiro es la voz del sentimiento.

Grande y Sabio.

Alcé los ojos: tu mirada, entónces,
Brilló intensa en mis lágrimas,
Como un rayo de sol que ardiente cae
Sobre trémulas aguas.

Te dejé de mirar, por parecerme
Que te causaba pena,
Aunque yo, contemplándola, sentia
Satisfaccion secreta.

Volví á mirarte cuando yá á mis labios
Atraje una sonrisa:
Llorando estabas tú, pero tus lágrimas
Eran lágrimas mias.

Grande es tu corazon, porque consuela
Con el triste sufriendo:
Tu corazon es sabio, porque sabe
Llorar males agenos.

Á Breton de los Herreros.

No por honrar tu memoria,
Sino por honrarme yo,
Hoy celebro tu victoria:
Á quien tal gloria alcanzó
No puede darse más gloria.

Quiso, al fin, la muerte airada
Terminar tu ilustre vida,
Que fué como ilustre amada,
Como larga aprovechada,
Y como corta sentida.

De tu gloria, que ama bien
Mi corazon español,
Baje un destello á mi sien,
Que si á un cristal baña el sol
El cristal brilla tambien.

Para cantarte, sin calma
Deja que al cielo demande
De la inspiracion la palma:
¡Para qué me ha dado el alma
Sino para amar lo grande!

Hoy una tumba te encierra
Y aún con tu génio esclavizas
Al mundo, que te dió guerra,
Y quiere honrarse la tierra
Conservando tus cenizas.

El fruto de tu campaña,
Yá muerto, en laureles cobras
Cuyo brillo no se empaña;
Mas no te corona España,
Que te coronan tus obras.

Cántale, Patria doliente,
Y no temas que sucumba
Su génio audaz y valiente:
¡La luz que arroja su tumba
Está irradiando en tu frente!

Como madre agradecida,
Muéstrale la admiracion
Que está á tu existencia unida:
¡Diste á Breton luz y vida;
Vida y luz te da Breton!

Enigma.

Con todos los rumores que, mezclados,
Suben á lo infinito,
Ha querido formar el hombre, ansioso,
De libertad el sacrosanto himno.

Notas, murmullos, huracanes, risas,
Palabras y suspiros,
Nada es bastante; el himno deseado
Siempre incompleto resonó en mi oido.

Miéntras me lleve por el mar del mundo
La nave del martirio,
No espero yá escucharlo; falta un eco
Universal, expléndido y divino.

Tal vez la eternidad es solamente
Quien guarda ese sonido,
Y el velo de la muerte cubre el arpa
Donde resuena el suspirado himno.

Luz remota.

Yo la ví muerta; en su semblante frio,
En sus ojos sin luz, se revelaba
Que al rudo golpe de dolor impío
Aquella flor hermosa se tronchaba.

La rosa abierta entre sus labios rojos,
En donde estuvo su pasion escrita,
Que no agostára el fuego de sus ojos,
Al hielo de la muerte ví marchita.

Lirios y blancas rosas ví en su frente,
Que unas manos piadosas le ciñeran;
Flores que se inclinaban tristemente,
Cual si tanto dolor compadecieran.

Yo miraba el cadáver, y sentia
Algo desconocido que flotaba
De su cabeza en torno; parecia
Que su alma libre el cuerpo contemplaba.

Y así, se reflejaba en su semblante
Una expresion agena de este suelo,
Como despues de oculto el sol brillante
Áun deja alguna ráfaga en el cielo.

Era, quizás, que en misteriosa guerra,
Aún yo, á través de su aparente calma,
Hallaba en los despojos de la tierra
La luz de los amores de aquel alma.

Siempre igual.

Si algo existe en el mundo que me halague,
Es mi mundo ideal;
Mas va la claridad de cada dia
Apagando su hermosa claridad.

Esclava de la vida, apénas puede
Mi mente fatigada ni áun soñar,
Que para dar la muerte á cada sueño
Hay una realidad.

Tu Sonrisa.

No te he visto llorar; siempre á tus labios
Asoma una sonrisa de querube,
Mas ¡ay! á tu pesar miré tu alma
Y ella me ha revelado cuánto sufres.

Profundos como el mar, pero sin perlas
Son tus ojos azules;
Y á través de tu pena, tu sonrisa
Es un rayo de luna entre dos nubes.

Al Aire.

Aire, que á tierras remotas
Marchando vas, yo te canto;
El ruido tendrán mis notas
Que hacen, cayendo, las gotas
De un desconocido llanto.

Miéntras en tarde apacible
Besar mi frente te siento,
Como tú raudo, movible,
Va siguiendo un imposible
Mi cansado pensamiento.

Sigues tu vuelo envidiado
En tanto que él fatigado
Detiene su paso incierto,
Porque está para él cerrado
Lo que para tí está abierto.

Mi exaltada fantasía
Oculta en tí vagaria,
Para contar los suspiros
De pesar ó de alegría
Que recoges en tus giros;

Para saber si es verdad
Que en este mundo no existe
Nunca la felicidad,
Si por siempre el alma triste
Se agita en la oscuridad.

Estando á solas conmigo
Acuso á mi pensamiento
De que es tal vez mi enemigo,
Y siendo el culpable, siento
Que á mí me impone el castigo.

Vacilo, sufro, y me quedo
En una aparente calma;
Pero es porque tengo miedo,
Porque descender no puedo
Al abismo de mi alma.

Me parecen los rüidos
Que en tí llevas, al pasar,
Los armoniosos sonidos
De los acentos queridos
Que no volveré á escuchar.

Entusiasmo, desaliento,
Esperanzas y ambiciones,
Arranques de sentimiento,
Dudas tristes, ilusiones,
Y ráfagas de contento;

Creo que todo, al ir pasando,
Lo llevan tus alas leves;
Todo me lo vas brindando,
Junto á mis labios lo mueves
Y yo lo voy respirando.

Por eso en el alma mia
Parece que está viviendo
Junto al dolor la alegría;
Que junto á la duda fria
Está el entusiasmo ardiendo.

Aire, al seguir el camino
Que te marca tu destino,
Miéntras murmurando vas,
Pienso que cumples, quizás,
Algun mandato divino.

Quizás, cual vas arrancando
Sus perfumes á las flores,
Vas á unas almas robando
Alegrías y dolores
Que á otras almas vas llevando.

Te hablo, y permaneces mudo;
Quisiera yo revelarte
De un alma el combate rudo,
Pero no me atrevo: dudo
Si luégo sabrás callarte.

¡Si en mi pensamiento entráras!
Te dijera mi afan loco
Si á nadie lo reveláras.
¡Miéntras me pareces poco
Quisiera que me faltáras!

Jardin y Cementerio.

Melancólica y tenue vacilaba
La claridad, dudosa como yo;
Mi vista en el espacio se perdia,
Y entre mis pensamientos mi razon.

Los recuerdos de ayer, tristes y helados,
Pasaron insepultos ante mí;
Cubiertos con girones de mi alma,
Envolvieron mi oscuro porvenir.

Lanzándose á volar mi fantasía
Contemplaba algo más que espacio azul:
Un frondoso jardin y un cementerio
Hallaron en mi mente forma y luz.

El jardin misterioso me atraia,
Y el cementerio me arrastraba más;
Y en el oculto centro de mi mente
Todo era apetecer y vacilar.

Parecia que hablaban los rosales
De aquel soñado y mágico vergel,
Dejando estas palabras en mi oido:
—Yo tengo aroma y flor, luz y placer.—

Parecia tambien que los cipreses,
Por el aura movidos á compás,
Entre aquellos sepulcros repetian:
—Yo te puedo ofrecer olvido y paz.—

Y yo, entretanto, con la vista absorta,
Exclamaba, en fatal vacilacion:
—¡Si las rosas se hallasen sin espinas!
¡Si en la paz del morir se hallase amor!

Yo no quiero la muerte que no siente;
Yo no quiero la vida, que es luchar;
Yo no quiero los sueños que se alejan;
Quiero, ántes y despues, felicidad.

Quiero una muerte yo, que lleve á un mundo
Donde haya vida y luz y animacion,
Ó una vida feliz que no conozca
La interminable muerte del dolor.

Ama siempre.

Á MI DESGRACIADO SOBRINO EMILIO.

Un sér que te dió vida para amarte,
Un cielo azul, recuerdos y cariño
Te miré abandonar; y al alejarte
Pudiste sonreir porque eras niño.

Niño, á quien persiguió con tal constancia
El destino crüel y despiadado,
Que dejaste los juegos de la infancia
Por los juegos de muerte del soldado:

Léjos, muy léjos de tu pobre nido
Hoy huellas campos por la sangre rojos,
Cuando tal vez aún no has comprendido
Todo el valor de lo que ven tus ojos.

¿Por qué fuiste la víctima elegida
Por el rigor de la implacable suerte?
¿Por qué eres árbol tú, lleno de vida,
Brotando en el desierto de la muerte?

¿Por qué en un cielo pálido y profundo
Eres astro sin luces y sin nombre,
Si tambien para tí Dios hizo el mundo,
Y tambien para tí Dios se hizo hombre?

Mas en lo porvenir ¿quién sabe, ahora,
Si hallarás el dolor, ó la alegría?
En el primer destello de la aurora,
¿Quién sabe lo que guarda el nuevo dia?

El amor maternal te rinde ofrenda
En alma de mujer, por santuario,
Y si es la del dolor tu oscura senda
No la irás recorriendo solitario.

Sin más impulso que tu noble aliento
Quieres cruzar por sendas ignoradas;
¡Capullo de una flor, que arrastra el viento
Por un campo de flores deshojadas!

Acuérdate, en el mal ó en la ventura,
De almas á cuyo amor vives unido;
No formes con su llanto de ternura
El velo impenetrable del olvido.

Pequeño sér, nublada primavera,
De incierto resplandor naciente llama,
Si encuentras el dolor, ama y espera;
Si encuentras el placer, recuerda y ama.

Al despertar.

Cuando aún diciendo la postrer plegaria,
Que en mis convulsos labios cortó el sueño,
Con la primera lágrima en los ojos,
Contra mi voluntad, yo me despierto;
Cual si esperase mi primer mirada
Y recogiese mi primer aliento,
Hallo en frente de mí la cruz humilde,
Dulce memoria de mejores tiempos.
Hallo una cruz pequeña y enlutada,
Que de mi madre protegiera el lecho;
La que guarda tal vez para mí sola
Su mirada de amor, su último beso.
Pobre y querida cruz, á cuya vista
Con más amor la redencion venero,
Y pienso más en Dios; que en lo más grande
Me hace siempre pensar lo más pequeño.
La tumba abrióse yá de mi alegría
Y en ella va á llorar mi pensamiento:
¡La patria de mi amor está desierta,

Pero poblada está con mis recuerdos!
¡Oh, qué grato es dormir! pasar las horas
Sin ánsias, sin temores, sin deseos,
En un sueño tenaz, sordo, profundo,
Sin placer ni dolor, como el eterno.
Con cuánta languidez siento que lanza
Mi inteligencia el último reflejo
Á punto de dormirme, y cómo entónces
En Dios, en la virtud, en el bien pienso!
Mas la calma del sueño se deshace,
Y otra vez á vivir con pena vuelvo;
Mis ojos, que no ven séres que amaron,
Otra vez á la luz se hallan abiertos.
Cruz santa, que serviste á mis mayores
De fiel custodia y de sagrado templo,
Yo miro que te halaga y te rodea
Un rayo de la luz que va naciendo,
Y que algo escribe en tí con formas vagas,
Algo que entiendo al fin, algo que es esto:
¡Dichoso aquel que, aunque su cruz le pese,
No lleva la del vil remordimiento!

El Arte.

¿Qué fuera el mundo sin cielo?
¿Qué fuera la tierra triste
Sin ese cielo, que viste
De luż y flores el suelo?
¿Qué fin viera nuestro anhelo
Sin la gloria apetecida?
El Arte, que no se olvida,
El Arte, que el bien encierra,
Es el cielo de la tierra,
Es la gloria de la vida.

El hombre, cual Oceáno
Que mueve sin tregua el viento,
Se agita del pensamiento
Al impulso soberano;
Con lo divino y lo humano
Luchar siempre es su destino;
Mas del Arte en el camino,
Cuando yá lo humano es nada,
Deja á la tierra asombrada
Lo que hay en él de divino.

Pasion última y primera
Que conmueve el corazon,
La de la patria es pasion
Grande cuanto verdadera.
Amor, de que no se espera
En pago otro amor profundo,
Es el Arte, dón fecundo
Que más la patria ennoblece,
Porque tanto la engrandece
Que hace una patria del mundo.

Da el Arte al mundo belleza,
Eternidad para el nombre,
Divinidad para el hombre,
Para la patria grandeza;
Copia la naturaleza
Con divino sentimiento....
¡En santo recogimiento
Debiera el alma adorarte,
Porque vienes á ser, Arte,
La forma del pensamiento!

Es el Arte humano eden
Para el pueblo afortunado;
Para el pueblo desdichado
Es la esperanza del bien.
Divino el Arte, tambien
Purifica la existencia.
¡Bien haya la inteligencia....
Que sólo por él aliente!
¡Quien lleva el Arte en la mente
Lleva á Dios en la conciencia!

A Julia de Asensi,

POETISA.

Yo he sabido de ti, porque tu acento
Á mí llegó cual música divina;
Cual sé tambien de Dios, porque lo siento,
Y como sé del sol porque ilumina.

Yo sé que existes tú; sé que tu frente
Más lauros ceñirá, si más deseas;
Que pueblan el espacio de tu mente
Astros de inspiracion, mundos de ideas.

Yo he sabido de ti, pero tú, ahora,
No sabrás que en tus glorias tomo parte;
No sabrás que hay un alma soñadora
Que sabe comprenderte y admirarte.

No habrá llegado á tí mi nombre oscuro
En el viento que arrastra nuestros nombres,
Como no llega al sol, ardiente y puro,
La mirada anhelante de los hombres.

Cantos no te dará mi voz lejana
Dignos de tu valor, aunque quisiera:
No ha de dar luz la noche á la mañana,
No ha de dar sombra el sauce á la palmera.

Sigue tu senda, que á la gloria guía:
Sé de tu patria honor, del mundo pasmo;
Yo, siempre, para el Arte y la poesía,
Si tengo corazon, tendré entusiasmo.

Hojas perdidas.

Conservo el tallo leve entre mis manos
Y yá esparcí las hojas de la flor;
Las he visto alejarse, cual se aleja
La primera ilusion.

Eran hojas de rosa, que aún guardaban
El perfume, la forma y el color,
Y, áun siendo así, volaron con el viento,
Y nadie las miró.

He visto en esas hojas el destino
De séres sin hogar y sin amor,
Que saben de la noche, y nada saben
De los rayos del sol.

Arrancados del tallo en que nacieran
Y arrojados al viento del dolor,
Nadie se pára á ver si en esos séres
Existe un corazon.

Vive y Espera.

Destellos de tu alma son
Las miradas de tus ojos:
Suspira en tus labios rojos
La voz de tu corazon;
Abrumadora afliccion
Miro en tu semblante escrita,
Mas el dolor que te agita
Pronto verás extinguirse:
¡Cuántas veces vuelve á abrirse
Flor que juzgamos marchita!

Hay noches sin una estrella,
La tempestad va tronando,
Y brilla, de cuando en cuando,
La luz de fugaz centella;
Mas luégo viene más bella,
Entre misterio profundo,
Vertiendo llanto fecundo
Y sonrïendo, la aurora,
Y es que de ternura llora
Al ver tan hermoso el mundo.

Hay para el alma momentos
Que son noches de dolor,
Que alumbran con su fulgor
Centellas de sufrimientos;
Hay amargos pensamientos,
Hijos de pena sombría;
Mas sigue á la noche el dia,
Á la tempestad la calma:
Luce tambien para el alma
La aurora de la alegría.

Dobla con saña tirana
Tu cabeza la amargura;
Al peso de la ventura
Quizás se incline mañana.
Aún hay dicha soberana
Y esperanzas placenteras....
¡Si estoy leyendo que esperas
En tu frente combatida!
Es la esperanza la vida,
Y yo no quiero que mueras.

Cífrese en vivir tu anhelo,
Porque aún, para tí, se encierra
Mucha ventura en la tierra,
Para pensar en el cielo;
Y sírvate de consuelo
La segura conviccion
De que existe un corazon,
Sobre la tierra sombría,
Que goza con tu alegría,
Que sufre con tu afliccion.

Sabes que tambien me agito
Presa de mortal quebranto,
Que hay un poema, con llanto,
En mi corazon, escrito:
Tambien dolor infinito
Combate mi soledad;
Mas en mi triste ansiedad
Que yo te olvide no temas,
Que en estas luchas supremas
Descansa nuestra amistad.

Crepúsculo.

Las sombras y la luz en mi cabeza
Agitándose están:
Un incierto crepúsculo la envuelve
En triste vaguedad.

¿El crepúsculo débil de la tarde,
Ó el del alba será?
¿Anunciará brillantes resplandores,
Ó densa oscuridad?

A María.

Alma herida, que alivias generosa
De mi alma la terrible soledad,
Tal vez contemplas que á mi llanto estéril
Las risas de la duda se unen yá.

Mas aunque pienses que, la fé perdiendo,
Al fin, de todo llegaré á dudar,
No dudaré de tí: tú eres un ángel,
Y yo dudo del mundo nada más.

Imposibles.

Mostradme un mundo donde yo no vea
Almas que entre el tumulto viven solas,
Donde no haya envidiosos de la dicha,
Donde haya compasion para el que llora,
Donde la luz de la verdad disipe
Las enemigas sombras.

Si nó, llevadme allí donde se pueda,
Sin sentir más que á Dios, pasar las horas,
Bastándose á sí mismo, sin que nadie
Turbe la soledad que se ambiciona;
Y entónces convendré con los que dicen
Que la vida es hermosa.

Vivir soñando.

La tierra me sostiene y me sustenta,
Y más que con amor, sin él la veo;
El mar, con su grandeza y poderío,
Si lo llego á mirar me infunde miedo;
Mas no siempre es horror ó indiferencia
La ola que á compás rueda en mi pecho;
Cuando el amor del alma se desborda,
Entónces, miro al cielo.

La tierra, que con flores se engalana,
Guarda tesoros en su oculto seno;
El mar, que con espumas se embellece,
Riquezas guarda en su movible lecho;
Mas, digo, al suspirar, la vista alzando
Al bellísimo y puro firmamento:
—¡Siempre vive aquí el alma entre prisiones!
¡Sólo es libre en el cielo!—

Ángela.

I.

Ángela era mujer cuyo semblante
Nunca animó la risa de la infancia,
Que, á impulsos del dolor, salvó anhelante
De su oriente á su ocaso la distancia.
Era hermosa quizás; su frente pura
Pudiera ser modelo de belleza;
Mas ¿quién adivinaba su hermosura,
Perdida en la extension de su tristeza?
Ante sus ojos ¡ay! sin alegría
Ciega y feliz la humanidad pasaba....
Le hablaban de la muerte, y sonreia,
Le hablaban de placeres, y lloraba.
Por un misterio, al verla
Se pensaba en la nube y en la bruma;
Alegre pudo ser buscada perla
Y triste llegó á ser deshecha espuma.

II.

Ángela, viendo roto el lazo fuerte
Del amor maternal, vivió, aunque herida,
Para aliviar la suerte
Del autor de su vida,
Y devolver, así, vida por muerte.
Él, aunque anciano, dolorido y ciego,
Víctima del destino soberano,
En sus ojos sin luz mostraba el fuego
De un amor infinito y sobrehumano.
Ángela era la risa del anciano,
Siempre en sus labios fija,
Y él era todo el mundo de su hija:
El árbol y la hoja,
El espacio y la estrella,
El arpa y el sonido,
El uno por el otro entristecido,
Eran en sus desgracias él y ella.
No agena á la virtud, sí á los placeres,
Reinaba en su mansion doliente calma,
Y radiaba el amor de aquellos séres
Allá en la oculta inmensidad del alma.

III.

Mujer, al fin, de espíritu profundo,
Viendo el poco valor de la existencia,
Tan costosa á la fé ó á la conciencia,
Puso Ángela su afan en otro mundo.

Buscaba en el trabajo su sustento,
Y su mirada al cielo se volvia
Como á la eternidad su pensamiento;
Y no pasaba dia
Sin que mirase á la azulada esfera
Con infinito ardor, cual si quisiera
Devolverle la luz que recibia.

IV.

Ella, al fin, era débil.... ¿Quién encierra
Ardiente llama en lámpara de nieve,
Sin pensar que en un plazo cierto y breve
Ó deshecha caerá la nieve en tierra,
Ó el hielo apagará la llama leve?
Á su triste morada,
Ángela y el anciano,
De la muerte temida y deseada
Llegar sintieron la terrible mano.
Y en Ángela, al pensar que se moria,
Se alzó su amor filial, supremo y santo,
Y sintió que en su espíritu caia
Todo el acerbo llanto
Que el viejo abandonado verteria.
Y suplicó y oró, sus largas penas
Queriendo hacer más largas todavía....
¡Infeliz prisionera, que pedia
Que no rompieran nunca sus cadenas!
—Yo no quiero, exclamaba,
Que, yá extinguido de mi vida el fuego,
Viva un alma sin luz, perdida siempre
En los ojos sin luz del triste ciego.—

Y más y más su abnegacion oraba,
Que, viendo yá cercano el Paräiso,
Sólo su abnegacion la vida quiso
Cuando su voluntad la rechazaba.

V.

Como bajel que rápido se aleja,
Y, cerca yá del suspirado puerto,
Se detiene en el mar, que se asemeja
Á un sepulcro á sus plantas entreabierto;
Ángela en el sendero de la vida
Se detuvo tambien, cual si estuviese
Nada más que á su ruego detenida.
Mil y mil veces la oracion del alma,
Subiendo al Sér á quien el alma adora,
Aunque sin alcanzar lo que se implora,
Devuelve al corazon su dulce calma.
Mil y mil veces con afan orando
Vemos con miedo nuestro afan cumplido,
Y nuestro propio corazon, temblando,
Nos parece decir: «Tú lo has querido.»

VI.

Ángela, resignada y abatida,
La muerte vió de quien le diera vida.
Los ojos bellos por el llanto rojos,
La frente ornada de fulgor divino,
Ella cerró los ojos
Cerrados á la luz por el destino,

Y que áun así alumbraron su camino.
Y por una fatal miseria humana,
Su dolor infinito y verdadero]
Se aumentó al no tener por compañero
El fingido dolor de la campana.
Yá se apartó la espuma de la ola
En la playa al chocar: yá estaba sola.

VII.

¿Qué espera yá la tarde,
Si se extiende la noche en el espacio?
¿Qué espera yá la noche, si el sol arde,
La inmensidad teniendo por palacio?
Ángela ¿qué esperaba,
Ni por qué sér su corazon temia?
La luz de su existencia agonizaba
Y de su alma la luz resplandecia.
Mas, á pesar de todo, hubo un instante
En que brilló, naciente y luminosa,
La esperanza terrena en su semblante;
Temió á la eternidad, pensó en la dicha,
Miró á la tierra y parecióle hermosa.
Mas sólo por un rápido momento
Ella anheló la terrenal ventura,
Y luégo, como siempre, ansiosa y pura,
Se volvió su mirada al firmamento.
Despues, ¿qué más? Perdióse su existencia
En una triste calma indiferente,
Y el alma virginal dejó en herencia
Su corona de espinas á la frente.

VIII.

No he de ser yo jamás quien rasgue el velo
Donde el humano afan siempre se estrella;
No puedo asegurar que esté en el cielo,
Mas siempre que lo miro pienso en ella.
Sólo sé que á los últimos fulgores
De una tarde de otoño, silenciosa,
Sus restos cubrió al fin tierra piadosa,
Cual ántes cubrió el cielo sus dolores.

Sangre del Alma.

El mundo, en sus conmociones,
Contra sí mismo se ensaña,
Y despues, horrorizado,
Más que compasivo, exclama:

«¡Sangre! ¿No veis más que sangre?»
Yo miro más, miro lágrimas,
Llanto que más horroriza
Porque es la sangre del alma.

Todos.

¿Luchan dos hojas que, á merced del viento,
Cruzando van idéntico camino?
¿Luchan dos ondas que el postrer aliento
En el mar dejan, con igual destino?

No luchan, nó, porque girando iguales
No pueden encontrarse, y no hay contienda;
Séres inanimados y mortales,
Sólo ven un destino y una senda.

¿Por qué luchar, entónces, los humanos,
Siendo la vida igual, igual la muerte?
¿Por qué movemos, para herir, las manos,
Sujetas por los hierros de la suerte?

¿Por qué siempre, invocando la fortuna,
La paz, único bien, locos perdemos,
Si todos empezamos en la cuna,
Y todos al sepulcro llegarémos!

Olas.

Á MI QUERIDA AMIGA DOLORES GARCÍA RAMOS.

Breve distancia, en verdad,
Hoy nos separa á las dos,
Mas aunque quisiera Dios
Que fuera una inmensidad,
Viera yo tu soledad,
Tú escucháras mi querella,
Tú vieras mi incierta huella
Y yo tu doliente calma....
¡Como es tan inmensa el alma
No hay distancias para ella!

¿Quieres escuchar las voces
En mi corazon nacidas,
De muchos desconocidas,
Pero que tú bien conoces?
¿Quieres gozar con mis goces
Y con mis penas sufrir?
¿Quieres, como yo, decir
Tanta desventura al ver,
¡Quién pudiera no nacer!
¡Quién pudiera no sentir!?

Dices que nunca he perdido
Mis ilusiones, y es cierto;
Tienes razon, yo no he muerto
Porque jamás he vivido.
De la region del olvido
Pienso á veces que vendré,
Que en ella estoy, que á ella iré,
Pues si ahora olvidada soy,
Cuando llegue á donde voy
Ni memoria dejaré.

Hoja soy que el viento lleva,
Ya se pára, ya se agita:
Para volar necesita
Tambien que el viento la mueva.
Pero soy más.... se renueva
En mí la vida, el aliento;
La libertad es el viento
Que para volar me falta:
En cárcel estrecha y alta
Se agita mi pensamiento.

¡Ah! Tú tambien, sin quejarte,
Guardas tu dolor profundo,
Porque tú sabes que el mundo
Ningun consuelo ha de darte.
Haces bien en ocultarte
En las sombras de tu alma;
Del sufrimiento la palma
Obtendrás cuando sucumbas.
¡Envidia tengo á las tumbas,
Porque dan descanso y calma!

¡Es tan pequeña la sombra
Que yo proyecto en el mundo!
Miro con afan profundo
Y el no encontrarla me asombra.
Escucho, y nadie me nombra;
Mas, aunque apénas me vea,
Siento que mi mente créa
Tanto afan, tanto delirio....
Tú no sabes el martirio
Del que imposibles desea.

No irán mis voces, en suma,
Á endulzar tus horas largas,
Que de olas que son amargas
Amarga es tambien la espuma.
Á tí, si tambien te abruma
Hondo y oculto pesar,
Quisiera yo revelar
Lo que me roba la calma;
¡Mas si el fondo de mi alma
Es como el fondo del mar!

Quiero y no quiero vivir;
La vida siempre ha de ser
Muy breve para el placer,
Muy larga para sufrir.
Mis labios quieren decir....
Y no dicen lo que quieren:
Mis pensamientos me hieren
Luchando conmigo á solas....
¡Son mis pensamientos olas
Que junto á mis labios mueren!

Nubes y Luz.

¿Acaso pueden en el mismo instante
Iluminar la tierra sin fortuna,
Del rojo sol el resplandor brillante
Y el pálido reflejo de la luna?

¿Conmoverse á encontrados sentimientos
Acaso puede el corazon sin calma?
¿Á un tiempo mismo débiles lamentos
Y alegres voces exhalar el alma?

Yo no lo sé, mas siento que en la mia,
Al vagar por un cielo de belleza,
Va brotando una chispa de alegría,
Va naciendo una nube de tristeza.

Dos sentimientos que mi afan evoca;
Y miéntras va viviendo sin enojos
El uno, en la sonrisa de mi boca,
Habla el otro en el llanto de mis ojos.

Envidia y Compasion.

Una mujer, que era hermosa
Como un rayo de la luna,
Con sus brazos, afanosa,
Formaba la mejor cuna,
Por ser la más amorosa.

Y un niño, que en ella estaba
Sin temor ni afan durmiendo,
De la mujer, que lloraba
Al tiempo que lo miraba,
Iba el llanto recibiendo.

Y así el niño, que dormia
Cual flor que cierra su broche,
De unos ojos recibia
El rocío de la noche
Y la clara luz del dia.

De unos ojos que eran fuente,
Fresca y clara al parecer,
Con agua amarga y ardiente....
¡No soñar siendo inocente!
¡No llorar siendo mujer!

Del niño la faz rosada
Tocaba apénas la brisa,
Y al calor de una mirada
Aquella flor delicada
Se entreabrió en una sonrisa;

Viniéndose á confundir,
En un rápido momento,
El llorar con el reir;
El llanto del sentimiento,
La risa del no sentir.

Nada iguala á la belleza
Que así exhalaban los dos
Con su risa y su tristeza,
Pues jamás nos muestra Dios
Tanta en la naturaleza.

Mas fuérase comprendiendo
Belleza tan soberana,
Cuando se estuviese viendo
Ir naciendo la mañana
Al ir la tarde cayendo.

Por desgracia y por ventura,
Ni de la risa el encanto
Daba á aquel llanto dulzura,
Ni dió á la risa amargura
La amargura de aquel llanto.

Infancia feliz, la suerte
Hace que seas poseida
Por quien no sabe quererte....
¡Oh, quién temiera á la muerte
Y no temiera á la vida!

. . . .

Hace tiempo contemplé
Este cuadro que hoy recuerdo,
Cuyo contraste admiré,
Y aunque el motivo no sé
Nunca su memoria pierdo.

Lo recuerdo, y con razon
Entre dos afectos lidia
Mi cansado corazon,
Porque tengo al niño envidia
Y á la mujer compasion.

No es extraño para mí
Que así piense y sienta hoy;
Pues siento, sintiendo así,
Envidia de lo que fuí,
Compasion de lo que soy.

Fé y Esperanza.

Esa bóveda azul que sobre el mundo
Amorosa se extiende;
El claro sol que, al asomar fecundo,
El universo con su luz enciende;
¿Sólo han sido formados
Para cubrir é iluminar dolores?
La tierra que nos brinda sus favores,
Que da un lecho á los restos fatigados
Y da despues, para cubrirlos, flores;
¿Sólo ha sido creada
¡Ay! para ser con lágrimas regada?
No puede ser así; la dicha existe,
Dejad que así lo crea,
Y que en la senda de mi vida triste
Esa esperanza mi esperanza sea.
Y si soñando dicha no la encuentro,

Y sin poderla hallar hallo la muerte,
Mi ardiente fé, de la que el alma es centro,
No seguirá tambien la misma suerte.
Mi fé constante, cuando yo sucumba,
Como fúnebre luz arderá en calma
Sobre la tierra estéril de mi tumba,
Pidiendo eterna paz para mi alma.

Un Adios.

Viendo estoy que te vas, y al despedirte
Siento, más que mis penas, tus dolores;
No me atrevo á llorar, por no afligirte;
No me atrevo á reir, porque no llores.

Juzga tu corazon entristecido
Dicha lo que al presente te rodea:
Lo vas á abandonar, y el bien perdido
Siempre halla encantos nuevos en la idea.

Tú, sin fé en otra dicha que en la muerte,
Te vas, quizás, y oyendo á mi deseo,
Yo, que no espero nada de mi suerte,
En tu felicidad espero y creo.

Tal vez, tal vez se alejará tu pena
Como el suspiro que tu pecho exhala;
Cual cae al fin la lágrima serena
Que por tu rostro pálido resbala.

No pido ni un recuerdo á tu memoria,
Aunque sé con dolor que así te pierdo;
No quiero yo que tu futura gloria
Luche con las tristezas del recuerdo.

Vive tú en lo futuro, yá olvidado
El adios que te da mi labio amigo.
¡Qué te importa un adios á lo pasado,
Si la fé y la esperanza van contigo!

Desencanto.

¡Que es la vida mudable! ¡que varía!
Mi vida es siempre igual;
Horas que lentamente yá pasaron,
Y horas que lentamente pasarán.

¿De qué sirve el pasado, si no existe,
Y qué es el porvenir sin esperar?
Lo que posible miro, no lo quiero;
Lo que no puede ser, nunca será.

En la Tumba de un Niño.

Tú fuiste, al venir al mundo,
Sin haberlo merecido,
Copo de nieve, caido
En un abismo profundo.

Mas pronto volver debió
Lo que era del cielo al cielo;
Tu ángel bueno tendió el vuelo
Y en sus alas te llevó.

Vive en más puras regiones,
Que yá aquí, en un plazo breve,
Deshecho hubiera á la nieve
El fuego de las pasiones.

Mundo y Cielo.

Estaba despertando, y en sus ojos,
Que blandamente abrió,
Brilló, al par que una lágrima de fuego,
De una dulce mirada el resplandor:

«Esperanza,» decia su mirada
Con misteriosa voz;
Miéntras «dolor,» clamaba aquella gota
Que por su rostro pálido corrió.

Ví en sus ojos un mundo unido á un cielo,
Cual los miro en mi propio corazon;
Pues imágen del cielo es la esperanza,
Como imágen del mundo es el dolor.

Cantares.

Muchas veces en el mundo
Pasan cosas tan extrañas,
Que se lee entre sonrisas
Lo que se escribe con lágrimas.

Tengo de un lado mis sueños
Y de otro la realidad,
Y marcho como la nave,
Que va entre el cielo y el mar.

Cuando el mundo compadece,
De su compasion me rio;
Tiene lástima á los muertos
Y no la tiene á los vivos.

Suele perecer más pronto
Quien tiene más esperanzas,
Que no se atreve la muerte
Á quien la lleva en el alma.

Dicen que la soledad
Produce tristes ideas;
Quizás ella, que no miente,
Es la mejor compañera.

No arrojes dulces consejos
Á lo amargo de mi alma,
Que echar al mar agua dulce
Es sólo aumentar la amarga.

Quizás algunos suspiros
Con otros suspiros hablen,
Pero tambien otros muchos
Se perderán en el aire.

Si tú vieras en mi frente
Escrito mi pensamiento,
De lástima llorarias,
Cuando yo me estoy riendo.

Mira á la tierra el avaro
Para contar sus monedas;
Yo, más rica, miro al cielo
Y cuento en él las estrellas.

«Adios,» me dijo tu boca,
Y, «adios,» te dijo la mia:
Con una misma palabra
¡Qué distintas despedidas!

Son los pensamientos mios
Hojas que el viento se lleva;
Ya se elevan por los aires,
Ya se arrastran por la tierra.

¿Quién te ha dicho que no espero
Que acaben las penas mias?
Sé que á la muerte no hay
Desventura que resista.

Miéntras la gente importuna
Me dice que poco hablo,
Diera yo lo que no tengo
Por no pensar lo que callo.

Como se mueve una roca
Si el mar la está combatiendo,
Los propósitos más firmes
Ceden á los sentimientos.

En el vaso de la vida
Hay muchas gotas mezcladas,
Pero la dicha es la gota
Que más pronto se derrama.

Parece, porque me rio,
Que no conozco las penas;
Algunas veces las tumbas
Están de flores cubiertas.

Quisiera para el mañana
Una oracion ó un recuerdo,
Por cada vez que yo ahora
Pienso en la muerte y los muertos.

Como mi esperanza es grande
Grande es tambien mi desgracia,
Porque son mis desventuras
Sombras de mis esperanzas.

Sufres porque no consigues
Lo que anhelar no debieras;
Siempre en el mundo se halla
Junto al delito la pena.

Poca ventura perdemos
Los que sin ella vivimos,
Que de venturas del mundo
Ninguno se ha puesto rico.

No me digas que soy jóven,
Tú que no has visto mi alma;
No cuentes nunca mis años,
Cuenta, si puedes, mis lágrimas.

Siempre me sigue una idea
Que es mi encanto y mi martirio;
Al desconfiar espero,
Y al esperar desconfio.

Aunque estés triste y yo alegre,
No debes tenerme envidia,
Que mis lágrimas de ántes
Alimentaron tus risas.

Dicen que es un imposible
Contar del mar las arenas;
Más imposible es decir
Lo que en momentos se piensa.

Yo quiero vivir sin goces
Por no vivir con tormentos,
Que sale cara una dicha
Si hay que pagarla en recuerdos.

De ventura sólo un dia
En esta vida se encuentra;
No debes, si lo has vivido,
Ni esperar, ni tener quejas.

Tengo pocas ilusiones,
Y á veces las aborrezco,
Porque si no las tuviera
Yá quizás me hubiera muerto.

Para alcanzar una dicha
Hay que pasar muchas penas;
Para subir hasta el cielo
Hay que bajar á la tierra.

Llama el mundo soñadores
Á los que sienten lo bello;
Los que no viven soñando
Es porque viven durmiendo.

Adelante. (1)

Brilla la inspiracion que mundos crea
Hasta en el llanto que á los ojos sube,
Pues tambien del dolor brota la idea
Cual se desprende el rayo de la nube.

Es cierto que hubo un tiempo, no olvidado,
De gloria y bien, por nuestro mal perdido;
Mas enfrente tambien de lo pasado
Se extiende el porvenir desconocido.

La noche pasará; renace ahora
Jóven inspiracion con noble aliento,
Y no tuvo jamás ninguna aurora
Más claro resplandor que el pensamiento.

(1) Leida en la sesion inaugural del año de 1875, del Liceo Sevillano.

Una existencia piérdese en la nada
Y de la nada brota otra existencia,
Y halla siempre en la tierra, áun desolada,
El Arte formas y la voz cadencia.

Á mano de Moisés brotára un dia
El agua de una peña, en el desierto,
Y al impulso del genio la armonía
Aún brota entre el humano desconcierto.

Y ese genio creador, unido y fuerte,
Hallando en sí su proteccion segura,
Áun puede recoger vida en la muerte
Y despertar la admiracion futura.

Al antiguo laurel, que acaso ostenta
Mustias sus ramas por ardiente estío,
Las almas todas donde el genio alienta
Pueden llevar su gota de rocío.

Y la generacion, nunca vencida,
Que luche por abrir sendas de gloria,
Dormirá en una tumba esclarecida
Y habrá escrito con luz su misma historia.

Pues si hay un tribunal en la existencia
Que juzga sin error nuestras acciones,
Tambien el porvenir es la conciencia
Ante quien rinden cuenta las naciones.

Es justo, pues, que con afan creciente
La fé del genio, inmensa y soberana,
Batalle, sin cesar, porque el presente
No se cubra de oprobio ante el mañana.

En la Tumba de mi Hermano.

¡Sublime eternidad, que con tus sombras
Tantos arcanos cuidadosa velas,
Deja paso á mi voz! Helada tumba,
Que amados restos para siempre encierras,
Escúchame tambien, y, compasiva,
Suelta un momento tu segura presa.
Y tú, que duermes el profundo sueño
De esta mansion de paz, alza, despierta,
Despierta y vén á mí; si, por desgracia,
Me es imposible verte, cual te viera
En otro feliz tiempo, que tu espíritu
Á confundirse con mi aliento venga.
No temas que á turbar venga tu calma
Con dudas ó preguntas indiscretas;
No temas que el secreto misterioso
De lo ignorado descubrir pretenda.
Yo sé que sólo aquel á quien la vida
Cierra por siempre sus doradas puertas,
Con paso firme, ó paso vacilante

En esa oscura eternidad penetra:
Que el misterio se rompe cuando el alma
Abandona su cárcel de miserias,
Y baja el cuerpo, en polvo convertido,
Á su cárcel de mármol ó de tierra.
Sólo quiero saber si una memoria
De los que aquí dejastes ¡ay! conservas;
Si se apagan los ecos de este mundo,
Ó hasta despues de muerto me recuerdas;
Y no es mucho pedirte, porque pienso
Que he de llorarte yo despues de muerta.
Nacemos, y la senda de la vida
Empezamos á hollar con planta inquieta,
Siempre anhelando, y sin cesar corriendo
Tras soñadas imágenes risueñas.
Ni comprende jamás de dónde viene
Al proseguir el hombre su carrera,
Ni puede adivinar á dónde corre,
Ni sabe definir lo que desea.
Tú tambien, como todos, deseando,
Pasar viste en el mundo tu existencia,
Mas ¡ay! te detuviste en el camino
Cuando mi orgullo y mi esperanza eras.
Hoy me acerco á este sitio, doblegada
Por el peso tenaz de mis ideas,
Á respirar el aire que acaricia
Esta losa de mármol que te encierra.
¡Vengo á buscar alivio á mis dolores
Donde existe la causa de mis penas!
No es preciso que venga para verte,
Que hasta en sueños el alma te contempla;
Mas pienso que tal vez, en este sitio,
Apoyada mi frente en esta piedra,

Te han de llegar más pronto mis palabras
Y escucharás mi súplica postrera.
¡Ah! Si Dios oye mi ferviente ruego,
Cuando el alma del cuerpo se desprenda,
Descansarán mis restos olvidados
En otra tumba de la tuya cerca.

Deseos.

Porque miro dolores y miserias
Me pesa haber nacido;
Yo quisiera ignorar agenos males,
Áun sintiendo los mios.

Quisiera ser la nota que se eleva
Al espacio infinito;
Quisiera ser el sueño que se forma
En la mente de un niño.

Quisiera ser más grande que el deseo,
Más libre que un suspiro:
Quisiera ser un ignorado mundo
Rodando en el vacío.

Luz que brota.

¿Quién es la que cantando se aparece
Y la felicidad lleva por arpa?
¿Quién es la que amorosa como el cielo
Tiene la luz del cielo en la mirada?

¿Quién es la que fantástica y divina,
Sembrando estrellas, deslumbrante, pasa?
Esa se llama la ilusion primera,
Esa es la aurora, el despertar del alma.

Luz que pasa.

Los cielos y la tierra resplandecen,
Es la felicidad la que se acerca:
Cierro los ojos; respetad mi sueño;
Dejad que pase sin que yo la vea.

Palpita en el ambiente, y no respiro,
Gira en la luz, y busco las tinieblas;
Que se aleje por mí desconocida,
Yá que ni ella ni yo somos eternas.

Fé escondida.

Piensan, mi Dios, porque en el labio mio
No aparece esa fé que mundos labra,
Que en tu poder inmenso no confio:
¡Cual si mi fé cupiese en mi palabra!

Piensan que no eres Tú mi luz remota,
Siendo, tambien, mi luz de cada dia;
Piensan que á tu recuerdo en mí no brota
Una esperanza que mis pasos guia.

Yo no sé si es agena la demencia,
Ó si mio no más es el delirio....
¿Quién comprende el martirio sin creencia?
¿Y pensar y sentir, no es un martirio?

Yo sé adorarte, aunque en el alma luchen
Pasiones enemigas de mi calma....
¡Si yo te puedo hablar sin que me escuchen,
Porque te siento yo dentro del alma!

¿Y qué puede importar que no te eleve
Fugaces cantos mi inseguro acento,
Si de tí emana el soplo que me mueve,
Y es eterno y es tuyo el pensamiento?

Deja, Señor, que entre dudosas brumas,
Para sentirlo más, tu amor esconda;
No se encuentra la perla en las espumas;
Encuéntrase en el mar, pero más honda.

Mi corazon, que por el bien suspira,
Y que sin Tí viviera solitario,
Si no me sirve de sagrada lira,
Bien me puede servir de santuario.

Recuerdos.

Recuerdo y melancolía
Es todo una misma cosa,
Porque siempre la tristeza
Va siguiendo á las memorias,
Como van en el espacio
Siguiendo á la luz las sombras.
Cuando recuerda la mente
Horas dulces, venturosas,
Al mirarlas yá lejanas
Sonrïendo el alma llora.
Al recordar los momentos
En que, yá sus fibras rotas,
Se rendia á los impulsos
De pena desgarradora,
Entre la bruma del tiempo
Viendo esas amargas horas,
En una ola de tristeza
Dolorida el alma flota.
El recuerdo, al ir pasando,

Va dando la misma forma
Á la ambicionada dicha
Y á la desgracia traidora.
Muchas veces me pregunto,
Al mirar la luna hermosa:
¿Si porque irá recordando
Será su luz melancólica?
Miro solitarios árboles
Que, al mecer lentos sus copas,
Parece están murmurando
Con tristeza misteriosa,
Y pienso que algun recuerdo
Conservan entre sus hojas
De palabras que escucharon
En yá deslizadas horas;
Palabras que eran los ecos
De almas tristes ó dichosas.
Algunas veces, tambien,
En mí los recuerdos brotan.
Cuando se extiende en mi frente
De la tristeza la sombra,
Es que vuelvo á lo pasado
Mis miradas vagarosas;
Mas cuando dulce sonrisa
Está viviendo en mi boca
Es que pienso en el mañana,
Es que sueño con la gloria,
Es que llegan á mi mente
Ilusiones venturosas.

Dudas y Esperanzas.

Vives en calma, mas ignoro, al verte,
Si esa serenidad tu mente llena;
Hay quietud en la dicha y en la muerte,
Y yo miro no más que estás serena.

No sé si es la del justo, cuya vida
Afanes ó temores nunca oprimen,
Ó es tu serenidad la del suicida
Que piensa los detalles de su crímen.

Pienso que es el dolor el que te abate,
Cuando te miro pensativa y muda;
Y pienso que te entregas sin combate
Á los inmensos mares de la duda.

El alma, por la duda, se despoja
De los sueños de luz con que se viste;
No arrojemos, por Dios, la última hoja,
Que un árbol en Otoño es cosa triste.

Yo quiero de esas dudas arrancarte;
Yo, sin gozar la dicha, quiero amarla;
Yo, ciega como tú, quiero guiarte:
Si no he de ver la luz, quiero soñarla.

Con las ruinas de ayer forma un palacio
Á la fé, que es la luz, hija del cielo;
¡No hay mirada perdida en el espacio
Que no dé al corazon algun consuelo!

Y bien sabes, mujer, que la voz mia
No es la del sér que cuanto anhela alcanza;
Es que al abrir la tumba á una alegría
Labro en ella un altar á la esperanza.

Hay Dios, hay porvenir, hay pensamiento;
Esta vida que ves con amargura
No es una eternidad ni es un momento;
Hoy ó mañana alcanzarás ventura.

Entonemos un himno, cuyas notas
Presten aliento al pecho que suspira;
Del triste corazon las fibras rotas
Pueden servir de cuerdas á la lira.

No lloremos los míseros pesares
Que han de afligir al alma encadenada;
Colon, al entregarse á inciertos mares,
Sólo pensó en la tierra codiciada.

Dios, la esperanza, el porvenir, la idea,
Hallen culto en la mente soñadora;
Canta conmigo, y nuestra calma sea
La que precede á la risueña aurora.

Hojas y Séres.

Hojas que brotan en la misma rama,
Si unas el viento logra arrebatar
Y otras se quedan á la rama unidas,
¿Á verse volverán?

Séres unidos por amantes lazos,
Si los viene la muerte á separar
Y unos se van miéntras los otros quedan,
¿Á verse volverán?

La Pluma del Genio.

Fulguraba una luz junto á una pluma,
Á que daba un matiz rojo y azul,
Y, moviendo á las dos mi fantasía,
Pensé que abandonaban su quietud;
Y que, al tocarse yá, la pluma dijo:
—Las dos vertemos luz;—
Y que la llama murmuraba entónces:
—No muere, como yo, la que das tú.

Ambicion y Desengaño.

I.

—Madre: á mi anhelo profundo
Es poco espacio esta aldea;
Quiero que mi patria sea
Toda la extension del mundo.

El ambiente que respiro
Yá viene á causarme enojos;
Para el afan de mis ojos
Es poco el cielo que miro.

Deja que á tierras remotas
Vaya á entonar mis canciones,
Que escuchen otras regiones
El dulce són de sus notas.

Quiero que suene mi nombre
Venciendo á la muerte aleve;
Que hasta el aire que lo lleve,
Repitiéndolo, se asombre.

Deja, pues, sin pena alguna,
Que me empeñe en la batalla,
Que donde el dolor se halla
Se halla tambien la fortuna.

Presta su luz la esperanza
Á mi mente enardecida;
Para mí el mar de la vida
Será siempre de bonanza.

Y aunque me haya de costar
Ánsias, martirios crüeles,
Será polvo de laureles
El polvo que has de pisar.

II.

—Madre: si áun muerta me ves,
Sabrás que nunca te olvido,
Y el laurel que he conseguido
Vengo á arrojar á tus piés.

Laurel de grande belleza,
Que va la frente abrasando,
Y al mismo tiempo arrojando
Nieve sobre la cabeza.

Vengo á ofrecerte mi gloria;
Mas ¿qué existe de tí?... Nada;
Sólo una cruz levantada
Para guardar tu memoria.

Vuelve á tí quien partió niño
Á contarte sus enojos,
Y no halla luz en tus ojos
Ni entre tus brazos cariño.

¡Tumba donde estoy llorando,
Qué impenetrable serás,
Cuando escuchándome estás
Y vas mi acento apagando!

¡Y qué cadáver más yerto
Guardarás en tu rigor,
Cuando no siente el ardor
De las lágrimas que vierto!

Tu espíritu, madre mia,
Otro mundo habitará,
Y sólo tu polvo está
Bajo esta tumba sombría.

Eres del cielo, y te encierra
Este aborrecido suelo;
Cadáver soy, y á mí el cielo
Me cubre sobre la tierra.

Hoy vengo á tu sepultura
Con la frente coronada,
Y, al mismo tiempo, agobiada
Al peso de la amargura.

Soy náufrago conducido
Á triste playa desierta,
Donde, al encontrarte muerta,
Comprendo lo que he perdidò.

Ancho mar de olas sombrías,
Que con eco airado zumba,
Ha sido la inmensa tumba
De las ilusiones mias.

Mar que he surcado anhelante,
La voz de mi afan oyendo,
Sin descanso repitiendo:
«Más allá; siempre adelante.»

Hallé dicha dulce y pura
Y fuí para verla ciego;
¡Cuando es un alma de fuego
Abrasa hasta su ventura!

En mí, tu grata memoria,
Que mis amarguras calma,
Será eterna como el alma,
Eterna como la gloria.

Sueños.

Del mundo en la frenética alegría
Tengo tambien mi parte pasajera,
Cuando oigo del silencio la armonía,
Cuando es la soledad mi compañera.

Hay ventura, es verdad.... Vánse alejando
Mis temores confusos y abatidos:
Las horas sin recuerdos van pasando
Delante de mis párpados caidos.

Una aurora de sueños se levanta
De entre las sombras que mi mente encierra,
Y tengo miedo de avanzar la planta
Y no encontrar, para fijarla, tierra.

¿Y despues?... ¡Quién creyera lo que creo
En esas horas de soñada gloria!
Cuna de tanta dicha es mi deseo,
Tumba de dicha tanta mi memoria.

Hay desgracia, es verdad... El alma herida
Vuelve otra vez al mundo en que respiro;
Nunca falta un recuerdo de la vida
Que me despierte, al fin, con un suspiro.

Ayer y Hoy.

—¿Qué es la existencia, y qué es un juramento?—
Te dije ayer, y respondiste tú:
—Un juramento es dar la fé de un alma,
Y la vida es amor, amor y luz.—

Hoy, lo mismo que ayer, yo te pregunto
Y sonrïendo me respondes yá:
—Un juramento, un eco que se pierde;
La vida, horas que llegan.... y se van.—

Á Blanca de los Rios.

EN SU ÁLBUM.

Cuando el corazon ha sido
Apénas al mundo abierto,
Está, porque no está herido,
Para la verdad dormido,
Para la ilusion despierto.

Luégo cada sol ardiente
Trae un mal siempre llorado,
Y roba un sueño á la mente,
Que nunca vale el presente
Lo que ha valido el pasado.

Aún, Blanca, la desventura
No ha turbado tu existencia,
Que siempre en la infancia pura
Se ve el sol de la ventura
Á través de la inocencia.

Tal vez yá empieza á latir
Tu corazon, con anhelo;
Tal vez piensas, al abrir
El libro del porvenir,
Abrir las puertas del cielo.

Si nunca has vertido llanto,
¿Á qué me pides canciones
Que no pueden ser tu encanto,
Pues habla en mí el desencanto
Y escuchan tus ilusiones?

No me quieras escuchar,
Ni tus lágrimas primeras
Aprendas de mí á llorar;
Y pues tú sin duda esperas,
Enséñame tú á esperar.

Á LA MEMORIA

del Sr. D. José Fernandez Espino.

Es desconsolador como el martirio,
Triste como el vivir sin esperanza,
Ver hundirse en la noche á los que fueron
Luz de la humanidad encadenada.
Mas se extingue el adios de despedida,
El desconsuelo y el asombro pasan,
Y brota el entusiasmo, que es el fuego
Donde se prueba el temple de las almas.
El mundo sigue al genio en su camino,
Indiferente, al parecer, y calla;
Es que turbar no quiere la corriente,
Pues ha de beber luégo de sus aguas.
Mas cuando el alma libre tiende el vuelo
Y el sepulcro su víctima reclama,
La admiracion, que pareció dormida,
Cual comprimido sentimiento estalla.
Hoy, del sabio y del vate á la memoria

Altares de entusiasmo se levantan;
Los laureles del campo de la idea
Van á cubrir la tumba en que descansa;
Las almas en que cabe el sentimiento
Su muerte lloran y su gloria cantan,
Y palpita su nombre en cuantos labios
Formulan la belleza en la palabra.
Se ha deshecho la nube, el sol ardiente
Ha borrado la huella de sus lágrimas;
Mas la tierra dará flores y frutos,
Que ha quedado la savia en sus entrañas.
Vencida, al fin, la gigantesca ola,
Yá fué á espirar á la remota playa;
Mas las olas nacientes que la siguen
Hallarán la riqueza que arrastraba.
Ha muerto el sabio, sí; pero sus obras,
Los que deben la ciencia á su enseñanza,
Aún conservan la esencia de su vida
Al culto de lo bello consagrada.
Para honrar su memoria, que es honrarse,
Nunca la humanidad se muestre avara,
Que cada flor unida á su corona,
Cada nota que brote en su alabanza,
Nuevo tronco ha de ser para la hoguera
Que ha de alumbrar el paso del mañana.
Ha muerto, sí; la paz de su conciencia
Su último sueño cuidadosa guarda:
Derramar luz y bien: ¡qué más ventura!
Hallar ingratitud: ¡qué más desgracia!
El olvido es ceniza que no puede
De su genio inmortal cubrir la llama,
Que pues él ha cumplido como bueno,
No ha de cumplir su patria como ingrata.

Descanso.

Me preguntas qué pienso, si al mirarme
Fija mi vista encuentras en tu rostro:
¡Alguna vez el ave fatigada
Ha de hallar un momento de reposo!

Hay veces que no pienso, y no sé entónces
Si es sueño ó realidad lo que abandono:
Será que mi cansado pensamiento
Se ha posado en mis ojos.

A una Amiga.

Aunque en luchas de la vida
La fé moribunda esté,
No llega á morir la fé
Cuando hay quien cure su herida.

Y hay almas, que, en su candor,
Al mismo cielo copiando,
Están á este mundo hablando
De que hay un mundo mejor.

No importa que en triste anhelo
Se pierda aquí dicha y calma:
¿Quién, conociendo tu alma,
Se atreve á dudar del cielo?

Déjame.

Nunca pretendas contener mis lágrimas,
Aunque las mires rápidas brotar;
No pretenda tu voz darme consuelo,
Porque ellas, al caer, me lo darán.

Deja que el alma triste y prisionera
Á mis labios se acerque á suspirar,
Que hay suspiros que tienen la armonía
De un himno de esperanza y libertad.

En la muerte de Rosario.

Espera felicidad
Llorando el hombre sus penas,
Y es que el alma entre cadenas
Aguarda su libertad.

Ella ha muerto, si es morir
Tornarse cadáver yerto,
Mas yo tengo por más cierto
Que ella ha empezado á vivir.

La tierra no puede ser
De las almas el destino;
Cruzamos este camino
Yendo á otro mundo á nacer.

Naciendo aquí, nuestro entierro
Empieza, y nuestra amargura,
Y por ser su alma tan pura
Corto ha sido su destierro.

Flor, que, abierta entre rüinas,
Sol de dichas no miró,
Ángel que no mereció
Ser coronado de espinas;

Hoy, en hermosa quietud,
Será feliz con exceso,
Pues dobló su frente al peso
Del martirio y la virtud.

Ambicionando su calma,
Miro con dolor profundo
Que no purificó al mundo
La pureza de su alma.

Mas tampoco en las mortales
Luchas con su infausta estrella,
Pudieron tocar á ella
Las miserias mundanales.

Feliz quien muere, y, despues,
Volando á lugar seguro,
Deja un recuerdo tan puro
Como su recuerdo es.

Quizás cubre, con anhelo,
Á los que su amor han sido
Su espíritu suspendido
En un pedazo de cielo.

No lloremos su memoria,
Que no hace falta el valor
De nuestras perlas de amor
Á su corona de gloria.

No lloreis: ella no lidia,
Yá su patria es el Eden,
Y si lloro yo tambien
Es porque lloro de envidia.

Desconfianzas y Recuerdos.

Crece en mi corazon sauce sombrío
Que al peso de sus ramas se doblega;
Cada aurora que brilla en el Oriente
Viene á darle más vida y hojas nuevas.
Murmura en ellas ondulante brisa,
Á cuyo impulso temerosas tiemblan,
Y parecen decir en su murmullo:
«Horas que huyeron, corazon, recuerda.»

Algunas veces bajo el triste sauce
Tímida rosa su hermosura ostenta,
Mas falta de calor, falta de aliento,
Se marchita, quizás ántes de abierta.
¡Cómo vivir la flor de la alegría
En donde habita siempre la tristeza!

Tambien las áuras acarician ténues
Sus hojas mustias y sin tiempo secas,
Que parecen decir: «¡Ay, desconfia!
¡Quién sabe, corazon, lo que te espera!»

El nacer y el morir.

Era un anciano ciego y moribundo,
Cansado yá de su fatal camino,
Y era una niña que llegaba al mundo
Por la fuerza crüel de su destino:
Ella, llorando con dolor profundo;
Él, sonriendo con placer divino;
Ella era luz sumida en noche oscura,
Él era sombra viendo yá luz pura.

El invierno era él que sonreia;
Ella la primavera que lloraba;
Un espíritu libre que subia,
Y un espíritu preso que bajaba:
Una senda de espinas que se abria
Donde otra oscura senda terminaba:
Yo, viéndolos, pensaba que es la muerte
La primera sonrisa de la suerte.

Ecos de ayer.

Á MI QUERIDA AMIGA FRANCISCA TEJERA DE AGUILAR.

¿Recuerdas tú con pena aquellos dias
De dulce agitacion, de incierto afan,
De inocentes y puras alegrías
Que nunca volverán?

Yá nuestros pensamientos despertaban
Con súbito y naciente resplandor,
Y aún nuestros corazones ignoraban
Cuánto agobia el dolor.

¿Piensas tú que el presente vale ménos
Que aquellos tiempos de ilusiones mil,
De esperanza, de luz, de encantos llenos
Cual la risa infantil?

Pues ¿qué pensaré yo, que en triste calma,
Sin morir de dolor, llegué á mirar
Las almas más queridas de mi alma,
Languidecer, volar;

Que, siendo débil, como roca dura
Me he mantenido firme, para ver
El que el alcázar fué de mi ventura,
Conmoverse, caer?

Éramos tan dichosas, porque estaba
Nuestro pasado en blanco, y al girar
Afanosa la mente no encontraba
Nada que recordar.

¿Qué temible, qué oscuro, qué cerrado
No verá el ignorado porvenir
Quien siempre á los recuerdos del pasado
Consuelos va á pedir?

Siempre en mi mente lo pasado veo;
Mi corazon, cansado de vagar,
Yá no sabe fijarse en un deseo,
De tanto desear.

Vuela mi pensamiento estremecido
Sin alcanzar el tiempo que voló;
Los vientos se llevaron aquel nido
Que nuestra infancia vió.

No pienses, nó, que por sentir mis penas
De las que sufres quiérome olvidar;
Las tuyas, para mí, no son agenas;
Te debo acompañar.

Contigo va á llorar mi pensamiento
Á otras tumbas queridas para tí;
Que tambien en tu justo sentimiento
Hay sitio para mí.

Mas no quiso igualarnos la fortuna,
Cuando de flores adornó tu cruz:
Frente al sepulcro triste, ves la cuna;
Frente al dolor, la luz.

Has visto alzarse junto al bien perdido
Tu nuevo porvenir, tu nuevo hogar,
Con dichas que te brinden el olvido,
Con ángeles que amar.

Ángeles de la tierra, que reclaman
Todo tu amante y tierno corazon;
Ángeles de la tierra, que te llaman
Á una santa mision.

Si nuevas desventuras Dios te envia,
Tú podrás consolarte, con pensar
Que hacerlo debes, porque todavía
No aprendan á llorar.

No aprendan á llorar como se llora
Cuando se tiene herido el corazon;
Cuando despunta yá, como una aurora,
La luz de la razon.

Sobre sus frentes, de dolor sombrío
No viertas llanto, de ternura sí;
Azucenas cuajadas de rocío
Parecerán así.

Tú eres el árbol cuya sombra amena
Buscan aves y flores con amor;
Yo soy desierto de abrasada arena
Que no ostenta una flor.

JACA 2 DE MAYO DE 1876.

Flor caida.

A LA MEMORIA DEL NIÑO

Enrique Magariños y Rodriguez Santamaría.

Un niño, es la luz de un dia
Que aún desconocido avanza,
Es en la tierra sombría,
Para el mañana esperanza
Y del presente alegría.

Muere un niño; el alma siente
Como un sagrado dolor,
Porque de un niño la frente
Es un fanal trasparente
Que contiene un alma en flor.

Enrique, sol eclipsado
Cuando empezaba á brillar,
Sér débil y afortunado,
Si es fortuna ser amado
Ántes de aprender á amar;

Como pasa una alegría
Él pasó dulce y risueño,
Cual la luz de un breve dia,
Como una vaga armonía,
Como una flor, como un sueño.

Él era cielo y placer
Del corazon maternal
Que guardaba una mujer;
Fué cielo en la tierra ayer,
Y hoy es ángel celestial.

Cumpliendo su buen destino,
No se abrió su inteligencia
Sino en el vergel divino;
No halló para su conciencia
Ni una cruz en su camino.

Guardan su memoria pura
Aquellos que el sér le dieron,
Y si es grande su amargura,
No es que lloran su ventura,
Lloran, porque lo perdieron.

¡Quién sabe! Pensar, sentir,
Son dos palabras fatales,
Como nacer y vivir;
Y, á pesar de tantos males,
¡Hay tanto afan de sufrir!

Enrique, sé que tendiste
El vuelo á patria mejor,
Que al partir nada perdiste,
Pero me causa dolor
El dolor que no sentiste.

¿Por qué has muerto? ¿Quién no adora
En la flor que rompe el broche
Á Dios, que el bien atesora?
¿Quién quiere ver á una aurora
En los brazos de la noche?

Mas si es triste ver inerte
Al que fué amoroso lazo,
¿Quién te diera mejor suerte,
Si en el materno regazo
Te ha sorprendido la muerte?

Tú fuiste, al tender el vuelo,
Fruto sin tiempo caido,
Mas queda un triste consuelo:
La muerte, para tí, ha sido
Pasar de un cielo á otro cielo.

Á Reyes de Velilla.

Pasa á tu lado de prisa
Todo lo que sufre ó llora,
Y hasta la risueña aurora
Tiene celos de tu risa.

¡Qué bien sabes tú reir,
Porque jamás has llorado!
Ménos tienes del pasado
Que tienes del porvenir.

Te envidio, y no envidiaria
Á reyes que imponen leyes,
Porque ellos no tendrán, Reyes,
Tu encantadora alegría.

Luchas.

En derredor del sol gira la tierra,
Haciéndose, al girar, sombra á sí misma,
Y en redor de mis propios sentimientos,
Hallando sombra y luz, mi mente gira.
Yo no sé qué pensar; me alejo mucho
Y otra vez vuelvo al punto de partida;
La luz de mi esperanza nunca muere,
Y á impulsos del dolor siempre vacila.
Para soñar en mundos que no veo
Me basta mi incansable fantasía,
Y para comprender el que habitamos
No me bastan ni el alma ni la vista.
Sombras que ante la luz se desvanecen,
Pasan mis ilusiones más queridas:
Rocas fijas en medio de los mares,
Duran mis penas grandes é infinitas.
Yo no sé qué pensar; mi pensamiento
Tiene en mi corazon extraño guia;
Batallo sin cesar, y amo la lucha,
Y muero sin cesar, y áun tengo vida.

¡Quién sabe!

Extendidas las alas
Y levantado el cuello,
Yá se prepara el ave.... yá ha volado....
¿Se habrá perdido su callado vuelo?

Por el sol inundada,
Besada por el viento,
Yá va á abrirse la flor.... yá abrió su cáliz....
¿Será inútil su aroma pasajero?

Pequeña, y sonrosada
Por ardientes reflejos,
Se desliza la nube silenciosa....
¿Será inútil su paso por el cielo?

Grandeza y poderío
Existe en lo pequeño:
¡Quién sabe! puede ser que no se pierda
Ni hoja de flor, ni humano pensamiento.

Combate.

De mis ideas la insufrible carga
Abruma, sin cesar, mi pensamiento,
Y á cada instante crece mi tormento;
Cada hora que se aleja es más amarga.

Presa de la ansiedad, que así me embarga,
Dia por dia mi existencia cuento;
Sigo el curso del sol; ¡pero es tan lento!
Llega la noche al fin; ¡pero es tan larga!

Largo es vivir con mi martirio fuerte,
Mas fuera corto el tiempo, áun sin medida,
Si cual quisiera yo fuese mi suerte.

Y es ¡ay! mi voluntad tan combatida,
Que sobrándome vida amo la muerte,
Y á punto de morir querré la vida.

Una Escultura.

Eres artista y amarás la imágen
Que es de tu genio la creacion mejor;
Has modelado el mártir, y el suplicio,
Signo de redencion.

Magnífica escultura, que presenta
El sublime martirio del amor;
Imágen acabada, que reune
La forma y la expresion.

Parece que se mira en su semblante
De una existencia el último fulgor,
Y que bajo sus formas desgarradas
Palpita un corazon.

En sus párpados leves y caidos
Se ve la augusta sombra del dolor;
Parece que se escapan de sus labios
Palabras de perdon.

Se inclina su cabeza sobre el pecho
Cual sobre el tallo la tronchada flor;
Sus manos y sus piés ensangrentados
Mueven á compasion.

Tuya es la gloria de tan grande obra,
Rica en detalles como en luz el sol;
La imágen es bellísima y merece
Toda mi admiracion.

Mas desde que á sus plantas me arrodillo
Yá se convierte en obra de los dos;
Tú le has dado la forma y la belleza;
Lo sobrehumano, yo.

Yo, que al mirarla lloro, te reclamo
Mi parte en tan expléndida creacion;
Faltándome la fé, no viera en ella
Una imágen de Dios.

El que espíritu y forma dió á la nada,
De la divina imágen es autor;
Que Él puso en mí la fé con que la adoro,
Y en ti la inspiracion.

Un Recuerdo.

Á MI BUEN AMIGO MANUEL DE LOS PALACIOS Y FAGUNDEZ,
INSPIRADO POETA.

Aquí soledad y calma,
Donde estás sonoro estruendo....
¡La soledad que estoy viendo
Expresa tanto á mi alma!

Yendo de otro mundo en pos
Mi memoria combatida,
Piensa ménos en la vida,
Pero piensa más en Dios.

Tal vez esta soledad
Encubre dicha y encanto;
¡Tanta afliccion, dolor tanto
Puede encubrir la ciudad!

Tardaré breves momentos
En regresar de esta ausencia,
Con ménos dias de existencia,
Con más tristes pensamientos.

¡Mi ausencia! Si nadie acaso
La habrá notado siquiera;
Ave que cruza la esfera
¿Deja huellas de su paso?

Sevilla, ciudad querida,
No sabe, á mí indiferente,
Cuando respiro su ambiente,
Cuando vivo con su vida.

Ahí, mi temerosa huella
Entre las otras se esconde;
Aquí el viento me responde....
¡Es la soledad tan bella!

En reposo placentero
Mi vida aquí se desliza;
Aquí nada me esclaviza,
Aquí no ambiciono.... espero.

Y áun así, volver ansío,
Que es de la dicha la suerte
Encontrar siempre la muerte
En los brazos del hastío.

Mi corazon ahí me llama
Y al par quisiera quedarse;
¡Yo no sé por qué ha de amarse
Aquello que no nos ama!

Pronto mis ojos verán
Los sitios que abandoné,
Y entónces ¡ay! sentiré
Renacer un nuevo afan.

Entónces, con mi ambicion
Entablaré nueva lucha,
Es mi ambicion mucha.... mucha....
No cabe en mi corazon.

¿Qué habrá que este afan profundo
Haga cesar, y esta guerra?
No existe nada en la tierra;
Es la ambicion de otro mundo.

Por ir de otra dicha en pos
Vivo sin dicha y sin calma;
¡Si sólo llenára el alma
El pensamiento de Dios!

Inmensa el alma, en verdad,
Á pequeñeces se entrega,
Y parece que reniega
De su misma inmensidad.

Adios: miéntras vivo aquí,
Miéntras espero y confío,
Recibe un recuerdo mio....
¿Quién se acordará de mí?

La Rinconada, Octubre de 1873.

Dos Muertes.

Bien se viera en mis ojos, si expresasen
Lo que del mundo engañador deseo,
Toda la paz por que suspira le alma,
Toda la dicha que promete el cielo.

Mas se viera tambien, si reflejasen
Lo que del mundo engañador espero,
Toda la abrumadora desventura
Que puede comprender el pensamiento.

No busqueis en mis ojos alegría,
Que siempre lloran, aunque estén serenos,
Que el afan de la dicha es quien me mata,
Y si vuelvo á vivir me anima el miedo.

A Felisa de Velilla,

POETISA.

Tengo orgullo, y no grandeza,
Y quizás esto te asombre,
Que no llevo ilustre nombre
Y es notoria mi pobreza;
Genio, fortuna ó belleza,
Tampoco tengo en verdad;
Me agito en la oscuridad
Y en ella á la muerte voy,
Y áun así, orgullosa estoy,
Y es sólo de tu amistad.

Soledad.

Es la noche.... Cien ecos misteriosos
Están vibrando en la region del viento,
Miéntras mecido en giros vagarosos
Se eleva á lo infinito el pensamiento.

El valle duerme.... Claridad dudosa
Luchar parece con la sombra triste....
Soledad lo va hollando silenciosa,
Tal vez dudando si en la tierra existe.

Más pálida que el rayo de la luna,
Que baña entónces su marchita frente,
Parece respirar sin pena alguna,
Á su misma existencia indiferente.



Marchando va, con paso vacilante,
Sin ver el suelo que su planta pisa...
No se anima su rígido semblante,
No aparece en su boca una sonrisa.

Tampoco vierte silencioso llanto,
Que demostrar pudiera sus enojos;
¡Y cómo ha de llorar, si lloró tanto
Que yá no tienen lágrimas sus ojos!

Alguna vez su cuerpo se extremece
Como al soplo del viento leve arista:
No parece mujer, más bien parece
La creacion animada de un artista.

¿Su mente agita un pensamiento oscuro,
Ó mueve un pensamiento sonrosado?
¿Será que va soñando en lo futuro?
¿Será que va viviendo en lo pasado?

Esperanza y amor; esa es la historia
Dulce y feliz de su pasada vida,
La que grabada lleva en su memoria,
La que quiere olvidar, y nunca olvida.

Cuando dejó regiones inmortales
Por unirse á su cuerpo su alma pura,
Al pisar de la vida los umbrales,
La recibió en sus brazos la ventura.

¡Y cuán dichosa fué! Vivió mirando
Un cielo hermoso de explendor divino,
Hácia el que caminaba, respirando
Esperanza y amor en su camino.

Mas su ventura vió por siempre hundida
Bajo el imperio de maldita suerte.
¡Ay, yá qué sensacion desconocida
Podrá sufrir al recibir la muerte!

Nota fugaz, que en el concierto humano
Yá no puede elevar ningun sonido:
Grano de arena, que invisible mano
Arroja en el desierto del olvido;

Del mar del mundo fatigada ola,
Que á playa corre de incesante calma:
Infeliz niña, que camina sola
Y que mucho más sola lleva el alma;

¿Adónde, adónde irá? Con lento paso
Hundirse entre las sombras yá pretende:
Va á ocultar su dolor, que, acaso, acaso,
Por ser tan hondo yá, nadie comprende.

Lágrimas, que vertió en su desconsuelo,
Heladas por agena indiferencia
Formaron al caer monte de hielo,
Que oculta toda luz á su existencia.

Dejadla sola que camine errante,
Que en sombras y misterio se sepulte,
Y que de nieve cubra su semblante,
Y que á este mundo su pesar oculte.

¡El mundo! Él dice, los veloces dias
De ventura y placer haciendo suyos:
«Dame parte en tus dichas, que son mias;
Pero no en tus dolores, que son tuyos.»

¿Quién sabe si hay abismos en la tierra,
Cuando la cubre de la nieve el manto?
¿Quién conoce el dolor, cuando se encierra
Bajo un rostro sin risas y sin llanto?

Infeliz Soledad, y al par dichosa,
Pues vivir puede en inmutable calma;
De la noche en la sombra tenebrosa
Puede ocultar las sombras de su alma,

El valle duerme, y ella se desliza
Hollando alguna vez rústicas flores;
Mas piensa que va hollando la ceniza
De su dicha pasada y sus amores.

Ama la noche y el silencio adora....
Miéntras un tiempo que pasó recuerda,
En medio de esa calma aterradora,
Dejadla que se aleje y que se pierda....

Tu desgracia y la mia.

Vas inclinando la abrasada frente,
Surcada por el tiempo y los dolores,
Como un arbusto débil y sin flores,
Que á la tierra se inclina tristemente
Al peso de la nieve, que, cayendo,
Va sus ramas estériles cubriendo.
Tan solo y tan anciano,
Tú rico, pues lograste larga vida,
Llevas siempre extendida,
Para implorar, la temblorosa mano.
¡Oh! dime, al extenderla, en tu pobreza,
Á quien más dicha tiene,
Al inclinar tu lánguida cabeza
Hácia el suelo infeliz, que nos sostiene,
¿Hay una bendicion en tu mirada
Para la madre tierra, que aún detiene

Tu existencia cansada,
Ó la maldices porque no ha cubierto,
Piadosa yá, tu corazon desierto?
Al borde de una senda
Nos hemos encontrado:
Tú, más feliz que yo, yá la has cruzado;
Yo áun quiere mi destino que la emprenda.
Tú, que vertiste en el humano suelo
El sudor de tu frente,
Y lo regaste, con penoso duelo,
De tus pupilas con el llanto ardiente,
Y que quizás tambien tu sangre diste
Para savia del suelo en que naciste,
Sólo hallaste miserias y dolores,
Que, ocultos de tu pecho en lo profundo,
Te combaten el alma en sorda guerra.
Con ménos merecer, y más temores,
Pues la vida me aterra,
¿Qué puedo yo esperar en este mundo?
¡No es la ventura, nó, flor de la tierra!

Vaguedades.

I.

Tan sólo á tí, á quien llamo hermana mia,
Por quien llego á creer que el mundo es bueno,
Mi voz revelaria
Un guardado hasta aquí secreto ageno,
Una historia de amor, que no es la mia.
Figúrate que en tiempos yá lejanos
Otra amistad mi corazon llenaba;
La de una niña que, cual yo, forjaba
Toda una inmensidad de sueños vanos.
Sus manos enlazadas á mis manos,
Inclinada su boca hácia mi oido,
Contábamos las dulces emociones
¡Ay! por cada latido
De nuestros juveniles corazones.
¡Y cuántas veces la apacible luna
Proyectaba en el muro ó en el suelo

Nuestras dos sombras, que formaban una,
Cual se juntan dos nubes en el cielo!
Hoy, que, cruzando sendas diferentes,
Ella cumple su suerte y yo mi estrella,
Cual por mí pasan, pasarán por ella
Las memorias de escenas inocentes:
Nuestras conversaciones, que en sus giros
Siempre expresaron nuestro buen deseo,
Y que eran el hablar de dos suspiros,
De dos aves el tímido gorgeo.

Su nombre.... mas ¿qué importa?
Bastan los accidentes de su vida;
Mucho más, que la historia prometida
Es, como yá verás, sencilla y corta.
¿Recuerdas cuántas veces
Al amor de la lumbre, en noche fria,
Acariciarme con la voz pareces
Miéntras tu frente apóyase en la mia?
Pues ella y yo así estábamos un dia
Cuando exclamó:—Decírtelo me toca,
Sabe que adoro con tenaz empeño;—
Y poniendo sus manos en mi boca
Siguió:—Mas no lo digas, que es á un sueño.—
Desde entónces tomaron sus palabras
Cierta vaguedad leve,
Como del alma que ni á amar se atreve.
Conmigo paseaba absorta y muda,
Cuando una vez, mirando
Un árbol que se alzaba poderoso:
—Es hermoso, ¿verdad?—dijo.—Sin duda,—
Le respondí,—magnífico y frondoso.
—¡Oh! nó;—exclamó—en mi amor iba pensando,

Que aunque me hace sufrir es muy hermoso.

Como sé que eres tú la que me escuchas,
No temo que á cansar lleguen acaso
Estos detalles leves, estas luchas,
Que evoco aquí, como quien dice, al paso.
Y aunque esto no te atañe,
Como mujer y soñadora eres,
De afanes y martirios de mujeres
¿Qué te podré decir que á tí te extrañe?
Mas en la juventud, que es primavera,
Siempre hay rayos de sol áun entre el llanto:
Amaba yo á mi triste compañera
Como á tí, por ejemplo, aunque no tanto:
Pues bien, ella, la amiga de mi alma,
Llegó una vez á mí resplandeciente,
Preguntando con labio balbuciente
Si la dicha tambien roba la calma.
Y, con semblante entre turbado y serio,
De su dicha despues me habló al oido,
Cual si su amor, al fin correspondido,
Hallase un nuevo encanto en el misterio.
Lo que le respondí bien te se alcanza,
Y mi satisfaccion de aquel instante,
Viendo resplandecer en su semblante
Toda la luz que vierte la esperanza.
Y miéntras que lloraba y sonreia
Pensando en su ventura,
Yo, para mí, decia,
Que si hay quien enloquece de alegría
Será muy envidiable esa locura.

Hay verdades amargas

Como ésta, que ojalá tú no supieras:
Siempre son, y perdóname si esperas,
Las dichas breves, las esperas largas.
No es que quiera matar tus ilusiones;
Escúcha mis razones.
La mujer de la historia que te cuento,
Cuando yo más feliz la imaginaba,
Por no causarme penas, me ocultaba
El llanto que un extraño sufrimiento
De sus turbados ojos arrancaba.
Mas ¿qué penas ocultas, ó qué enojos,
Sintieran yá mi corazon, ó el tuyo,
Que no vieran tus ojos ó mis ojos?
Yo advertí el dolor suyo
En sus párpados rojos;
Mas callé, vacilando, sorprendida
De verla reservada y verla herida.
—¡Tengo una fé tan grande en tu cariño!—
Díjome al fin, con voz que entendí apénas,
Con el candor de un niño,
Dejando adivinar todas sus penas;
Y, ocultando en las manos el semblante,
Siguió, despues de un doloroso instante:
—Me equivoqué: cumplido mi afan loco,
No soy feliz: he conseguido poco.
—¡Que no eres tú feliz,—exclamé entónces,—
Cuando es tu porvenir dulce y risueño
Y el que eligió tu amor en él se inflama!
¡No eres feliz! ¿acaso no te ama?
—Sí, como él puede amar, mas no es mi sueño.
—Pero ¿por qué? tu labio me conteste,—
Dije, y me dijo con dolor profundo:
—¿Por qué? porque he nacido en este mundo

Y yo vivo en un mundo que no es éste.—
Aquí tienes, que, oyéndome con calma,
Has comprendido al fin por qué te dije,
Aunque yà lo sabias,
Que en el espacio sin color del alma
Son más largas las noches que los dias.

II.

Si existe algun placer dulce y bendito
Es la contemplacion de lo infinito.
Escuchábamos mudas y severas
De la naturaleza el gran concierto,
Y, entusiasmada yo, dije:—Es un crímen
No querer ser feliz, como es muy cierto
Que hay corazones que sin causa gimen.
Ó entrégate á esperanzas lisonjeras,
Ó rompe hoy esos lazos, si te oprimen,
Que mañana, tal vez, yá no pudieras.
—Para hacer lo que dices soy cobarde,
Que aún en mí queda amor—dijo—y es tarde.
Mi soñadora mente
Caerá en la realidad, mas calla, calla:
Piensa que es el silencio solamente
El láuro que me ofrece esta batalla.—
Y yo guardé silencio, imaginando
Que tal vez á sí misma
Se estaba, sin saberlo ella, engañando.
Pálida de emocion, y áun así hermosa,
En medio de su afan y su tristeza,

Era entre las espinas blanca rosa
Exhalando su aroma de pureza.

Piensa en el tiempo, y dime si es mudable:
Aseguras que sí, y así lo veo:
Señálame la valla del deseo....
¿Verdad que no le encuentras fin probable?
Pues si es tan infinito como creo,
¿Qué mucho que una vez sea irrealizable?
Á opuestos sentimientos dando abrigo,
Entregada á encontrados pareceres,
Pasó el tiempo la amiga que te digo.
¿Tú, qué piensas; que son muy desgraciadas
Ó que son muy volubles las mujeres?
Los dias resbalaron
Yendo de la esperanza hácia el olvido,
Y todos escucharon
Algun reciente afan que me contaron
Sus labios, siempre cerca de mi oido.
Y por fin llegó un dia
En que horizontes nuevos descubriendo
Ella otra vez lloraba y sonreia;
Y despues de apartarse de mis brazos
Corrió al templo á formar eternos lazos.
Y has de saber, que en tan solemne instante,
Observándola yo, ví en su semblante
La languidez que inspira un arpa rota
Y los matices que en la rosa admiro,
Toda la vaguedad que hay en la nota
Y la pasion que cabe en el suspiro,
Y el dolor como huyendo,
Y la esperanza como luz remota
Que va muy lentamente amaneciendo.

—Serás feliz—le dije—y yá lo creo;
¡Quién sabe si en instantes halagüeños
Tus sueños trocarás en realidades!
¿Quien puede asegurar lo que son sueños
Ni lo que son verdades?—
Y no recuerdo más á punto fijo,
Sino que suspiró, y—adios,—me dijo.

¿Por qué me dijo adios de tal manera?
Muchas veces, á solas, lo he pensado,
Imaginando al fin que á mí no era,
Que era un adios, tal vez, á lo pasado.
¡Oh! dime, ¿no es verdad que nuestras almas
No sabrán despedirse,
Que aunque tú ó yo sintamos extinguirse
De nuestra vida el fuego,
No dirémos adios, sino hasta luégo?
Ella adios me decia,
Y así tal vez sus labios saludaban
Á su nueva existencia que nacia
Y á nuestras confidencias que acababan.
No sé si venció afanes y tristeza
Su apasionado corazon inquieto,
Que hemos llegado á un punto en que el secreto
Acaba para tí, para mí empieza.
Dirás que con razon puede llamarse
Á esto que yo he guardado en mi memoria,
Vaguedades de un alma, oscilaciones,
Sueños, dudas, fantasmas, emociones,
Cualquiera cosa, en fin, más que una historia.
Vivo pensando que ella no me olvida,
Creyendo en su virtud como en la muerte;
Mas no puedo, dudando y atrevida,

Decirle: ¿amas al sér á cuya suerte
Se halla por siempre tu existencia unida?
Mil veces á tu lado irá pasando
Y tú no sabes más sino que existe,
Y al pasar junto á mí quedo ignorando
Si aún vive soñadora y sueña triste,
Ó ama la realidad y vive amando.
En su alma y en la mia
Los recuerdos de ayer sé que están fijos;
Mas ¿le he de preguntar? se ofenderia,
Si no en su nombre, en nombre de sus hijos.

SEVILLA 1.º DE MARZO DE 1875.

La Hermana de la Caridad.

Al fulgor de una luz, que llena, en calma,
Los ámbitos de estancia silenciosa,
Vierte sobre el papel toda su alma
Una mujer, del mundo victoriosa.

Sola con el dolor que la embellece,
Triste con los recuerdos del pasado,
Dulce y serena, la mujer parece
La vaga imágen del placer soñado.

Sus ojos son estrellas que se apagan,
Y es su frente, dosel de la belleza,
El cielo del amor, por donde vagan
Las nubes sin color de la tristeza.

Medita, y luégo escribe; alza la frente....
Respira con afan, y más medita;
Vuelve luégo á escribir rápidamente....
¿Qué dirá en esa carta medio escrita?

¿Qué dirá esa mujer? Su pensamiento
Tal vez por demostrarse lucha en vano;
Cual sintiendo su propio sentimiento,
Gime la pluma en su convulsa mano.

«Estoy resuelta,—el manuscrito dice,—
Comprendo que el amor es mi destino,
Pero este grande amor, que me bendice,
Quiere abrazar al mundo y ser divino.

»Las pasiones de ayer desaparecen
Dejando al porvenir el paso abierto;
Si nos reclaman hoy los que padecen
¿Quien se quiere acordar de lo que ha muerto?

»Quiero, dejando pasajeras galas,
Consolar las agenas aflicciones;
Quiero ser ángel, y formar mis alas,
Con amor, gratitud y bendiciones.

»Las pasiones de ayer, si han existido,
Tengan por sola tumba tu memoria;
Yo deposito en tí cuanto he querido,
Me despido de tí, y abro mi historia.

»Hoy, que la caridad tengo por guia,
Busco, cual nuevas dichas, nuevas penas;
Hoy el desprecio de la pena mia
Hallo en la inmensidad de las agenas.

»Juzgue tu corazon, en este instante
En que doy un adios á lo pasado,
Si habrá en mi corazon amor bastante
Para cubrir al mundo desgraciado.

»Tú, que te has asomado á mi conciencia
Y siempre, siempre has contemplado el fondo,
Sabes que quien me impulsa á otra existencia
No es un remordimiento triste y hondo.

»No me he desesperado, aunque he sufrido,
Ni el despecho me impulsa, ni el recuerdo;
Me he encontrado, quizás, con el olvido,
Mas si te acuerdas tú, yo no me acuerdo.

»Ni ante el dolor mi porvenir se inmola,
Ni mi resolucion es cosa extraña;
Mi alma en este mundo se halla sola
Y de los desgraciados se acompaña.

»Tengo fé en tu amistad; la fé me asiste
Al emprender tan fatigosa vida;
Mas hoy, no sé por qué, me encuentro triste
Como el recuerdo de la fé perdida.

»Mi llanto, que, al brotar, quise ocultarte,
Manchando este papel, te lo declara;
Piensa tú, cuando llegue á salpicarte,
Que es la espuma del mar que nos separa.

»Mas no puede manchar el llanto mio
Mi fiel resolucion, que sigue pura,
Cual no mancha la gota de rocío
De la azucena hermosa la blancura.

»Tu pecho es el oculto santuario,
Que guardará mis lágrimas cobardes:
De mis lágrimas ¡ay! depositario,
Éstas serán las últimas que guardes.

»Y no es que quiera yo que en mí se agote
El llanto, que es la fuente del consuelo;
Es que, de hoy más, el que en mis ojos brote
En alas del amor subirá al cielo.

»El llanto ha sido en mi penosa vida
Amargas olas en contínua guerra;
De hoy más será la lluvia apetecida
Que fertiliza el seno de la tierra.

»Yo viviré, la voluntad perdiendo,
Allí donde el dolor sea más profundo;
Sin patria y sin familia, mas teniendo
Por patria el cielo, por familia el mundo.

»Olvida tú el ayer por el mañana,
Y la vida que emprendo no te asombre;
La caridad me llamará su hermana;
No me quieras negar tan dulce nombre.

»Adios, y escucha el último consejo;
La dicha es una luz desconocida;
Hacer bien es la luz ó es su reflejo....»
Aquí la carta vése interrumpida.

La luz artificial cede medrosa
Ante la luz del alba que aparece,
Y alza yá la mujer su frente hermosa,
Que con nuevos fulgores resplandece.

Y tal vez en el mal que nos atrae
Vierte su pensamiento, miéntras calla,
Como un rayo de sol que es puro y cae,
Sin mancharse, en el campo de batalla.

Cumple tu noble afan, mujer divina,
Derrama en derredor tu amor fecundo;
La caridad te lleva: anda, ilumina,
Que hallarás muchas sombras en el mundo.

A mi Padre.

La clara luz que ante mis ojos miro,
El necesario ambiente que respiro,
Es tu amor para mí;
Es tuyo mi presente y mi pasado
Y cuanto pueda ser en lo ignorado.
¿Qué fuera yo sin tí?

Fuera, al marchar con inseguro paso,
Luz vacilante, que se apaga, acaso,
Al soplo del dolor;
En el camino que seguir intento
Es tu cariño quien me presta aliento,
Quien me lleva es tu amor.

Fijo mi vista en ti con amargura
Cuando miro, entre acerba desventura,
Tu vida resbalar.
Mezquino me parece dar mi vida;
Diera mi sueño, mi ilusion querida
Por mirarte gozar.

Los pesares que abruman nuestra frente,
Por no verte penar, yo solamente
Quisiéralos sentir;
Que si era mi dolor áun más intenso,
Diera á mi corazon placer inmenso
No mirarte sufrir.

Si la fatalidad, triste y sombría,
Anhelando turbar nuestra alegría
Á nosotros llegó;
Si un bien querido te robó la muerte,
No te abrume el rígor de nuestra suerte
Porque aún respiro yo.

¿No late para mí tu pecho amante,
Ó mi cariño, acaso, no es bastante
Tu dolor á vencer?
Yo te amo más, tuyo es mi pensamiento,
Es por tu nombre la ambicion que siento
Y que llena mi sér.

Término tenga tu pesar profundo:
¡Padre del alma! olvídate del mundo
Y vive para mí;
Porque mi corazon tranquilo avanza,
Su porvenir, su vida, su esperanza,
Todo viéndolo en tí.

SEVILLA 1.º DE JUNIO DE 1873.

Confusion.

Te encierras en silencio inexplicable,
Llevando el genio ardiente en la mirada;
Eres el pensamiento que medita
Posado en el dintel de la palabra.

Eres una magnífica armonía
Que no se aviene á traducirse en notas:
Una creacion del arte, que desdeña
Los brillantes contornos de la forma.

Eres una verdad que se resiste
Á entrar en los dominios de la ciencia,
Un orgulloso espíritu cautivo
Que rechaza soberbio á la materia.

No quieras nunca en tu grandeza aislarte,
Porque en la confusion está la vida;
Que el pomo sin esencia es cristal frio,
Y la esencia en el aire se disipa.

SEVILLA, 30 DE MAYO DE 1875.

Á Romea.

Resuena murmullo fuerte,
Que triste tu fin anuncia;
No es cierto; quien tal pronuncia
No ha debido conocerte.
Traban el genio y la muerte
Cien combates colosales,
Mas, en poder desiguales,
Triunfa el genio en la batalla:
Aún tu corazon se halla
En tus cantos inmortales.

Tú no puedes morir, nó;
La inspiracion de tu mente
Quizás era tan ardiente
Que tu existencia abrasó,
Pero nunca se extinguió
El fuego que la llenaba:
Á tu mente le faltaba
Espacio donde volar
Y pudo, al fin, alcanzar
El Cielo con que soñaba.

Perdona á mi mente inquieta
Si, en alas de su entusiasmo,
Sube hasta tí, que eres pasmo
Del mundo, que te respeta.
Gran actor y gran pöeta,
De esos lauros yendo en pos,
Alcanzaste tú los dos:
Inmensa fué tu victoria,
Que yá conseguir más gloria
Fuera asemejarse á Dios.

Sevilla, 3 de Junio de 1873.

Pasado y Porvenir.

Yo rendí al sueño mi cansada frente;
Luégo una sombra, apénas dibujada,
—¡Mira!—me dijo, y á su voz potente
Dos espacios brotaron de la nada.

Yo miré, y con acento mal seguro
Al genio pregunté:—¿Qué has evocado?
—Esa region de luz es lo futuro;
Esa region de sombra lo pasado.

Dos diferentes épocas que veas
Es hoy mi voluntad: una asistida
Del vivo resplandor de las ideas,
Otra de rojo hierro revestida.

De humo y polvo entre nubes te presento,
Junto á la edad futüra la pasada:
Una que alumbra el libre pensamiento,
Otra á quien presta su fulgor la espada.

¡Mira y compara! Con sombría grandeza
Levántase el ayer, porque es su gloria
Venciendo destruir: la edad que empieza
Sólo creëando anhela su victoria.

La antigua sociedad, al inocente
Negando amor, y libertad, y vida,
Imprimiendo tambien sobre su frente
Triste señal de infamia aborrecida;

Muriendo el arte, la virtud, la ciencia,
De los tiranos bajo el duro imperio,
Y lo que siempre es libre, la conciencia,
Encerrada en estrecho cautiverio.

¡Mira y compara! Grande y esplendente
Surge el mañana, surge lo ignorado,
Feliz en su justicia independiente,
De claridad brillante circundado.

La sociedad futura, prefiriendo
Los goces del estudio á otros placeres;
El hombre sus derechos comprendiendo;
El hombre practicando sus deberes;

Acercándose á Dios, cuanto á lo humano
Es posible acercarse á lo divino;
La caridad volviendo hermoso y llano
Ese difícil y áspero camino;

Una edad, con soberbia soberana,
Haciendo esclavos sin mirar sus penas,
Y la otra más clemente, más humana,
Rompiendo para siempre sus cadenas.—

Calló el genio, y el eco melodioso
De su potente voz se fué perdiendo,
Y aquel cuadro brillante, luminoso,
Poco á poco se fué desvaneciendo.

¿Será este siglo de hondas conmociones,
De sombra y luz, la via transitoria
Por donde van marchando las naciones
Á otro tiempo sin fin, de paz y gloria?

Sevilla, 17 de Mayo de 1873.

Dos Gotas.

No pudiendo una nube contenerla
Una gota vertió, que, en su caida,
Fué por blancas espumas recibida,
Las cuales se agitaron al beberla.
El turbulento mar, al recogerla,
No la arrastró en sus olas confundida,
Y en su fondo esa gota detenida
Fué transformada en nacarada perla.
Del genio al escuchar la voz gloriosa,
Arrancóme una vez el sentimiento
Una lágrima ardiente y silenciosa:
Cayó en mi corazon, y en él la siento,
Pues de ella se formó, cual perla hermosa,
La esperanza feliz que me da aliento.

SEVILLA, 25 DE DICIEMBRE DE 1873.

Una Hora.

En tí á la tierra venimos,
En tí la vida dejamos;
Eres breve si gozamos
Y larga cuando sufrimos,
Que siempre á los que sentimos
Tus pasos iguáles son;
Basta una hora de afliccion
Para encanecer á un hombre:
Para eternizar un nombre
Una hora de inspiracion.

SEVILLA, 19 DE JUNIO DE 1873.

¡Caridad!

Cual su tesoro mejor
El mundo orgulloso encierra
Un árbol de tal valor,
Que roba al cielo explendor
Y presta sombra á la tierra.

El laurel; árbol de gloria
Que cubre con verdor santo
El libro de nuestra historia;
Mas riegan mares de llanto
El laurel de la victoria.

¿Qué importa? La humanidad
Áun cuenta entre sus blasones
Otro árbol de más bondad,
Con nombre de *Caridad*
Y fruto de bendiciones.

No importa que al orbe llegue
El soplo de los dolores,
Que el llanto la vista ciegue,
Y la humanidad navegue
En un piélago de horrores.

Que aunque nos envuelva altiva
La guerra, que al orbe doma,
La caridad santa y viva
Será la blanca paloma
Que traiga el ramo de oliva.

Vierte en el sol que fulgura
Su divino resplandor,
Que arden en su lumbre pura
La caridad y el amor
Que Dios tiene á la criatura.

Caridad, por tu desvelo
Se unirá en estrecho abrazo
Cuanto respire en el suelo,
Que eres tú el único lazo
Que une la tierra y el cielo.

La Paz.

Va como huyendo, pálida y llorosa
Cual débil sér á quien la suerte abate,
La que es tan celestial y tan hermosa
Que no existe pincel que la retrate.

Ella, que se asemeja en la blancura
Á su ropaje que estremece el viento:
Ella, que ostenta en su mirada pura
Los rayos de la luz del sentimiento.

Su frente es cielo, su cabello es oro;
Es su sonrisa, cual ninguna bella;
El llanto que derrama es un tesoro,
Porque un tesoro inapreciable es ella

Su boca, los más fúlgidos ingenios
No aciertan á copiar, aunque la aclaman;
Que es la rosa en que duermen esos genios
Que dicha, amor y caridad se llaman.

Fresca rama de oliva entre sus manos
Agita, prosiguiendo su camino,
Y murmurando va: «Todos hermanos,»
Que es igual á decir: «Todo divino.»

¿Y por qué huyendo va? ¿quién es? ¿quién mueve
Á sér tan idëal odiosa guerra?
¿Y por qué apénas fija el pié de nieve
Esquivando el contacto de la tierra?

¿Que quién es? Es la paz; la paz bendita.
¿Que quién la mueve guerra? Los que luchan
Sin ver la rama que su mano agita,
Sin consolar sus penas, que no escuchan.

Ella va deslizándose ligera
Porque ve con horror, miéntras avanza,
Rojos los campos que cubrir debiera
El manto bienhechor de la esperanza.

Ama el mundo, y de lágrimas se viste
Al recordar su amor escarnecido:
Y vaga errante, cual paloma triste
Que vacío y sangriento hallára el nido.

Como Cristo al Calvario, sube á un monte,
Luégo á otro más distante y elevado;
Yá en el límite está del horizonte,
Mas no dejará al mundo abandonado.

No desparecerá, que si algun dia
Se remontase, horrorizada, al Cielo,
Otra vez á la tierra bajaria
Á cumplir su mision, que es de consuelo.

Ella, reina sin trono, con nobleza,
Por quien es perseguida ruega y llora....
¡Sin más armas, ¡oh paz! que tu belleza,
Áun serás proclamada vencedora!

JACA, 6 DE FEBRERO DE 1876.

Paz en la Tierra.

Largos tiempos de agonía,
De ansiedad y de rencor,
Terminan en fausto dia;
Que no es siempre la alegría
Prisionera del dolor.

España, yá sin espanto,
Levanta el rostro sereno,
Llena de júbilo santo:
Yá no abrasarán su seno
Raudales de sangre y llanto.

Yá, deberán suceder
Las venturas que desea
Á las desdichas de ayer:
¡Batallas, las de la idea!
¡Lágrimas, las del placer!

Yá por sus caprichos vanos
La odiosa guerra no inmola
Los sentimientos humanos:
Yá se cubren los hermanos
Con una bandera sola.

Hoy la esperanza nos lleva
Á los más nobles deseos;
Hoy la vida se renueva,
Que el sol de la paz se eleva
Tras los altos Pirineos.

No caerán en el olvido
Los que en combate sublime
Sin vida y con fé han caido,
Que debe á quien le redime
Admirar el redimido.

Paz, exclama en su agonía
Quien no vió tan bella luz:
Paz España ayer pedia:
Paz en la tierra, decia
El que espiró en una cruz.

Ella es la mejor victoria,
Ella es la gloria mejor
Que puede darnos la historia.
¡Gloria eterna al vencedor
Que cede á la paz su gloria!

JACA, 2 DE MARZO DE 1876.

A LA MEMORIA DEL ILUSTRE MARINO

D. Casto Mendez Nuñez.

El tiempo y su poder todo lo arrasan,
Falta el aliento á varoniles pechos,
Pasan los hombres; pero nunca pasan
Su genio, su virtud, sus grandes hechos.

Viven del heröismo las memorias
Entre inmortales palmas altaneras,
Que del recuerdo de las muertas glorias
Suelen siempre brotar las venideras.

Grande un pueblo será miéntras alabe
Sus muertos héroes, de entusiasmo lleno:
Grande el pueblo español es hoy, que aún sabe
Que tuvo á Mendez Nuñez en su seno.

¡Honor á Mendez Nuñez! Gloria al bravo
De noble corazon, de frente erguida,
Que, dominando al mar como á su esclavo,
Fué esclavo del honor toda su vida.

Cual del sol en la luz ambicionada
Resplandece de Dios la omnipotencia,
Fulguraban tambien en su mirada
La virtud, el valor, la inteligencia.

Yá en sus primeros tiempos presentia
Su mision en el tiempo venidero,
Y, español y marino, comprendia
Que el amor á la patria es lo primero.

¡Que es un santo deber! Para el marino
Que á peligros sin límites se lanza,
Es el nativo suelo eden divino,
Es la madre, el hogar y la esperanza.

¡Oh patria! cuando yá te olvidarias,
Presa entónces de amargo desconsuelo,
De tus triunfos navales de otros dias,
Das vida á Mendez Nuñez en tu suelo.

Le ve nacer el cielo despejado
De la noble Galicia, siempre en calma,
Mas tal vez ménos puro y elevado
Que las aspiraciones de su alma.

Llega el momento grande del gran hombre
Tras una gloriosísima carrera;
Va bendiciendo de su patria el nombre,
Lleva el honor por única bandera.

No le digais que su entusiasmo ardiente
Puede ceder á la enemiga saña,
Pues os contestará noble y valiente:
«No quiere barcos sin honor mi España.»

Del Pacífico mar hiende las olas,
Y cuando da su luz el dos de Mayo,
Muy altas las banderas españolas
Flotan al viento en lánguido desmayo.

Que así, tras de victorias repetidas,
Luchando en el Callao valeroso,
Quiere enjugar las lágrimas vertidas
En otro dos de Mayo tan glorioso.

Honor á Mendez Nuñez, cuya alteza
Tan clara y tan hermosa resplandece;
Que al evocar su nombre y su grandeza
El alma más pequeña se engrandece.

Honor á aquel que en todos sus caminos
Sembró laureles con ardiente anhelo,
Guiando á la victoria á sus marinos,
Su amor á España, su esperanza al cielo.

Y despues de su triunfo se apagaron
De la discordia las sangrientas teas.... .
¡Triunfo que los extraños admiraron,
Triunfo que admiro yo, bendito seas!

Bendito, que quizás, triunfo grandioso
Alcanzado en solemne y fausto dia,
Hayas sido el momento más dichoso
Que gozó en esta edad la patria mia.

¡Mendez Nuñez, qué sueño tan augusto
Ahora disfrutarás, libre de olvido!
El reposo pacífico del justo
Que luchó con el mal y lo ha vencido.

Tus manos generosas repartian
Á tus hermanos de armas tus laureles,
Miéntras á todas partes te seguian
Tu modestia y tu genio, siempre fieles.

Inmenso como el mar que dominaba
Tu espíritu leal, de audacia lleno,
Era en la paz, que como bueno amaba,
Hermoso como el mar, si está sereno.

Siempre es la paz que el mundo necesita,
Tras la desolacion de odiosa guerra,
Sueño reparador, lluvia bendita
Que fertiliza la abrasada tierra.

Siempre es la muerte pálida y doliente
Raudal inagotable de amarguras;
Mas tú, muerto, serás la clara fuente
De donde brotarán glorias futuras.

¡Duerme en paz, duerme en paz! tu sueño velan
El honor, la virtud, la fé, la gloria,
Miéntras tus altos hechos nos revelan
Las páginas sagradas de la Historia.

Y vosotros ¡oh vates! que soñando
Seguís la inspiracion con hondo empeño,
Vuestros dulces cantares entonando,
Acompañad tambien su último sueño.

Si no sabeis la historia de su vida,
Sus afanes, sus dichas, sus pesares,
Yá os lo dirá su patria agradecida,
Yá os lo dirán las olas de los mares.

Jaca, 20 de Mayo de 1876.

¡Libertad!

En cuanta extension inunda
El sol con su luz dorada,
La libertad es amada
Con una pasion profunda;
Hasta el ave moribunda
Un canto en su honor entona,
Y bien la fama pregona
Que, aunque destronarla intenten,
Tiene en las almas que sienten
Un trono y una corona.

La libertad presta aliento
Al pensamiento que créa,
Porque es la primer idea
Que brota en el pensamiento;
Ella es luz y es sentimiento,
Y es fuerza que la respeten,
Pues, aunque su marcha inquieten
Almas á su luz agenas,
No habrá quien labre cadenas
Que á la libertad sujeten.

¡Libertad, lazo de amor,
Talisman que honra y escuda,
La humanidad te saluda
Como á su gloria mejor!
No pierdes en esplendor,
Aunque al verte victoriosa
Te promuevan guerra odiosa;
Que áun siendo tus penas muchas
Sales de las nuevas luchas
Más radiante y más hermosa.

Jaca, 17 de Marzo de 1876.

Nuestros Males.

Te adivino, mujer; no ignoro nada
De eso que llamas tu sentida historia:
Sé que abrió tu destino una mirada,
Sé de un adios que te cerró la gloria.

Te hablo del porvenir, mas sólo quieres
Que lo que yá ha pasado no haya sido;
¿Puedes librar del tedio á los placeres?
¿Puedes salvar la muerte del olvido?

Porque juzgas tus penas inmortales
Quiero darte con otras un consuelo:
Pondré cerca de tí mayores males
Y vas á ver la tierra desde el Cielo.

Nada puedes temer; tu desventura
Envidia, aunque lo dudes, puede darme;
Yo temo hasta la luz risueña y pura
Que ha de venir mañana á despertarme.

Piensa que el mal terrible que nos mata
Es hoy la ingratitud fiera y sombría;
Piensa que tú eres víctima, y yo ingrata:
¿Lástima no te inspiro todavía?

Sevilla, 5 de Mayo de 1875.

Á MI JÓVEN AMIGA

Cristina Perez de Varela y Magariño

Si anima tu semblante la esperanza,
Y el dolor en mi rostro se adivina,
Dí; ¿qué lazo bendito y misterioso
Ha unido mi tristeza á tu alegría?

¿Por qué siempre á mi lado te sonries
Buscando de mis labios la sonrisa?
¿Por qué tú, que eres niña y venturosa,
Te unes á mi dolor, y no me olvidas?

Tu bondad es el lazo que nos une,
La luz del sentimiento te ilumina,
Y has fijado los ojos y el deseo
En el templo inmortal de la poesía.

Si á tu alma da calor el entusiasmo,
¿Qué es lo que te detiene ó intimida?
Cumple tu afan, y que en tan dura senda
No brote para tí ninguna espina.

Madrid, 12 de Octubre de 1875.

Una Cruz.

A MI PRIMO D. JUAN NEPOMUCENO ESCACENA Y VILLAREJO,
DIGNIDAD DE CHANTRE DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE JACA.

Una nube de dudas envolvia
Mi confusa razon,
Miéntras con ánsia de saber latia
Mi triste corazon.

¿Qué es un libro cerrado? Es un arcano
De los ojos iman:
Uno estaba al alcance de mi mano,
Iba á cumplir mi afan.

Un libro y una pluma, en tal momento
Se entregaban á mí;
Iba á tocarlos yá, mas de mi intento
¿Por qué retrocedí?

La pluma, el libro, que á mi lado estaban,
Por acaso los dos,
Puestos en cruz, al alma recordaban
El suplicio de un Dios.

Representaba el libro el tronco augusto
Que es del mundo sosten,
Y la pluma los brazos donde el Justo
Los extendió tambien.

Yo que sé detenerme si hallo, al paso,
Algo que venerar,
No quise deshacer lo que el acaso
Supo tan bien formar.

Y murmuró mi labio conmovido:
«Se cruza aquí la luz:
¡Cuántas almas habrán desfallecido
Al peso de esta Cruz!»

Jaca, 22 de Diciembre de 1875.

Á una Mujer.

Tu frente, que admira al verla,
Que resultó, se asegura,
De un combate de blancura
Entre la nieve y la perla.

Y áun hay voz que, misteriosa,
Dice que, al formar tus labios,
Mediaron serios agravios
Entre el clavel y la rosa.

Y que la luna argentada,
Y el sol, que luz nos envia,
Lucharon, por quién daria
Más encanto á tu mirada.

Sabiendo yá los enojos
Y las luchas que has causado,
No extraño la que he logrado
Adivinar en tus ojos.

Que yá sin fé ni alegría,
Hermosa, mas no inocente,
Cual tienes blanca la frente
Tienes el alma sombría.

Sevilla, 15 de Enero de 1875.

A un Indiferente.

¡Me causa admiracion! ¡Tú eres de hielo!
Nunca del genio el resplandor brillante
Tiene bastante luz, poder bastante
Para rasgar de tu ignorancia el velo.

Sin sentir de la gloria el noble anhelo
Marcas la indiferencia en tu semblante;
Tú no comprendes el afan constante
De los que buscan en la tierra un cielo.

El genio, á quien la muerte no se atreve,
¿Es poco aún para turbar tu calma?
¿Cuál es el sentimiento que te mueve?

¿Nada ambicionas tú, ninguna palma?
Si del genio el poder no te conmueve,
Ni tienes corazon, ni tienes alma.

SEVILLA, 22 DE MAYO DE 1873.

Justicias.

De cuidados rodeadas
Viven dos aves parleras,
Y tambien infortunadas,
Que, aunque en prisiones doradas,
Viven al fin prisioneras.

Una y otra, con anhelo
Lanzan sus trinos süaves
Mirando el campo y el cielo;
Que como yo me consuelo
Hallan consuelo las aves.

Cantando, y para cantar
Mirando siempre á la altura;
Cantando, que es casi orar;
Cantando á la lumbre pura,
Al cielo, á la tierra, al mar.

Cantando, que si el acento
Da al viento las propias penas,
Alguna se lleva el viento;
Y al calor del sentimiento
Se hacen blandas las cadenas.

Del mal que á las dos alcanza
Murmuran las aves presas
Como en dulce confianza,
Y en su lenguaje hay promesas,
Pasion, ternura, esperanza.

¡Promesas! El viento un dia
Una de las jaulas cae,
Se abre la puerta sombría,
Y el ave que prometia
Vuela hácia el sol, que la atrae.

Libre yá, sigue cantando
Sin volver la vista atrás,
Y la otra la está mirando,
Como si la amase más
Cuanto más se va alejando.

Y la que quedó en prisiones
Triste luégo se quejaba,
Con mil fundadas razones,
Del viento que ella llenaba
De dulcísimas canciones.

Del viento, que en realidad
Fué en injusticia fecundo
Al no darle libertad;
Quiso copiar con verdad
Cómo hace justicia el mundo.

En otra más elevada
Poner debe el pensamiento
El alma aquí desterrada,
No en justicia confiada
Á una ráfaga de viento.

Dichas.

Es una dicha contemplar un cielo
Que velan nubes de infinito amor.
¡Los ojos de una madre! Es una dicha
Que no he sentido yo.

Es una dicha dominar las almas:
Como se va sintiendo hacer sentir:
Por un mundo de luz ir avanzando:
Mas ¡ay! no es para mí.

Oigo una voz que me repite: acaso
Dichas mayores en el mundo habrá:
Mas esas dichas, si las voy siguiendo,
¿De mí se alejarán?

SEVILLA, 3 DE JULIO DE 1873.

Dos Brisas.

Pienso al sentir la brisa cariñosa
Que se despierta cuando nace el sol,
Que está formada con perdidos ecos
De juramentos de infinito amor.

Mas al sentir del aura de la tarde
El misterioso y suspirante són,
Pienso que está formada con gemidos
De corazones que el olvido hirió.

SEVILLA, 30 DE DICIEMBRE DE 1873.

A Miguel de Cervantes Saavedra.

Que siempre el laurel primero
Brota al borde de la tumba.
VELILLA.

Hoy llega á saludarte la voz mia,
Y á cantar, no tu genio, tu pobreza;
Yo soy pequeña nube, y no podria
Contener todo el mar de tu grandeza.

Quiero seguirte en tu dolor profundo,
Quiero aprender en tu doliente historia,
Cómo ha llegado á dominar el mundo
El que llegó á morir pobre y sin gloria.

¿Qué fué tu vida? La contínua guerra,
Sin un instante de piadosa calma,
De todas las miserias de la tierra
Con todas las grandezas de tu alma.

Y del mundo al sufrir las tiranías,
Con firme corazon, con noble aliento,
Cual Miguel el arcángel esgrimias
La espada de tu ardiente pensamiento.

Noble de sangre, escaso de fortuna,
Vióte España y te dió la luz primera,
Sin poder comprender que era tu cuna
La nave de su gloria venidera.

Fuiste soldado; el mundo recorriendo,
Á copiar sus contrastes aprendiste,
Punzadoras espinas recogiendo
Que en flores inmortales convertiste.

Tu sangre generosa, allá en Lepanto,
Tiñó del mar las turbulentas olas....
¡Cuánta sangre del alma, que es el llanto,
Habrás vertido con tu pena á solas!

Herido, prisionero, abandonado,
Tranquilo y sonriente aparecias:
Ageno á lo presente y lo pasado,
Y hombre del porvenir, lo presentias.

El mundo te negaba sus favores
Porque tú le negabas tu alabanza:
Él te desheredó de sus honores,
Y tú le diste honores y enseñanza.

Que cuando te mirabas combatido,
Manco y pobre, aunque rico en desengaños,
Diste á tu patria un libro, que ha podido
Resistir á la envidia y á los años.

De tu alma, que era un mar, brotó esa perla
Que tu talento sin igual abona:
Hoy la Europa ilustrada, al recogerla,
Piensa que es la mejor de su corona.

Mas, entónces, seguiste en triste calma,
Siguió la humanidad sin comprenderte,
Cual si esperase para ver tu alma
Que volase en las alas de la muerte.

Llegó el momento al fin; al mundo ciego
Diste alegre tu eterna despedida,
Que de tu inspiracion el santo fuego
No pudo alimentar el de tu vida.

Entónces gritó España despertando:
«¿Dónde está el hijo que mi ornato era?»
Y respondióle el viento, murmurando:
«Ha volado á su patria verdadera.»

Resplandeciente amaneció tu gloria,
Te rindió su tributo el sentimiento,
Y su tributo te rindió la historia
Llamándote adalid del pensamiento.

Corto de vista y voluntad el mundo
Fué para conocerte y admirarte:
Hoy te respeta con amor profundo
Y yá le falta voz para ensalzarte.

Es fuerza, sí, que desde el Cielo seas
De tu victoria singular testigo:
No hay vencedor cual tú, cuyas preseas
Las bendiciones son de tu enemigo.

España, con razon, gime y se asombra
De haber sido tambien tu duro azote:
¡Las hojas del laurel que le da sombra
Son las hojas sublimes del *Quijote!*

Es tuyo el porvenir; lo has conquistado
Y no puede el olvido hacerte guerra,
Que de tu fama el sol se ha levantado
De la ignorada fosa que te encierra.

Y no eres sólo el sol esclarecido
Destinado á brillar sin tregua alguna;
Eres el genio amado y preferido
De los que deben poco á la fortuna.

Porque tú fuiste humilde, y te elevaste
Sólo por el impulso de tu genio:
Porque tú el cetro del dolor llevaste,
Cual hoy llevas el cetro del ingenio.

Porque el dolor es lazo misterioso,
Para unir los espíritus creado;
Y ántes que los acentos de un dichoso
Escucharás la voz de un desdichado.

En mi nombre y en nombre de mi España
Te saluda mi acento conmovido;
El dolor, siempre fiel, nos acompaña,
El dolor de no haberte conocido.

. . . .

Miéntras el orbe entero no sucumba
Sabrá encontrar el corazon del hombre
Coronas de laurel para su tumba,
Himnos de admiracion para su nombre.

JACA, 22 DE MAYO DE 1876.

Á Mercedes de Velilla.

DEDICATORIA DE UN ÁLBUM.

Hoy, que yá no hay dolor que no comprenda
Mi enfermo corazon desesperado;
Hoy que, por toda luz, vierte en mi senda
Su pálido reflejo lo pasado;

Que el presente, en que puedo contemplarte,
Juzgo pasado yá, pues que lo pierdo;
Yá que tan triste voy, quiero dejarte
La tristísima herencia del recuerdo.

No sé por qué razon suerte tirana
Apartará tu vida de mi vida,
Mas no debo dudar que está cercana
Nuestra quizás eterna despedida.

Horizontes inmensos cual la idea
Te abre la suerte, espléndida contigo,
Y aunque sé que en mi daño se recrea,
La quiero maldecir, y la bendigo.

Me voy, te vas; tu mente soñadora
Se agita yá bajo aparente calma;
En tu mirada hay algo de la aurora;
Triste como un adios está mi alma.

Tal vez ántes que yo tiendas el vuelo,
Mas tú cantando volverás al nido:
Yo no espero volver, ni más consuelo
Que las memorias de mi hogar perdido.

Una herencia de lágrimas amargas
Voy recogiendo entre penosas luchas;
Las horas que me quedan serán largas;
Mas presiento tambien que no son muchas.

Cuantos sueños vinieron á mecerme
Te quisiera dejar por compañía;
Quisiera que perdieras, al perderme,
Cuantos pesares turban tu alegría.

Y miéntras quiero verte tan dichosa
Con mi propio cariño te atormento;
Porque no ignoro que en tu senda hermosa
Mi recuerdo es la flor del sentimiento.

Guarda estas blancas hojas sin fortuna,
Si tu amistad por mi desgracia mides,
Que mi amor ha grabado en cada una
Estas dulces palabras: «No me olvides.»

Blancas hojas te ofrezco, semejantes
Á la amistad que guarda el pecho mio;
Otros les den colores deslumbrantes,
Yo les daré mi llanto por rocío.

He de vivir de cuanto quiero ausente,
Y he de quererte áun cuando no te vea:
¡Yo he sorprendido en tu ardorosa frente
El paso misterioso de la idea!

Hemos pensado juntas; dulce encanto
Unió nuestros ardientes corazones;
Se ha mezclado mi llanto con tu llanto,
Tus sueños con mis gratas ilusiones.

El mismo cielo, en apacible calma,
Cubriera nuestra cándida inocencia;
El mismo afan que engrandeció tu alma
Turbó tambien la paz de mi existencia.

Diste luz á mi mente y fé á mi pecho;
Yo alenté tu esperanza moribunda;
Mas todo lo pasado se ha deshecho
En este mar de penas que me inunda.

Marcho yá por la senda del olvido,
Como tú por la senda de la gloria;
Mas en la hermosa patria en que he nacido
Tú harás que no se extinga mi memoria.



Á MI QUERIDÍSIMA HERMANA

D.ª DOLORES ESTEVARENA Y ESCACENA.

Iba á dejar el suelo que sostuvo
Por vez primera mi insegura planta;
En un pequeño grupo, me seguian
Los últimos afectos de mi alma.

Yo los abarqué á todos
Con ánsia suma en la postrer mirada,
Y ví en ellos un grupo de ilusiones
Que, llorando por mí, me abandonaban.

Y partió la veloz locomotora
Como flecha del arco disparada,
Miéntras surcaba más veloz mi mente
Espacios de dolor sin esperanza.

Ante mis ojos tristes
Pasaban encantados panoramas,
Como en mi corazon se sucedian
En todo su esplendor dichas pasadas.

Llegó la noche; apareció la luna
Rasgando blandamente nubes blancas;
Una luna tan pálida, Dios mio,
Que sólo á mi semblante se igualaba.

Á su luz miré abismos
Que, parece imposible, mas se salvan:
No han de salvarse nunca, segun veo,
Los que á mí de la dicha me separan.

¡Qué marcha tan ligera! repetia,
Fija mi mente en lo que atrás dejaba:
Si alguna vez volviera ¡cómo entónces
Exclamaré: ¡qué marcha tan pesada!

Sonó el «yá hemos llegado»
Y la voz de mi áfan repitió «anda:»
Yo no puedo llegar, que nunca llega
Quien persigue la gloria que no alcanza.

Luégo una poblacion deslumbradora,
Para mí nueva, hermosa y animada,
Cual si mi indiferencia la ofendiese
Ante mí sus encantos desplegaba.

Maravillas sin límites
Puede reunir la vanidad humana,
Mas ¿qué tendrán al fin de maravillas
Si están tristes los ojos al mirarlas?

Aún mi suerte lanzábame más léjos
De donde alegre resbaló mi infancia;
Iba á seguir; la reina de la noche
Salió otra vez para alumbrar mi marcha.

La noche fué pasando,
La fé puso en mi labio una plegaria:
La majestad de Dios resplandecia
En la primera luz de la mañana.

Yo no puedo llegar á donde quiero,
Que aunque me sobra fé me faltan alas;
Mas pude al fin llegar al sitio donde
Un resto de cariño me aguardaba.

En brazos del destino
He llegado sin fuerzas á esta playa,
Donde pueden mis náufragos deseos
Por un momento reposar en calma.

Tambien aquí está Dios, tambien se siente
En la luz que corona las montañas,
En el sagrado amor de la familia,
En la modesta y última morada.

Mas tal vez, si la muerte
Aquí cortase mi existencia amarga,
Al cubrir esta tierra mi cadáver
De mis ojos sin luz brotasen lágrimas.

JACA, 25 DE DICIEMBRE DE 1875.

Mutuos Pesares.

A MI RESPETABLE AMIGO D. MANUEL DE MOYA.

Triste como el pensamiento
Que intenso debió asaltar
Al primer hombre, al dejar
La dicha por el tormento,
Mi desfallecido acento
Ni puede halagar, ni encanta,
Y hasta el eco que levanta
Triste es siempre como ahora;
Y es que mi espíritu llora
Cuando parece que canta.

Por solitarias rûinas
Vaga, sin cesar, mi mente,
Y me baña el sol poniente
De recuerdos que adivinas.
Tú consolarte imaginas
Si escuchas mi acento amigo:
Yo, de tu dolor testigo,
quiero tambien consolarte;
Mas ¿qué consuelo he de darte
Sino el de sufrir contigo?

¿Cómo hallarás un placer
En que turbando tu calma
Vuelva á desgarrar tu alma
Con los recuerdos de ayer?
¿Cómo puedes tú querer
Que renueve tu amargura,
Y que tu antigua ventura
Cantando yo, cuando cante
Tristes vapores levante
Del mar de tu desventura?

Quizás, por la suerte herido,
Áun más á solas te hieres;
Quizás, como yo, no quieres
El bálsamo del olvido.
Si es así, si el bien perdido
Te mueve incesante guerra,
Por las que la tumba encierra
Corra unido nuestro lloro....
¡Eran muy grande tesoro
Para gozarlo en la tierra!

¡Tus hijas! Ángeles fueron,
Almas grandes y escogidas
Que, por la fé sostenidas,
Las blancas alas tendieron.
Del mundo se despidieron,
Y hoy mi cariño las nombra,
Miéntras el alma se asombra
De nuestros mútuos dolores.
¡Tú eres el árbol sin flores,
Yo soy la planta sin sombra!

Del alma la paz ansiada,
La virtud y la alegría,
Miraste lucir un dia
En tu tranquila morada.
Tres séres su luz amada
Prestaban á tu existencia,
Mas las suyas, con violencia
Cortó la muerte envidiosa:
¡Que vive ménos la rosa
Cuanto vierte más esencia!

Sabes que tambien mostraba
Mi semblante la alegría;
Que si lágrimas vertia
La dicha las enjugaba.
Perdí lo que más amaba,
Y me fué forzoso verlo:
Tú sabes cuánto al perderlo
Se adora lo que tuvimos....
¡Ni yá somos lo que fuimos,
Ni volverémos á serlo!

Deja en pos de sí la muerte
Al dolor sin esperanza,
Y tras el dolor, avanza
Nueva esperanza en la suerte;
Mas es mi pesar tan fuerte
Que hace agobiar mi cabeza,
Y ante su horrible grandeza
No espero dicha ninguna;
Porque siempre la fortuna
Va huyendo de la tristeza.

Te lanzo el alma en mis voces,
Del vago viento á través,
Porque imagino que áun ves
Mi infancia, mis puros goces.
Tú mi espíritu conoces;
Yo sé que en visible calma
Del valor moral la palma
Con noble entusiasmo llevas;
Que no te abaten las pruebas
Que son el crisol del alma.

Yo, más débil, me detengo
Fatigada en mi camino;
Vencida por el destino
Ningun combate sostengo:
Herida en el alma vengo,
Y aunque de lo que he llorado
Por lo que perdí, he quedado
Sin esperanza y sin luz,
Me inclino al pié de la cruz,
Símbolo de lo pasado.

Jaca, 26 de Mayo de 1876.

Contestacion á una Poesía.

Á LA SRA. D.ª ÁNGELA MAZZINI.

¿Qué quién soy yo, preguntas? Hoja leve
Que arrastra el viento por llanura inmensa;
Un sér que, al escucharte, se conmueve;
Un sér muy débil, mas que siente y piensa.

No soy *genio de luz,* ni he conocido
Más que la inspiracion del sentimiento;
Mas me juzgo feliz, si he conseguido
Dulcificar tus penas un momento.

¿Tú sufres? yo tambien: bien conociste
Por mi débil cantar, sin duda alguna,
Que, apesar de mi fé, vivo tan triste
Como el rayo más triste de la luna.

Tan sólo en evocar dichas perdidas
Mi corazon inquieto se recrea;
Tan sólo al recibir nuevas heridas
Siento de mi dolor brotar la idea.

Abrasando el ambiente que respiro
Pasa ante mí la imágen de la gloria,
Y mi cantar más dulce es el suspiro,
Mi más dulce enemigo la memoria.

¿Que dónde estoy, preguntas? ¡Ay! Muy léjos
De donde tú tambien vives sin calma;
Mas miro de tu genio los reflejos
Como aspiro el perfume de tu alma.

Y ¿quién sabe? esperemos.... Mi destino,
Benéfico mañana, cual hoy rudo,
Aún puede que me arroje en tu camino,
Porque te pueda ver cual te saludo.

La esperanza naciente y poderosa
De que puede llegar tan grato dia,
Aparece á mis ojos tan hermosa
Como mi amada y rica Andalucía.

Como su cielo, que cubrió mi cuna
Y que yá no proteje mi cabeza;
Como mis ilusiones, que una á una
Se van trocando en sombras de tristeza.

Envuelta en los vapores de un letargo,
Con el pecho á los golpes descubierto,
Por un camino fatigoso y largo
Voy persiguiendo el porvenir incierto.

Y soy tal vez la rama suspendida
Del ciprés de una tumba, que está abierta,
Y aún el afan de dicha en esta vida
De mis mejores sueños me despierta.

Yá sabes, pues saberlo has deseado,
Cuán poca dicha mi existencia halaga;
Mas la luz de mi fé, que á tí ha llegado,
No se puede apagar, y no se apaga.

Nó, que los pasos del dolor sombrío
Aún en mi corazon levantan ecos;
Ni al ageno dolor, ni al dolor mio,
Jamás mis ojos se mostraron secos.

Suframos de la suerte los enojos,
Si en contra nuestra sus rigores lanza;
Que miéntras tengan lágrimas los ojos
Tambien el corazon tendrá esperanza.

Dices que sufres; ¿compartir conmigo
Quieres tu sufrimiento y tu alegría?
Pues yo, cual me bendices te bendigo,
Llena de gratitud, amiga mia.

JACA, 22 DE MARZO DE 1876.

Ultima.

¿Vivo yo?... me pregunto á cada instante,
Sintiendo que mi pecho
Tan sólo á los recuerdos se conmueve:
La indiferencia cubre mi semblante;
La montaña que miro no distante
Tambien va revistiéndose de nieve.
¿Vivo yo?... No lo sé.... Mi mente inquieta
Recorre, sin cesar, unas escalas
Que empiezan en mi edad más inocente,
Pudiendo sólo detener sus alas
En las tristes rüinas del presente.
Sé que á mi alrededor todo ha caido
Como un mundo de amor que se derrumba;
Sé que mi dulce hogar se ha convertido
En una inmensa y venerada tumba.

Sentir la muerte en pos de lo que amamos,
Comprender que por fuerza hay que perderlo,
Y verlo, aunque los ojos apartamos

Por no pasar por el horror de verlo;
Abandonar tambien la amada tierra
Que sostuvo piadosa nuestra cuna,
Y entónces recordar, una por una,
Cuantas bellezas en su seno encierra;
Sentir cómo la patria abandonada
Toma en la mente indefinible encanto,
Decirle adios sin verla, yá eclipsada,
Ántes de tiempo, por el propio llanto,
Y no saber qué amar, y abandonarse
Á la triste inaccion del que no espera,
No pensando un momento en consolarse
Con la esperanza de volver siquiera;
Si eso es morir, yo he muerto; en mi memoria
Penetra, al recordar, intenso frio....
¡Allí quedó la tumba de mi gloria,
Allí quedó la tuya, padre mío!

¡Oh padre, mi dolor y mi consuelo,
Querida sombra de bendita calma!
¡Con qué golpe tan rudo hirióme el Cielo
Al separar tu cuerpo de tu alma!
Yo, que á mis propios ojos no creia,
Te contemplaba estremecida y loca,
Aún llena de esperanza, y no entendia
Las amantes palabras de tu boca.
Fuí vencida en la lucha;
De tí me despedí con ese acento
Que, brotando del alma, no se escucha:
¡Qué triste es un adios de pensamiento!
Yo sin poderte hablar, tú sin mirarme,
Protestábamos ámbos de la suerte;
Tú queriendo vivir por no dejarme,

Yo queriendo morir por no perderte.

¡Cuántos sueños de gloria y de fortuna,
Cuántas horas de afan y de tristeza
Por mí han pasado, y se han fundido en una
Eterna aspiracion á la belleza!
Mis débiles acentos
Hoy al mundo lanzados,
No son cantos tal vez, son sentimientos
En indecisas notas desbordados.
Ellos son mi consuelo y son mi historia,
Son la ofrenda sencilla
Que rindo de mi padre á la memoria
Y el recuerdo que dejo á mi Sevilla.

¿De qué sirve querer? Cuanto he querido
Ha pasado veloz, y hoy.... ¿qué me queda?
Mi familia, mi hogar.... ¡todo perdido!
No quiero recordar, y recordando
Paso al fin mi existencia, que no es mia,
Y los recuerdos son, al ir pasando,
Como la luz de moribundo dia,
Que siempre es luz, pero se va apagando.

JACA, NOVIEMBRE DE 1875.

CORONA POÉTICA

DEDICADA A LA MEMORIA

DE

CONCEPCION DE ESTEVARENA.

Las composiciones que siguen se insertan por órden alfabético de apellidos.

A LA MEMORIA

DE LA POETISA

CONCEPCION DE ESTEVARENA.

¡Concepcion! Astro brillante
De inspiracion soberana,
Estrella que en la mañana
Vió apagar su resplandor;

De tu genio los fulgores
Quedarán en la memoria,
Miéntras vives tú en la Gloria,
Ángel puro del Señor.

Rendida por el destino
Doblas tu gentil cabeza,
Cede la naturaleza
Al no ser tu hermosa luz:

Tu espíritu se despoja
De la capa que le envuelve,
Y el cuerpo á la tierra vuelve
Bajo el peso de su cruz.

Volaste, sí, á otras regiones
De ventura y alegría,
Donde siempre es claro dia,
Donde el alma vive en paz;

Donde tu lira armoniosa,
Con sus notas celestiales,
Á los séres inmortales
Prestará blando solaz.

Nosotros yá no tendrémos
El placer de oir tu canto,
Regado con triste llanto
De tu propio corazon;

Ni llegarán tus acentos,
Tan tiernos y tan sentidos,
Por las brisas repetidos
En dulcísima cancion.

Sufriste mucho en el mundo
¡Dulce tórtola cuitada!
Del bello suelo alejada
Que te mirára nacer:

Mucho lloraste en tus versos
Y grandes fueron tus penas,
Hasta romper las cadenas
Que atormentaban tu sér.

Yo, al creerte desgraciada,
Y doliente al escucharte,
No puedo ménos de darte
Cuanto cariño hay en mí:

Me inspiraste simpatía,
Te amaba sin conocerte;
Por eso ves que al perderte
Vierto lágrimas por tí.

Mas es vana mi querella
Y vano mi desconsuelo:
¿No estás gozando en el Cielo
De la gracia celestial?

¿Qué vale lo que has perdido
Al dejar la tierra ingrata,
Si sólo el bien se aquilata
En la mansion eternal?

Aplausos, gloria, coronas
Quizá te guardaba el mundo;
Tal vez tu númen fecundo
Premiado hubiera; mas ¿quién

Por tan fútiles quimeras
Trocaria las venturas
De gozar en las alturas
Los encantos del Eden?

¡Dichosa tú, que en Dios vives,
En Dios moras y en Él sientes,
Y en auroras esplendentes
Vas los siglos á pasar!

Terminaron tus dolores;
Coronada de albas rosas
Con las vírgenes hermosas
Vas para siempre á reinar.

María Borao.

Zaragoza, Setiembre de 1876.

EN LA MUERTE DE LA INSPIRADA POETISA

LA SIMPÁTICA

SRTA. D.ª CONCEPCION DE ESTEVARENA.

DESCANSA EN PAZ.

Yá tu cuerpo descansa para siempre
En tétrico ataud,
Yá ha exhalado tambien su última nota
Tu inspirado laud.
¡Feliz tú, que cumpliste en este suelo
Tu sagrada mision,
Derramando simiente de consuelo
Que alivia el corazon!

. . . .

En el Cielo reposas ¡mujer santa!
Porque tu vida fué
Vida de abnegacion, tu virtud tanta
Como tu ardiente fé.

. . . .

Tú has muerto, sí, mas tu recuerdo amado
Jamás se borrará;
Que el triste corazon que has consolado
Á tí bendecirá.

Hoy que tu alma al Cielo se ha elevado;
Hoy que la dicha alcanza,
Como santo recuerdo me has dejado
Tus *Dudas y Esperanzas.*
Bendita sea siempre, como ahora,
Quien penas alivió.
¡Loor eterno á la inmortal autora
Que *Ángela* escribió!

. . . .

Llegue mi acento adonde estás sentada
Junto al Sumo Hacedor,
Y mitiga del alma desolada
El acerbo dolor.

. . . .

Descansa en paz, y á quien en este suelo
Te admiró, con razon,
Envíala piadosa desde el Cielo
Tu santa bendicion.

Susana Lacasa.

Huesca, 16 de Setiembre de 1876.

A LA MEMORIA DE MI INOLVIDABLE AMIGA

LA ILUSTRADA POETISA

D.ª CONCEPCION DE ESTEVARENA.

Apénas contempló la tierra dura
Y vió los males del doliente suelo,
Cuando sus ojos revolviendo al Cielo
Voló buscando celestial ventura.
B.

Ángel de luz, que en esta triste esfera
Posaste con temor tu breve planta,
Bajo pesada atmósfera extranjera,
Tu vista al Cielo tornas, y ligera
Tu vuelo hácia tu patria se levanta.

Volaste, sí, dejando en torno mio
Una sombra fugaz, plácida y bella;
¡Volaste! mas dejando hondo vacío
En el espacio lóbrego y sombrío
Donde brillaste cual radiante estrella.

Tú revelabas en tu dulce canto
Un misterio que el Cielo darte quiso
Para mostrar tu voz llena de encanto,
Bosquejando en las gotas de tu llanto
Del ángel el perdido Paraiso.

Tu númen celestial, y la dulzura
De tu inspirado y amoroso canto;
Tus misteriosas frases de ternura,
Que devuelven al alma su ventura,
Excitan hoy mi dolorido llanto.

Ave de paso en la terrestre esfera,
¿Por qué tan pronto desplegar tus alas?
¡No te alejes aún.... detente, espera!
Si á tu patria volar quieres ligera,
¿Á qué mostrarnos tus brillantes galas?

Mas, nó, perdona; tu preciosa vida
Una mision contrajo acá en el suelo;
Tú curabas, hermosa, el alma herida,
Mostrando con fervor la paz perdida
Que á tu voz descendiera desde el Cielo.

Hora que entre los ángeles ufana
Ves al triste mortal desde tu altura,
Á esa region de gloria soberana
Llegue un ¡ay!... amoroso de la hermana
Que dejaste en la tierra sin ventura.

Ángela Mazzini.

Santa Cruz de Tenerife, 3 de Octubre de 1876.

A LA MEMORIA

DE CONCEPCION DE ESTEVARENA.

Sevilla te dió el sér; desde su cielo
Se desprenden raudales de armonía;
Ella ciñó á tu sien el blanco velo
Del amor, la amistad y la poesía.

En tu mente infantil fué despertando
Un entusiasmo férvido y creciente,
Y empezaste á cantar, ambicionando
Noble laurel con que adornar tu frente.

Víctima triste del destino injusto,
Que tu vida abrumó con sus rigores,
Era la noche, en su silencio augusto,
Testigo de tu llanto y tus dolores.

Y en vez de repetir triste gemido
Cuando el pesar tu corazon quebranta,
El suspiro en tus labios detenido
Vibra en tu lira, que tus penas canta.

En tus horas amargas de tristeza,
Desbordado el raudal del sentimiento,
¡Cuán rica inspiracion, cuánta belleza
Vertió al papel tu ardiente pensamiento!

Era el genio feliz que en tí brillaba
Reflejo de otra luz que á tí venía;
Era un rayo del cielo que bajaba,
Y tu frente al tocar se detenia.

Del vergel andaluz las bellas flores
Cubrir no pueden tu sepulcro frio;
Mas corona te dan sus trovadores,
Que ostenta, sí, de lágrimas rocío.

Te hirió, muy léjos de tu patria amada,
Con el último golpe la fortuna,
Y no protege tu postrer morada
El mismo cielo que cubrió tu cuna.

Ufana ciñes en eterna gloria
De martirio y virtud la doble palma:
¡Yá no conservas terrenal memoria;
Como el alma del ángel es tu alma!

Dolores Rodriguez de Velilla.

Sevilla, Marzo de 1877.

A LA MEMORIA
DE CONCEPCION DE ESTEVARENA.

Extinguióse la luz de su existencia
Cual la luz de una tarde que se acaba;
Vió del sepulcro la perpétua noche,
No volverá del sueño en que descansa.
Envidia tuvo el ángel de la muerte
De tanto genio, de belleza tanta,
Y en dura nieve convirtió su aliento
De tan fecunda inspiracion la llama.
Vivió, como la flor, brindando aromas;
Vertiendo luz y llanto como el alba;
Pasó fugaz como el dolor del niño;
Breve pasó como la dicha humana.
¡Blanca azucena, que dobló su tallo
Cuando apénas sus hojas desplegaba,
Y dejando en la tierra la semilla,
De su lira las notas inspiradas,
Fué á buscar en regiones de ventura
La gloria que los mártires alcanzan!

Nublado cielo, solitaria senda
El destino inclemente le mostraba,
Y creyendo tal vez que brotaria
Entre tanto dolor una esperanza,
Ella opuso á las iras de la suerte
Santa resignacion, noble constancia.
Mas ¡ay! jamás entre las densas nubes,
Sobre su pura frente amontonadas,
Apareció, rasgándolas, el rayo
De una felicidad siempre lejana.
Vió perdido su hogar, el suelo hermoso
En donde alegre resbaló su infancia,
Donde dichosa recibió algun dia
El dulce halago de ilusiones gratas,
Y dijo ¡adios! á cuanto amó en la tierra,
Con ese adios que el corazon desgarra,
Y conmovió su sér intenso frio
En suelo extraño al detener la planta.

La muerte allí dió término á sus penas,
Y, volviendo á su patria la mirada,
Le arrojó, con el último suspiro,
El postrer pensamiento de su alma.
Su genio se extinguió; destino fiero
Á Sevilla una gloria le arrebata,
Y yo contemplo, con dolor, perdido
El dulcísimo afecto de una hermana.

Terminó su mision; bajó á la tumba
Dejando en pos de sí rastro de lágrimas;
Ha muerto para el mundo, pero vive,
Vive en los corazones que la amaban,
Y vive en las sublimes armonías

Donde su muerte, como el cisne, canta;
Últimas flores, cuyo hermoso aroma
Aspira yá la tierra enagenada.
No como el árbol que les diera vida
Tan bellas flores perderán sus galas,
Que si la vida es luz que brilla y muere,
Del genio el resplandor nunca se apaga.

FELISA DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

Sevilla, Abril de 1877.

Á Concepcion.

¿En dónde, en dónde estás? ¡Ay! no lo ignoro,
No lo puedo ignorar, hermana mia;
Tú viendo estás las lágrimas que lloro
Por el perdido amor que nos unia.
No ignoro dónde estás; léjos, muy léjos
Del planeta infeliz que á mí me encierra;
Hoy no llegan á tí, ni los reflejos
De los astros que alumbran á la tierra.
Luz misteriosa, incomprensible, pura,
Hoy con rayo inmortal baña tu frente;
Miéntras mis ojos, con afan ardiente,
Miran siempre, buscándote, á la altura.
Es justo que de Dios la omnipotencia
Con diadema de luz la frente ciña
De quien ángel fué siempre en la existencia;
Ángel, en la niñez, por la inocencia,
Y ángel, por la virtud, no siendo niña.

¿Y no he de verte más? Juzgo imposible
La amarga realidad que me rodea;
Un sueño la imagino, sueño horrible
Que rechazar mi corazon desea.
Mi mente quiere en vano
Descifrar los misterios de la suerte,
Y con su blanca y transparente mano
Me señala una víctima la muerte.
Víctima que eres tú; tú, que inmolada
Por el fiero rigor de tu destino,
Llegaste fatigada
Al término infeliz de tu camino.
Léjos del cielo que vertió en tu frente
Tan inmensos raudales de poesía;
Léjos del sol ardiente
Que encendió con su luz tu fantasía
Fuiste á exhalar el último gemido,
Y vió tranquilo el fin de su agonía
Tu corazon, para el dolor nacido.
¡Sólo para el dolor! Fortuna extraña
Con diadema de espinas te corona,
El mal desde la cuna te acompaña
Y sólo en el sepulcro te abandona.
Los sueños de tu infancia no arrullaron
Los ecos de dulcísimos cantares
De una madre feliz, que al hijo adora,
Sér inocente, celestial aurora
Que ahuyenta sus más íntimos pesares.
Huérfana tú del maternal desvelo,
Ni en la primera edad fuiste dichosa....
¡Es un cielo una madre cariñosa,
Y áun siendo un ángel te faltó tu cielo!
Ampararte no pudo

Su amor, que en tu constante desventura
Hubiera sido tu mejor escudo,
Y al pié de su cerrada sepultura
El génio del dolor, severo y mudo,
Te hizo emprender tu senda de amargura.
¡Ay de la flor naciente, separada
Del tallo en que se viera sostenida,
Y de una tumba al borde colocada
Al pisar los umbrales de la vida!
¿Cómo, si recibiste cual rocío
El llantó del dolor, pudiera luégo
Ser más piadosa para tí la suerte,
Si te abrasó con tan ardiente riego
Y te abrió con el soplo de la muerte?
Y así creciste, á la ventura agena,
Mirando en tu horizonte
Anchurosa extension de nubes llena;
Del maternal amor el sentimiento
No pudo ser de tu afliccion testigo,
Y al medir tu dolor tu pensamiento
Tu desgracia á la par creció contigo.

Con cadena feliz, con fuertes lazos
Nos unió la amistad, que al encontrarte
Hermana te llamé, te dí mis brazos,
Conocí tu virtud y empecé á amarte.
De nuestras arpas los dolientes sones
En el espacio con amor se unieron,
Y, confundidos luégo, descendieron
Á unir nuestros desiertos corazones.
Y fuiste tú mi dulce compañera....
¡Qué breves fueron tan felices dias!
Cual si una sola nuestra vida fuera,

Tuyas fueron mis penas y alegrías,
Tus penas y venturas eran mias.
¡Ah! ¡Cuántos sueños de esperanza y gloria,
Siempre imposibles, aunque siempre bellos,
Vinieron á inundar nuestra memoria
Y el alma á iluminar con sus destellos!
Y unidas, otras veces, despertando
De la verdad al imperioso grito,
La pequeñez del mundo despreciando,
Buscábamos la luz de lo infinito.
Inmenso afan tu corazon sentia
Y el mismo afan mi pecho alimentaba;
La misma juventud nos sonrëia
Y un sentimiento igual nos acercaba.
Me mirabas no más, y eran tus ojos
Abierto libro, donde yo leia
Tus luchas, tus enojos,
Y tú, á través de mi aparente calma,
Descifrabas tambien, con noble intento,
Los eternos combates de mi alma,
Las dudas de un rebelde pensamiento.
Así corrió nuestra existencia un dia;
Así, en un tiempo, nos unió el destino,
Que quiso luégo, con violencia impía,
Tu camino apartar de mi camino.
Faltó á tu hogar la sombra venerada
De un padre, que en la tierra fué tu amparo,
Y, al pesar más inmenso abandonada,
Viste ocultarse el luminoso faro
De una felicidad por tí soñada.
¡Ay! soñada no más, que fué tu mente
Asilo de esperanzas celestiales;
Mas del dolor la inagotable fuente



Las cubrió, sin cesar, con sus raudales.
Region lejana te ofreció un abrigo,
Y ¡adios! dijiste de tu patria al cielo,
Llevando al infortunio por amigo,
Llevando tus memorias por consuelo.
Entónces de tu lira
Supo arrancar tu inspiracion sublime
Cantos que el mundo conmovido admira,
En cuyas notas el dolor suspira
Y la esperanza abandonada gime.
Que acaso con el golpe que te hiere
Tu genio se agiganta,
Y de tu dicha, que se aleja y muere,
El triste adios y los recuerdos canta.

No existen para el ave prisionera,
Que el nido abandonó de sus amores,
Ni luz, ni inmensidad, ni primavera
Que le brinde el perfume de sus flores.
Y así, arrancada de tu hogar querido,
Para tí no existia
Ni una estrella en el cielo ennegrecido,
Ni en toda la creacion una armonía.
Y sentiste morir dentro del pecho
Tus dulces ilusiones,
Y del dolor en el punzante lecho
Caiste, como el árbol cae deshecho
Al soplo de rugientes aquilones.
Tú, que no desmentiste
De tu espíritu fuerte la grandeza
Ni en el tiempo feliz, ni en el más triste,
Acercarse hácia tí la muerte viste
Sin inclinar la juvenil cabeza,

Y al dirigir al cielo una mirada
Tu alma pura, á tus ojos asomada,
Buscar en el espacio pretendia
La senda hermosa que seguir debia
Cuando fuera del mundo arrebatada.

Cumplióse tu fatal presentimiento;
Tú esperabas morir, y muy en breve
Vibró en tus labios el postrer acento
Y se extinguió bajo perpétua nieve
La llama que alumbró tu pensamiento.
La fé del mártir en tu frente brilla,
De los terrenos lazos te despojas,
Y al fin, surgiendo sosegada orilla
En el airado mar de tus congojas,
Volaste á las regiones inmortales
Con las primeras hojas
Que arrancaron los vientos otoñales.

¡Ay! terminó tu triste cautiverio
Y yá te envuelve impenetrable sombra;
La oscura eternidad, temido imperio
Que, confundida, la conciencia nombra
Y tiene por entrada un cementerio....
¡Aterrador mañana,
Cuyos secretos descubrir no puede
La poderosa inteligencia humana!
Y aunque esa eternidad de mí te aleja,
Aunque apartarnos más yá es imposible,
Sé que tú escuchas mi doliente queja
Y ves este dolor que, inextinguible,
En mi abrumada frente se refleja.
¡Muralla por la muerte defendida

Nos pudo separar desde la hora
De tu eterna y solemne despedida!
Mi afan te llama y mi dolor te llora;
Mas, á través de tan profunda calma,
Desde ese mundo tú, yo en esta vida,
Siempre hablarán tu espíritu y mi alma.

MERCEDES DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

Sevilla, 12 de Mayo de 1877.

Á LA DULCE MEMORIA
DE LA SEÑORITA
D.ª CONCEPCION DE ESTEVARENA

SONETO.

Rota la lira, que pulsó tu mano,
Enmudeció su blanda melodía
Cuando tu genio en flor ¡ay! prometía
Sabrosos frutos al Parnaso hispano.
Heló la muerte con furor tirano
El estro que en tu pura frente ardía.
¿En dónde de su acento la armonía?
Ya no existe, resuena el eco vano.
¡No existe ya! Por eso los cantores
Tu muerte lloran en el patrio suelo,
Dando al áura sus fúnebres clamores.
Derrame á manos llenas justo duelo
En tu sepulcro lágrimas y flores
Al par que tu virtud corona el Cielo.

Juan J. Bueno.

A LA MEMORIA

DE LA MALOGRADA POETISA

CONCEPCION DE ESTEVARENA

¿Se extingue con la vida la memoria
De los séres que el mundo abandonaron,
Y de su patria á la brillante historia,
Como eterno laurel de eterna gloria,
Su nombre y su recuerdo le dejaron?
¿Es el destino de la especie humana
Hallar en vida la lisonja vana
Y cuando, al fin, la muerte la derrrumba,
Al fúnebre doblar de una campana,
Encontrar el olvido con la tumba?
Nó; que el nombre y la suerte
Del genio esclarecido,
Vencedores del tiempo y de la muerte,
No mueren en las sombras del olvido;
Pues inmortalizados por la fama
Tras sus luchas crüeles,
El mundo entero su valor aclama,
Rindiéndoles tributo de laureles
Y dándoles al fin la justa gloria

Que en vida les negaba;
¡Triste destino de la humana historia
Es que empiece del genio la victoria
Cuando la vida del mortal acaba!

¡Sí, murió! De su voz la melodía
No herirá tristemente nuestro oido
Con aquella dulcísima armonía....
¡Su corazon, por el dolor herido,
No exhalará más ayes de amargura
De su lira á compás, en sus enojos,
Y su grata hermosura
No encantará de nuevo nuestros ojos!
¡Ayer todo era calma y alegría!
¡Hoy todo es luto, lágrimas, tristeza!
¡Ayer el porvenir le sonreia,
Y hoy en la tumba hundió la muerte impía
Su juventud, su genio, su belleza!
¿Qué quedó tras su paso por el suelo,
De su vida al morir la clara lumbre?
¡Un nombre que nos sirve de consuelo
Y un monton de miseria y podredumbre!
Sus ojos se cerraron tristemente,
Llenos de celestial melancolía;
La nube del dolor cruzó sombría
El cielo despejado de su frente;
Su rostro, triste y bello, rodeado
Por un velo impalpable de amargura,
Pálido y demacrado,
El encanto perdió de su hermosura;
Y, al destino sumisa,
Bajó tranquila la cabeza inerte,
¡Sucediendo en su boca á la sonrisa

La contraccion horrible de la muerte!

Despues.... de dos campanas
Sonó en los aires el sin par concierto,
Al colocar su lápida mortuoria;
¡Una en el mundo.... que tocaba á muerto!
¡Otra en el Cielo.... que tocaba á gloria!

Juan Antonio Cavestany.

Sevilla, Mayo de 1876.

EN LA MUERTE DE LA SENTIDA POETISA

CONCEPCION DE ESTEVARENA

¡Doblan! ¿Oís? Un lúgubre gemido
Hiende el espacio con doliente voz;
Es el suspiro de angustiosa muerte,
Que dolorido exhala el corazon.

Es el grito profundo, lastimero,
Que exhalan en su mísera herfandad,
Los que lloran del ángel la partida
Á la mansion eterna de Jehová.

Es el dolor intenso, la agonía
Que siente el alma su tristura al ver,
Perdida para siempre la esperanza,
Rebosando del pecho amarga hiel.

El sacro fuego que abrasó su frente
Como candente lava de un volcan,
Oscureció la luz de su existencia
Y á otras regiones la llevó á habitar.

No lloreis, nó, su muerte prematura:
Hoy goza alegre de celeste bien,
Ostentando su frente coronada
Por las manos del Hijo de Salém.

Allí, radiante de esplendor y gloria,
Intercede su dulce corazon,
Por los que tristes lloran su desdicha,
Y por sus tiernas almas pide á Dios.

Secad vuestras mejillas. Ese lloro
En placentera calma convertid;
Ella no pudo estar entre nosotros
Y á su digna morada fué á vivir.

Secad el llanto que del rostro corre
Surcando presuroso vuestra faz;
Yá es hija predilecta del Cordero,
Llevada á su banquete celestial.

Y si llorais, de gozo sólo sea,
Que alta ventura y envidiable es
Alcanzar de otro mundo las delicias,
Do sólo ensueño encantador se ve.

José Guzman Celis.

Chiclana, Setiembre de 1876.

EN LA MUERTE
DE LA
SRTA. D.ª CONCEPCIÓN DE ESTEVARENA,
EMINENTE POETISA.

¡Morir, cuando de mirtos y de rosas
Abril ceñia su virgínea frente!
¡Morir, oh Dios, cuando feliz su mente
Se agitaba del genio al esplendor;

Cuando la Fama, plácida, ofrecia
Á su talento porvenir de gloria,
Cuando del Arte la severa historia
Daba á su nombre merecido honor!

Aún del Bétis tranquilo en la ribera,
Cuando en la tarde el céfiro suspira,
El eco blando de su dulce lira
En la selva parece resonar.

Y es que su puro acento al de natura
En perfeccion sublime se adunaba;
Es que en sus nobles cantos se admiraba
Lampo de luz divina destellar.

¡Tan jóven y tan bella, y de la vida
Yá el torcedor sintió de los dolores!...
Quejas, suspiros, fieros sinsabores
En sus sonoros versos reveló.

¡Tal vez su pensamiento alzarse pudo
Á otra esfera ideal de encantos llena;
Léjos del mundo, la region serena
De eterna luz tal vez adivinó!

La envidia, el dolo, míseras pasiones
En que se agita el corazon humano,
Para ella fueron misterioso arcano
Que la hicieron dudar y padecer.

¡Ah! su inocente corazon, que sólo
Á la virtud y á la bondad se abria,
¡Cuánto en triste silencio sufriria
Si llegó tal abismo á comprender!

¡No la lloreis, amigos! Triste cárcel
Era el mezquino suelo á su alma pura;
Do el Sol eterno del saber fulgura
Quiso su noble espíritu habitar.

Su fin cercano, su futura suerte
Ella en sus propios cantos presagiaba,
Piadoso el Cielo acaso le mostraba
Espacios infinitos que admirar.

Mas no como el que extraño al sentimiento
De la belleza, que natura encierra,
En raudo vuelo abandonó la tierra
Para elevarse á la eternal mansion:

Nó; que en pos de ella sus preciadas obras,
Que el sabio insignes, con justicia aclama;
De su bondad ingénita la llama,
Sublime ejemplo para el mundo son.

¡Murió! ¿Qué importa, si la lumbre pura
De su claro talento aún resplandece?
Jamás el genio triunfador perece
Entre el polvo del fúnebre ataud.

¡Combate y vence!... En sus divinos versos
Ella á su patria dió gloria y renombre....
¡De eternos lauros rodead su nombre!
¡Enalteced, poetas, su virtud!

José Lamarque de Novoa.

Á Concepcion de Estevarena.

......Si la muerte
Aquí cortase mi existencia amarga,
Al cubrir esta tierra mi cadáver
De mis ojos sin luz brotasen lágrimas.
Concha.

Pasó, como ignorada golondrina
Que abandona su nido en el alero
Y hácia lejanas costas se encamina;

Como lirio tronchado en el otero;
Como estrella lejana y misteriosa,
Que deja el horizonte del viajero.

Rota la vela de la nave airosa,
Tocó en el más oscuro de los puertos,
Llevada por la ola impetüosa.

¡Yá sabrá de esos límites inciertos
En donde están las cruces esparcidas
Con los brazos inmóviles y abiertos!

¡Concha!... Las régias aves atrevidas,
Que beben del volcan los rayos rojos
En el cendal del huracan mecidas,

No tuvieron sus alas ni sus ojos....
¡Ella, como las águilas, hallaba,
Al descender de lo azulado, enojos.

Su frente, noble y triste, reflejaba,
Como el haz de los lagos de Occidente,
La nube de su vida que pasaba:

¡Cuántas veces la ví cruzar doliente
Por el mundo de amor y poesía
Velado apénas bajo aquella frente!

Aún recuerdo su triste profecía (1),
Que parece entregada al vago viento
En la gruta de Tívoli sombría.

Sibila, que inspirára el sentimiento,
Llevaba en su excursion por lo ignorado
Mas allá de la vida el pensamiento

Hoy, que su prediccion se ha realizado,
Pregúntase mi loca fantasía
Si sus ojos sin luz habrán llorado;

Si, en el silencio de la tumba fria,
Brota aún acaso de su labio inerte
Alguna melancólica elegía.

Por implacable burla de la suerte
Vió siempre en su horizonte desplegada
El ala pavorosa de la muerte;

Lo dijo en nuestra última velada:
¡Era la rama del ciprés medroso
En la entreabierta fosa abandonada!

Al trocar para siempre el cielo hermoso
Que pobló de fantasmas su deseo
Por otro limitado y nebuloso;

Al ver sobre su frente el Pirineo
Alzándose cual cíclope sombrío
Con picachos de nieve por trofeo;

Al dar su adios postrero al claro rio
Donde vió, como Bécquer, deslizarse
Las ninfas coronadas de rocío,

Comenzó su existencia á marchitarse
Cual pasionaria que, de sol privada,
No halla un rayo de luz en que empaparse.

¡Tal vez sobre su lápida olvidada
No desciende un reflejo luminoso
Ni hay una adelfa con amor cuidada;

Acaso sólo turba su reposo
El lejano rumor de las encinas
Que crecen en la falda del Coloso!...

¡Pobre Concha! En las fértiles colinas
Que la flora andaluza tornasola
Sólo pudiste cosechar espinas;

¡Quién podrá disputarte la aureola
Que Dios concede al genio, si has cruzado
El mar del infortunio, ola por ola!

Yo, que tus dulces rimas he escuchado,
Que á veces sorprendí tu desventura
Cual se sorprende el trueno en el nublado,

Siento algo inexplicable en la lectura
De estas páginas tristes, saturadas
Con el soplo inmortal de tu alma pura.

Como el loto en las aguas sosegadas,
Tu pensamiento sin cesar se mece
En sus estrofas tiernas é inspiradas.

Tu gloria aquí se ensancha y resplandece.
¡Siempre el genio al pasar sobre la tierra
Es como el sol, al ocultarse crece!

Léjos estás de la mundana guerra
Y ha de importarte poco que tu nombre
Quede en la cárcel que tu cuerpo encierra;

Mas si al fin llega á ser, que no te asombre:
¡Qué puede haber eterno sobre el suelo
Con la mudable condicion del hombre!

¡Adios, amiga mia! Sólo anhelo
Hallarte en esas altas latitudes,
Donde todo será color de cielo.

Que, aunque rotos estén nuestros laudes,
Alzaré un nuevo cántico en la esfera
Si puedo conseguir que tú me ayudes.

Espérame en la plácida ribera
Donde las almas van, y al divisarme
Agita el blanco lino la primera.

Tú, á traves de la luz, podrás guiarme;
Y, si se ha de cumplir lo que está escrito,
Con axiomas de mundos demostrarme
Lo que vale la tierra en lo infinito.

Benito Mas y Prat.

Mayo, de 1877.

(1) Su composicion titulada *Mi Viaje.*

A LA MEMORIA

DE LA ESCLARECIDA POETISA

SRTA. D.ª CONCEPCION DE ESTEVARENA.

No sólo hay que llorar tu infausta muerte
Porque España perdiera un sol divino,
Hay que llorar tambien la aciaga suerte
Que te siguió del mundo en el camino.

Sin disfrutar de madre cariñosa
El tierno beso y plácida sonrisa,
Pasó tu infancia como triste rosa
Á quien no besa arrulladora brisa.

No satisfecha tu enemiga estrella
De causar á tu pecho cruel martirio
Una tumba cavó, y arrojó en ella
Al padre á quien amabas con delirio.

Y sufriste el dolor de la agonía
Viendo morir á quien el sér te diera,
Quedando luégo con la calma fria
De la que yá en el mundo nada espera.

No olvidó en ese instante tu memoria
Que el genio, cuando vive solitario,
Ántes que goce de la humana gloria
Espira como Dios en un Calvario.

Y tu alma envuelta en funeral tristeza
Vió la muerte llegar sin amargura,
Y á la cándida flor de tu belleza
Preparar una estrecha sepultura.

Mas no á tu genio, que alumbró la tierra;
Porque el genio á la muerte no se humilla,
Y yá la envidia terminó su guerra,
Y con destello inextinguible brilla.

La luz de la virtud lució en tu alma
Como brillan las gotas de rocío
Sobre las verdes hojas de la palma
En las mañanas del invierno frio.

Quisiera ser el ángel desolado
Que vierte en los sepulcros triste lloro,
Y velar, con el pecho desgarrado,
En la tumba que encierra tal tesoro.

Si á tu virtud, tu genio y tu hermosura
Tres coronas de flores no dió el suelo,
Por tu no merecida desventura
La diadema de mártir te dió el Cielo.

Yo admiré las creaciones de tu mente;
Á tu memoria el corazon suspira,
Y en tu sepulcro, con afan doliente,
Dejo enlutada mi modesta lira.

Manuel de los Palacios y Fagundes.



Á LA MEMORIA DE LA MALOGRADA POETISA
SEVILLANA
SRTA. D.ª CONCEPCION DE ESTEVARENA.

¡Tan jóven, y acabaste tu camino!
¡Tan bella, y en cadáver convertida!
¡Tan inspirada, y callas!... ¡Tanta vida
No respetó el destino!
Si al Cielo cuentas el mortal pidiera
De tu muerte temprana,
Yo sé que acaso el Cielo respondiera:
«¿Vísteis por la mañana,
Del viento de la aurora al dulce arrullo,
Entreabrirse el capullo
De alguna flor de aroma embriagadora,
Que al declinar el dia
Marchita yace sobre el duro suelo
Cuando yá su perfume voló al cielo?
Como ese aroma su alma delicada
Fué un momento, y tornóse á su morada.»

Casto Vilar y García.

Sevilla, 9 de Mayo de 1877.

À Concepcion.

SONETO.

Sé que fuiste infeliz como ninguna:
Te hirió el dolor; miraste, conmovida,
De todas tus venturas la caida,
Y las viste morir, una por una.

Tambien me ha herido, sin piedad alguna,
Y bebí de una vez la copa henchida
De todos los dolores de la vida....
Y....—¿lo creerás?—envidio tu fortuna.

No te oprime terrena pesadumbre,
Tu paso por el mundo fué ligero;
Gozas del Cielo la divina lumbre.

¡Y yo, más infeliz, que nada espero,
Estoy de mi Calvario en la alta cumbre
Y, clavado en mi Cruz, gimo, y no muero!

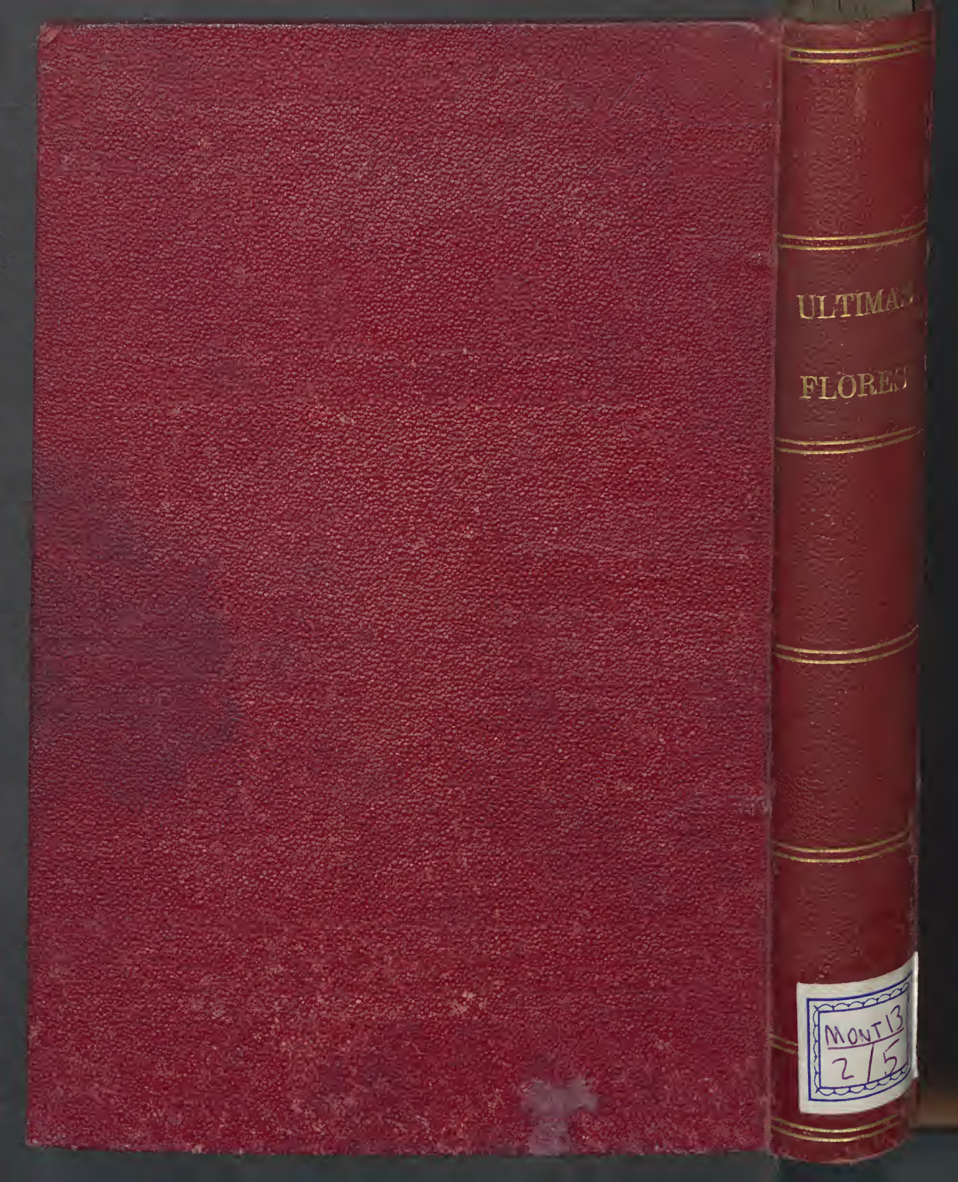
José de Velilla y Rodriguez.

Sevilla, Julio de 1877.

ÍNDICE

POESÍAS

CORONA POÉTICA.


ULTIMAS
FLORES